

# EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 16-22 octubre 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 359

## LA IV REPUBLICA, EN PELIGRO

FRANCIA MADURA  
PARA EL ASALTO  
DE UN NUEVO  
"FRENTE POPULAR"



Comandos comunistas  
frente a la  
disciplina militar

TRAFALGAR,  
UNA VICTORIA CARA

(pág. 9)  
Carta del director a don Luis Ayerbe (pág. 7) \* Entrevista con Manuel Arce, Premio «Concha Espina», por Leopoldo Rodríguez (pág. 13) \* Una extraña escuela en el desierto de Nevada, por Hispanus (pág. 19) \* La suerte se vende en tiras (pág. 27) \* Villalón, granjero de Castilla, por nuestro enviado especial, Blanca Espinar (pág. 32) \* Entrevista con Julián Cañedo, por Diego Jalón (pág. 42) \* Azorín, el pequeño filósofo, por Anna Krause (pág. 46) \* Entrevista con el pintor ecuatoriano Guayasamín, por Octavio Aparicio (pág. 51) Salón del Automóvil de París, por Eugenio Suárez (pág. 55)  
EL ARBOL, novela, por Sofía Noel (pág. 38)

Izquierda: Fuerzas francesas aerotransportadas llegan a Rabat, para reforzar las unidades militares.—Arriba: Edgar Faure conversa con los periodistas sobre el problema marroquí después de un importante Consejo de ministros en el palacio del Eliseo



*Una cura  
de vas...*

**A eso equivale el medio  
vaso de agua con  
una cucharadita de  
"Sal de Fruta" ENO,  
bebido al levantarse.  
Refresca la sangre;  
regula la función  
fisiológica**



C. S. 14.108

**"SAL DE FRUTA" ENO**

MARCAS

REGIST.

**LIMPIA LA SANGRE DE TOXINAS**

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

# LA IV REPUBLICA, EN PELIGRO



Estos alegres soldados franceses son conducidos a la cárcel en un coche de la Policía, por negarse a marchar para Marruecos

OCUBRE marca el comienzo del año parlamentario. Hace dos meses los diputados franceses desfilaban por las carreteras de todos los distritos hacia las vacaciones. Durante su ausencia han ocurrido motivos más que suficientes para que todo el mundo pudiera echarse las manos a la cabeza. Pongamos algunos ejemplos: la rebelión de Marruecos y Argelia se ha convertido en algunos sectores en auténtica guerra. Ha sido nombrado un nuevo residente general, y el Sultán Ben Arafa se ha visto en la necesidad de buscar nuevo asilo para su persona. Ante la O. N. U. el ministro de Asuntos Exteriores sufría un serio percance político al ser incluido en la orden del día el caso «Argelia» en las deliberaciones de las Naciones Unidas. Todo en dos meses.

Por eso mismo desde bien temprano el público ocupó las tribunas para ver con sus propios ojos la inauguración de los trabajos parlamentarios. El hemisclio, con su centro, su derecha y su izquierda parecía una caldera de vapor. Las conversaciones se detuvieron un momento cuando en los corredores sonaron los tambores anunciando la llegada

## FRANCIA MADURA PARA EL ASALTO DE UN NUEVO "FRENTE POPULAR"

### COMANDOS COMUNISTAS FRENTE A LA DISCIPLINA MILITAR

de Marcel Chanin, decano de la Asamblea—hace muy poco tiempo le dedicaba «L'Humanité» una buena columna con motivo de su 86 aniversario—, encargado de abrir «los trabajos».

Las oficinas de la Asamblea trabajaban desde bien temprano. No menos de 210 interpelaciones estaban depositadas al mediodía del martes 4 de octubre. El año se

inauguraba una vez más con la amenaza de crisis.

### LOS REPUBLICANOS SOCIALES ABANDONAN EL GOBIERNO

La Asamblea francesa es el lugar más difícil para buscar un sentido a los movimientos que provoca la constitución de una «mayoría» parlamentaria. Nadie, ninguna política, ninguna persona puede saber de antemano si contará, por importante que pueda ser la decisión para la vida del país, con la mayoría necesaria para gobernar. Así al final el misterio y el secreto de la Asamblea es siempre, irremisiblemente, la historia de los intereses particulares de cada grupo político. En determinados momentos, inesperadamente, la extrema derecha puede colocar sus votos con la extrema izquierda sin que en ese instante hayan provocado la unidad de visión otro interés que el puramente partidista. Esto es lo que convierte a la Asamblea en un perfecto y curioso rompecabezas. Un periódico francés decía, a propósito de ello, lo siguiente: «Nuestras instituciones, en el estado presente, no permiten la formación de una verda-

dera mayoría ni la existencia de un Gobierno capaz de unidad y del vigor en la acción. De otra parte, un régimen electoral inícuo y absurdo a la vez, hace de los intereses nacionales el juego de las competiciones y de las pasiones partidistas.»

Sin embargo, a pesar de la singular disposición de la Asamblea, hubo una elección, la de Pierre Schmitter reelegido para presidir nuevamente el Parlamento, que podía haber dado alguna noticia. Consiguió en el primer escrutinio la mayoría. Algunos periódicos franceses llegaron a señalar con cierta miopía que la elección correspondía en primer lugar a la personalidad sumamente cortés del elegido. Lo cierto es que, de cara a los primeros debates 295 votos se pronunciaban «a favor». Claro que era un asunto de poca importancia.

Ahora bien, el gran «affaire» comenzaba en el seno de los republicanos sociales el día 5. A las cuatro de la tarde un centenar de hombres se reunían en la Sala Colbert para celebrar una reunión que pusiera en claro el punto de vista del partido. Los republicanos sociales, tecnicamente los ex R. P. F. o gaullistas, llegaron a un acuerdo: negar todo su apoyo a Edgar Faure en su plan sobre Marruecos y provocar inmediatamente la crisis definitiva del Gobierno. En los corredores de la Asamblea, Raymond Schmitter perfectamente afeitado y con su eterna cara de hombre a quien van bien los negocios, anunciaba públicamente su posición: «¿Por qué hemos de esperar a hundir el Gobierno?»

A su vez, Maurice Schumann, aunque había hecho todo lo posible entre sus amigos del M. R. P. (republicanos sociales) para que apoyaran la política de Faure hacia esta desesperanzada adversidad: «Esta vez se trata del fin.»

Tal era el espíritu de la Asamblea cuando el Consejo Nacional de los republicanos sociales se reunía en la noche. Un ministro, Gaston Palewski, provocaba con una intervención dramática la dimisión de los representantes del grupo en el Gobierno.

## LA HISTORIA DE UN ERROR

La decisión era muy importante porque cinco ministros del Gobierno eran republicanos sociales. Y he aquí el punto crucial de la cuestión: llegaron a creer que en las circunstancias actuales sería suficiente para terminar con Edgar Faure.

A la mañana siguiente Schmitter y Debre, sus dos presidentes parlamentarios, acompañados de Chaban-Delmas, solicitaban audiencia al Presidente de la República. Eran las diez de la mañana.

Ante el Presidente, monsieur René Coty, los republicanos sociales insistieron en dos cosas: primero, que abandonaban el Gobierno; segundo, que la única solución a la crisis era la creación de un «Gabinete de Salud Pública» o de «Unión Nacional» que tuviera una figura representativa indiscutible. ¿Conviene decir algo más? Los visitantes de monsieur René Coty presentaban la candidatura del general De Gaulle. «Bien entendido — decía Chaban-Delmas — que semejante fórmula exige la participación del Jefe del Estado»

Las razones que le dieron son las siguientes:

«La situación es de una gravedad excepcional. África del Norte está ensangrentada y es un gran nación. La experiencia juega el porvenir de Francia contra demostrado en los últimos años que los ministerios sea cual fuere la buena voluntad de sus miembros, no disponen de la estabilidad ni de la cohesión indispensable para hacer frente a los peligros que nos amenazan. No se trata de criticar al Gabinete actual ni a sus predecesores sino condenar la ausencia total de autoridad y el defectuoso funcionamiento de las instituciones como fuente primordial del mal. De continuar por este camino la República terminará en la catástrofe...»

Este punto de vista, en su línea objetiva podía ser seguido por la nación entera; pero los republicanos sociales habían olvidado completamente que «la fi-

gura representativa y aglutinante» no existía en modo alguno y que presentar la candidatura del general De Gaulle, el gran fantasma, para la presidencia de un Gabinete de Salud Pública era precipitar un fracaso. Fracaso que provocaría la desbandada circunstancial hacia el centro y por lo tanto, de la izquierda del resto de los grupos derechistas que no pueden encontrar una política coherente a seguir en el caso de Marruecos.

La primera reacción ante la postura de los republicanos sociales se produjo en el lugar más inesperado: en la Presidencia del Gobierno. Esa misma mañana Edgar Faure, jugando la carta a la desesperada, planteaba a los ministros disconformes la papeleta de la confianza o la dimisión. Era así, al fin y a la postre que cuatro ministros de cinco se veían obligados a cesar en sus funciones. De los cinco el de Trabajos Públicos, Cognignion-Molnier, se quedaba declarando su confianza a Faure.

La subsiguiente medida que tomó el presidente del Gabinete fué poner en el puesto del ministro de Defensa dimitido, general Koenig, un hombre de confianza. La cuestión fué de principio si se trataría de un civil o un militar. Edgar Faure se inclinó por uno de los pocos generales de la Asamblea, muy numerosos que es favorable a su política en Marruecos. Ese hombre es el general Billotte.

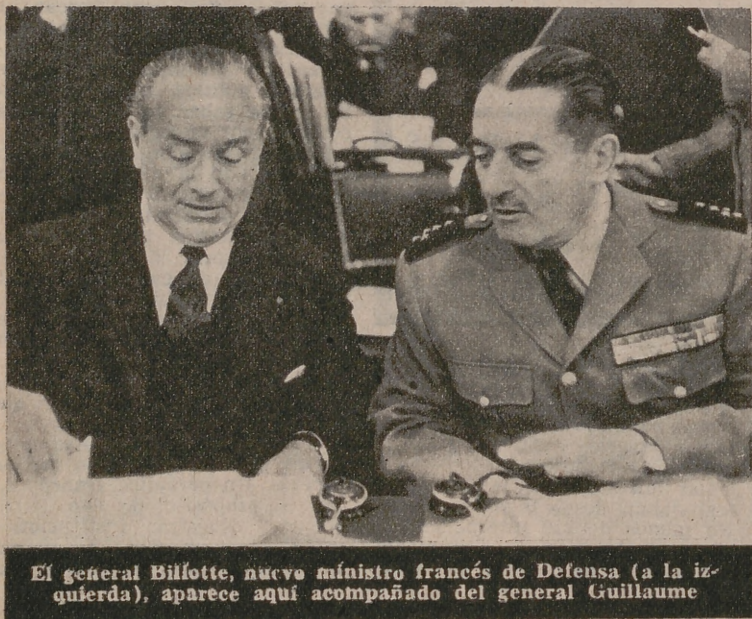
No hace mucho en una de tantas escaramuzas de la Asamblea, un diputado del M. R. P. (republicanos populares), divergiendo por algunas opiniones de monsieur Billotte, le llamó sencillamente «general de opereta». Cuando el diputado de Costa de Oro solicitó de su colega que le diera las excusas imprescindibles y como éste no se las diera monsieur Billotte se creyó en la necesidad de pegarle un puñetazo. Pero lo curioso no es eso puñetazo más o menos de la Asamblea, sino la contestación muy «dandy» del republicano popular:

—Vuestra actitud me demuestra que tenía toda la razón al deciros aquellas palabras.

Por lo demás el general Billotte, que tiene cuarenta y nueve años en la actualidad está clasificado como hombre activo y del «grupo joven». La Asamblea tiene numerosos e importantes vejeterios.

## LA POSICION DE LOS GRUPOS ANTE LOS DEBATES PARLAMENTARIOS

La actitud de los republicanos sociales ha sido una cuestión muy importante que su fracaso de hoy ha enmascarado un poco. El hecho cierto es que los R. P. F. han demostrado de hecho prácticamente que lo que ya nadie discute es la crisis de uno u otro Gobierno, sino que todo el mundo está conforme en el fracaso de las instituciones y, sobre todo, de las bases políticas de la IV República. El fracaso de las derechas francesas en este caso habría de considerarse desde un punto de vista inquietante: su falta de autenticidad y



El general Billotte, nuevo ministro francés de Defensa (a la izquierda), aparece aquí acompañado del general Guillaume

de valor para proponer medidas de reforma y de renovación que, sin embargo, cupieran dentro de la fisonomía de la defensa de los intereses nacionales.

A su vez, el resto de los grupos se comporta a remolque de las circunstancias. Los comunistas están por la autonomía de Marruecos. Los socialistas el voto clave ahora y en el futuro aprueban el plan de reformas de Edgar Faure sin que exista un criterio definido sobre «quien» sea el encargado de hacerlas. Los radicales son favorables como el M. R. P. (salvo Georges Bidault) al Gobierno y a las reformas progresivas. Los independientes están divididos y el A. R. S. condena la marcha de Ben Arafa.

En general, a su vez, el problema se divide en un esquema no menos complejo: de un lado los «arafricanos» o partidarios de Ben Arafa, y del otro, los «yusufistas» o partidario de Ben Yusef.

Por una complicada disposición de los partidos, las fuerzas de izquierda se agrupan en el bando de los «yusufistas», encabezados naturalmente por los comunistas. Precisamente en los comienzos de los debates que proporcionaron a Edgar Faure el voto de confianza en su política de Marruecos el diputado comunista Billoux destacó esa posición de su partido. Hubo, como de costumbre, curiosas y pintorescas interpelaciones. Billoux, que habló en una Asamblea medio vacía durante hora y media injurió al diputado Montel diciendo que había sido miembro de una Sociedad industrial marroquí.

La acusación, que llevaba implícita la denuncia (ser «explo-tador», colonialista etc., etc.) valió una inesperada y certera contestación de Montel:

—Monsieur Billoux, os hago mucho honor respondiendo pero debo decir que no tengo nada más que una cosa que lamentar: no haber sido «comisaire» de las cuentas del partido comunista para saber de dónde os viene el dinero. De todas formas, os recuerdo que estabais en el Gobierno hace diez años y que usted reprimió los motines de Kabylie...»

La respuesta de Montel coloca las cosas, en cuanto al «yusufismo» del partido comunista, en su punto justo. En esta ocasión el formar parte de ese bloque no ha significado otra cosa que una táctica política de división del país. Mientras Ben Yusef estaba en el exilio era una partida que podía jugarse y crear con ello toda clase de problemas. No se trataba de defender el derecho legítimo de Ben Yusef sino ejercer «a través de él» la clásica función de división.

Los socialistas están haciendo frente, en la medida que pueden, al ataque comunista de «formar un frente común». Hay que tener en cuenta los aspectos internacionales. Los primeros esfuerzos se realizan en la base sindical donde circulares y larguísimas exposiciones doctrinarias publicadas por «France Nouvelle», el semanario comunista vuelven a poner en marcha el canto de sirena del Frente Popular francés, pero es evidente que en el te-



En el preocupado semblante de M. Faure se reflejan los difíciles momentos políticos por los que atraviesa Francia

reno sindical del que hablaremos más tarde, han sido desbordados por los acontecimientos y han tenido que apoyar a la C. G. T. comunista.

#### BEN ARAFA Y EL «TERCER» SULTAN

El centro de la Asamblea considera que la partida de Ben Arafa ha dejado además un nuevo problema: el de un tercer hombre, Muley Abdel Hafid, primo de Ben Arafa, a quien éste, antes de abandonar el palacio de Rabat, ha constituido en delegado suyo para ocuparse de los asuntos relativos a la Corona. Si es así dice un grupo de la Asamblea, no cabe tratar de un Consejo del Trono... puesto que éste no está vacante. Pero hay respuestas para todo. El documento firmado por Ben Arafa decía: «Atendiendo a que durante nuestra ausencia nosotros no podemos ocuparnos en el interés público de los asuntos que nos incumben en la función de Soberano delegamos de una manera perfecta, por este escrito, a nuestro primo Muley Hadfid el cuidado de ocuparse de los «affaires relatives a la couronne...»

Pero monsieur Panafieu, delegado ministerial en la Residencia francesa de Marruecos, declara que no se trata de nada de eso,

sino de las ocupaciones de Hadfid se refieren con carácter exclusivo a las de índole privada para proteger determinados intereses de Ben Arafa. Con esa contestación se ha dado sanción legal a la formación del Consejo del Trono, que tiene ya dos hombres: El Bekkai y el gran visir El Mokri.

En este círculo vicioso de los problemas los acontecimientos giran de forma que las posiciones no están nunca claras. La opinión pública se manifiesta en contra de los grupos franceses de Marruecos, como «Presencia Francesa», que constituyen la masa gala en Marruecos, Argelia y Túnez. Colocados en la áspera decisión de defenderse por sí mismos, «Presencia Francesa» ha respondido al terrorismo con el antiterrorismo y ha proporcionado a la dialéctica comunista, hábilmente manejada, buenas cartas de propaganda.

Con menos clarividencia que la extrema izquierda (porque el gran juego son los partidos), la extrema derecha se ha quedado en una simple defensa de privilegios. Se ha ido desmantelando antes cuidadosamente toda reacción patriótica. No ya de defensa de intereses particulares, sino de intereses nacionales.

## LA TECNICA DEL PERIODISMO, CONTRA LA MOVILIZACION

Primero han sido encuestas, investigaciones sobre la vida privada o personal de los movilizados. Una técnica sutil de desmoralización de los «llamados a filas» que tenía que producir a la larga el gran conflicto. Cuando la guerra de Indochina el partido comunista facilitó documentos y datos militares a los enemigos y fomentó toda clase de actos de sabotaje en los puertos. Nunca, sin embargo, el proceso de desarticulación de la autoridad y de las instituciones habían llegado a un grado de perfección que pudiera hablarse de una auténtica rebelión en los rangos del Ejército Periódicos como «L'Express», en curiosa «enquete» de Beatrix Beck se burlaban de todas las disposiciones interiores del Ejército, sobre todo de aquellas que machaconamente sirven en el Ejército francés para poner ante los ojos de los reclutas «el peligro de toda clase de conversaciones con los desconocidos o los paisanos» que puedan proporcionar el menor dato sobre las fuerzas militares. Las mismas burlas sobre el verdadero e inútil «llamamiento al servicio militar de jóvenes que se aburren en los cuarteles». El resultado ha producido rápidamente sus frutos.

### REBELION EN EL EJERCITO EN RUAN

Mientras en la Asamblea francesa se hablaba en alta voz de la crisis, en la noche del jueves al viernes, es decir, «al mismo tiempo que se preparaban las votaciones» se producían unos incidentes extraordinarios. El escenario, si se puede hablar así, era el vasto cuadrilátero militar casi inmediato a la prisión Bonne-Nouvelle, en el barrio de Charreux, es decir, en la orilla izquierda del Sena. En ese cuartel varios cientos de soldados del regimiento 406, que debían partir para Africa, se negaron a obedecer. Cuatro compañías completas de soldados se atrincheraron en uno de los locales del cuartel de Richenpase negándose a partir. Rápidamente el exterior del cuartel fué ocupado por las fuerzas de Policía mientras dentro se procu-

raba reducir a las tropas sublevadas. El motín, perfectamente organizado, sincronizó con la aparición de centenares de comunistas con sus banderas y sus folletos de propaganda que atacó a los policías y quiso entrar a formar parte del grupo rebelde. En las calles próximas al cuartel, en la prolongación, sobre todo, de la calle de Saint-Julien, la Policía tuvo que emplearse durante varias horas en una refriega que fué ganando gravedad por momentos para terminar registrándose numerosas víctimas de una y otra parte. El «Sunday Times» del día 9 habla también después de publicar el hecho bajo los titulares «El régimen republicano en peligro», de sublevaciones en Lyon y Limoges.

### TODO RESPONDE A UNA MISMA CAUSA

La evidente articulación que ha tenido el partido comunista con los sucesos de Ruán vuelve a plantear el problema en todo su valor. ¿Qué pasa en Francia? Porque la sublevación de Ruán, con ser un hecho ciertamente extremado, no está desconectado con una serie de acontecimientos del mismo valor: la huelga revolucionaria que desde hace meses agita a Francia. Porque las factorías de Nantes, centro nervioso de la revuelta, aunque ésta se reproduzca en Dunkerque. El Havre o los lugares más importantes de la economía nacional francesa no responden en modo alguno a la sola y exclusiva tendencia de subida de sueldos, porque, logrados en Nantes la huelga revolucionaria o su signo ha continuado. Para evitar choques sangrientos, las fuerzas de Policía en el caso de Nantes, habían abandonado la ciudad a los huelguistas, «pero»—dice «Jours de France»—entre la gente plácida estaban olocados los «comandos de choc», que asaltaban y destruían. ¿Algo más?

La táctica. Es evidente que en esta ola de huelgas lo importante y definitivo es fomentar la destrucción de las pocas fuerzas de autoridad y de orden con que cuenta Francia. La táctica a seguir, ya que hablamos de ella, ha sido la siguiente: La C. G. T. fué a la huelga reclamando un alza de salarios del 25 por 100. Era evidente, aun para el más

tonto, que el aumento era completamente descabellado, pero colocó a los Sindicatos socialistas y cristianos en el terrible dilema de no ir a la huelga en esas condiciones o pedir el aumento lógico y posible. La «Fuerza Obrera» socialista tuvo que embarcar en la petición de la C. G. T. comunista a sabiendas, según declaración de su jefe, de que el aumento no era posible o podría arriesgar la vida económica de la nación entera. ¿Qué significan entonces esos acontecimientos?

Es evidente la relación de todos ellos. Una política de «clic» que aprovecha la parálisis internacional provocada por la ofensiva de la sonrisa moscovita está dejando a Francia madura para el asalto de un «frente de izquierdas» que no sería otra cosa que un golpe de Estado comunista, con el poderoso aprovechamiento, como en el caso sindical de las fuerzas socialistas.

Este gigantesco proceso de descomposición de la vida económica, política y social de Francia, acelerado en los momentos presentes con el ataque a los reducidos militares, hace bien claro lo que significan de verdad los acuerdos de París o cualquier participación francesa en la O. T. A. N. que tuviera por enemigo a Rusia.

«No ha sido suficiente para reestablecer la democracia—decía hace unos días «L'Information»—con suprimir de un plumazo todos los textos de Vichy. En cuanto a la ley electoral se la ha fundado sobre el álgebra sobre la estadística, se la ha vaciado de la consulta popular y de su contenido humano a través del ambiente partidista y el terror...» Parece cierto que en todo ese párrafo cabe una insospechada verdad. Porque lo que estamos viendo ante nuestros ojos, aun quitando a la frase toda su grandilocuencia, es la muerte de la IV República. Porque no se trata, como creen los ingenuos, de la caída de Edgar Faure o no, cumplida en esta semana o en los próximos meses, sino que se trata del régimen mismo. No de un Gobierno, sino de las bases fundamentales de la convivencia política, y eso no tiene remedio.

Y singularmente, aunque se esconda detrás de los sofismas de los partidos (no hay ni que pensar que los comunistas no lo sepan, pues son quienes de forma más completa realizan la operación), todo el mundo está de acuerdo en entender que son los principios de la IV República la herencia de la Revolución francesa la que se disuelve en el aire.

Lo que ocurre es que las derechas francesas sólo pueden responder con el inmovilismo o la reacción, y las izquierdas con el pacto con los comunistas. Tal es la ley de la herencia. El Estado francés está vacío por dentro y la autoridad que reclaman los republicanos gaullistas no puede encontrarse exclusivamente en las fórmulas de represión, sino en la contextura y creación de un nuevo Estado francés. Por último, en el caso concreto de Marruecos, ninguna solución puede ser realista y verdadera sin la colaboración de España.



El presidente del Consejo de ministros, M. Faure, espera la resolución de la Asamblea en el debate sobre los problemas norteafricanos

# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON LUIS AYERBE

PARA desentrañar un país no hay mejor método que seguir esta palabra en su acepción original, esto es, recorrer un camino. Como un solo libro, como un solo camino pueden desviar al hombre, mucho más humano es que deambulamos a través de toda la red viaria, desde las pistas a las carreteras reales, por los atajos y por los vericuetos, a pesar de los trabajos y de los días que se gasten. Ir por el aire es un viaje rectilíneo, en el que la azafata del avión puede resultar una marquesa, pero sin otras incidencias sorprendentes. El tráfico aéreo suele estar compuesto de itinerarios asepticos, benignos, cuyo fundamentalísimo primor es el de no presentar novedad ninguna. Hasta el piloto se sustituye normalmente por un mando automático, por un «robot», por ese pseudo ser que ni come, ni bebe, ni rompe zapatos. Desde la altura cualquier paisaje es un tanto lunar o se ofrece en esquema, desnaturalizado y despersonalizado como maquetas de arquitecto. Volando sólo se percibe la enormísima energía radiactiva de España, la imantación de su carácter, lo que en el tren se pierde, no obstante esa permanente exposición de focklor que son los vagones de tercera. Dentro de los departamentos del ferrocarril se notan los acentos, las clases sociales los colegios, aunque exista una tendencia hacia la uniformidad por medio del Taf, que sólo admite viajeros con billete único; pero afuera, el camino de hierro es algo anticuado, con un amaneramiento decimonónico, ya que nos muestra una nación, como el convoy entre carriles, sin progreso creciente ni fantasía.

Estas o parecidas eran mis reflexiones mientras me encaminaba a Barcelona desde Madrid metido en un automóvil y en vuestra compañía, comparando la visión actual con los recuerdos de otras veces, porque el diagnóstico de la salud española y casi el pronóstico de la política más próxima se desprende del estado del trayecto y de las perspectivas que se otean. Todo el regionalismo catalán fué el producto de unos señores que se zampaban en coche-cama la mitad de la Península para venir al Congreso de los Diputados con los ojos cubiertos por legañas sentimentales, como asimismo el separatismo posterior fué el resultado de que los líderes de la Esquerda se trasladaban aéreamente y creían que la Patria eran los Monegros o la Alcarria a vista de pájaro. Los Monegros quedaron para la horda cuando se puso en movimiento después del 18 de Julio, y en los Monegros se mellaron sus colmillos. Esta tierra tan patética, tan desértica de España, pero que ya se está comoviendo, removiendo y se adelanta a nosotros con otro perfil. Tendrán que abandonar sus cotos de caza los millonarios de Cataluña, pues habían establecido sus vedados entre Selgua y Fragü, como en terreno de nadie. Hemos contemplado cómo avanzan los monstruosos «Caterpillar», las máquinas ingentes que revuelven la gleba multimilenaria e inmóvil desde el Génesis. Todavía se divisa sobre un alcor al labriego que conduce el arado de la antigüedad arrastrado por dos mulas blancas en este mes de octubre. Hace cinco años sólo contemplábamos debajo del cielo de Castilla y Aragón a los campesinos con arados semejantes haciendo surcos paralelos a la carretera. Luego, en medio de este lustro aparecieron los primeros tractores, que parecían juguetes en las manos rústicas y que en este instante se hallan incorporados al panorama, mientras que también es el momento de estos tajantes «Caterpillar» que descienden, como animales antediluvianos, por esta cuesta de la carretera majestuosamente rumbo a Madrid.

Cada lado de la carretera es como un corte vertical de la provincia por la que pasa el coche. La provincia se acerca a la ruta como un escaparate y podemos imaginarnos cómo son desde el Gobernador Civil al jefe superior de Obras Públicas. Se habrán preguntado los automovilistas una interrogación un poco perogrullesca de puro sabida, pero que repito: ¿Por qué hay fronteras entre las provincias de España, fronteras invisibles, pero que se notan tan pronto ha traspasado el automóvil un firme decente y entra en un asfaltado antipropagandístico? No espero ninguna respuesta y prosigo adelante hacia Barcelona, fijándome en el estirón que están dando las provincias, las ciudades y los pueblos. Cada vez hay un descubrimiento nuevo, aun en la aldea más celtibérica, más carpetvetónica. Los restaurantes han surgido por ensalmo, en multiplicación asombrosa, con sus letreros plurilingües y su pimpante confort eterno. Los Monegros se han cubierto de estas ventas modernas, a medida que aumentaban igualmente los talleres de mecánica y las bombas de gasolina. Por fortuna, la España de Franco no es la España de Joaquín Costa, ni de Francisco Campos, ni del jefe de los «escamots», que huyó por una alcantarilla.

Lo que puede compararse a vitrinas a derecha e izquierda de la carretera nos enseña cuánto se construye en esta plenitud nacional. Cada pueblo a la orilla del camino levanta sus andamios y los cartelones de cualquier entidad que está edificando viviendas. Se cuentan por miles a lo largo del tránsito, que ha dejado atrás una Guadalupe que no la conocería el conde de Romanones, una Zaragoza en trance de multiplicarse por mil, durante la Feria de Muestras y en la víspera de la Virgen del Pilar, y una Lérida agrícola hasta el meollo, motor eléctrico del Pirineo, que acababa de despedir al Caudillo. También asoman a nuestro paso las obras de colonización ascendente realizadas por la Organización Sindical y por el idóneo Instituto, las obras que traen el agua; sobre todo, el agua. El embajador norteamericano, mister Lodge, nos ponía en Bilbao la verdadera tacha de que nuestro país es un país de campos sedientos. Nuestros males remotos han sido las montañas, la erosión del suelo, la sequía... Estoy escribiendo, como Costa, en las cercanías de su cuna natal; pero Costa, que tenía razón, ya no la tiene hoy, como tampoco sería razonable una actitud análoga a la de Cambó, sus amigos y sus socios. El sepulcro del Cid está abierto, porque el Cid es el heroísmo inagotable de los españoles y su espíritu religioso de justicia, y así como el Cid campea por España deseáramos que don Joaquín Costa comprobase cuán fructífera ha sido su soledad y cuántos son estos frutos. Ojalá don Francisco Cambó, que ha legado una parte de sus cuadros a Barcelona, también añadiese a su herencia una total y cabal simpatía. El cable coaxial que nos permitirá en tiempo breve llamar por teléfono directamente a Madrid, y viceversa, desde Barcelona, ha llegado a los Monegros. Los dos grandes capitales de España están al alcance de la mano. Me imagino que este virreinato ha de conmover, como los «Caterpillar», a todos los catalanes que divagan, en tanto que esperan una conferencia. Ahora la inmensa energía reside en el Pirineo, que le ha vigorizado el I. N. I. Otrora, desde la Canadiense, don Francisco Cambó y los suyos saltaron a la Argentina en un mito prometeico. Todas las sobremesas pedían una conferencia telefónica a Buenos Aires para compulsar datos y noticias con cierta ansiedad, y en el interin planeaban sobre esto y sobre aquello. Aquello y esto que se han salido de sus planes, aunque todo afirmativo se ha ejecutado.

# SENTIDO DE LA HISPANIDAD

No existe una fecha en el acontecer puramente humano que posea una fuerza más ejemplarmente universal que esta del 12 de Octubre. La efemérides no viene aquí servida, como en tantas ocasiones, por una simple remembranza histórica en el recuerdo de una gesta que sirvió para dividir las edades y los tiempos de la Historia. El 12 de Octubre nos habla de un maravilloso ejemplo de continuidad en el pensar y en el sentir que no han conocido en el mundo otros pueblos que no sean los que desde hace cinco siglos, integran la comunidad de naciones y pueblos hispanoamericanos.

La Hispanidad es un espíritu, un estilo o un sentido de la vida, por una parte, y un haz apretado de pueblos hermanos con una realidad, histórica, por otra. La Hispanidad es algo más que una profesión de fe en una comunidad cultural, aunque esta comunidad de cultura tenga sus profundas raíces en la realidad. La cultura, el idioma será el imprescindible factor determinante de lo hispánico; pero por encima y por debajo de estas idénticas afinidades culturales existen otros factores que determinan y definen lo que es la esencia y el espíritu de esta comunidad ejemplar, de esta hermandad que tiene su tradición de sangre en el sacrificio y en el esfuerzo por hacer que unos pueblos encuentren su advenimiento a la civilización y a la Historia y en el reconocimiento de estos pueblos a la Nación que supo afrontar el riesgo y la aventura de un Descubrimiento y de una evangelización.

En tres Continentes hay hombres protagonistas de un mismo concepto de la existencia y comunidades nacionales que se abren al mundo con idénticas ilusiones y aspiraciones idénticas. En América, en Europa y en Oceanía pulsa esta vida hispánica, se afirma y se defiende frente a otras corrientes e influencias históricas. Fué un inmenso error, que estimuló la desesperanza y el escepticismo de nuestros abuelos creer que la ausencia física de España de las tierras de América entrañaba necesariamente la pérdida del espíritu que había injertado y nutrido la gigantesca obra de hispanización en el Nuevo Continente. Allí quedaba algo más que el recuerdo. Quedaba sembrada la semilla en tierra de buena cosecha y pronto la presencia del espíritu, la insoslayable presencia de un mismo idioma, una misma sangre, unas mismas creencias y un mismo Evangelio harían nacer para siempre la más vigorosa comunidad y continuidad secular de más hondos cimientos que han podido conocer los siglos. A la esperanza en esta continuidad a la fe en el resurgimiento de la fraternidad hispánica substituyó entonces el desaliento y el pesimismo. Se comenzó a proclamar que América nos necesitaba sin comprender en toda su amplitud que España también precisaba de América y que la plena forma y la verdadera sustancia de lo hispánico radicaba en una acertada simbiosis de la juventud o adolescencia de unos pueblos que nacían y la madurez y la plenitud de otro pueblo que los había hecho nacer.

De la presencia espiritual de España y de la asistencia coordinada del conjunto de pueblos

implicados para el triunfo del ideal y de los intereses comunes nació pujante y como por natural alumbramiento el concepto íntimo y trascendental de la verdadera y sentida Hispanidad.

El hecho de que hoy la Hispanidad y cuanto a ella se refiere haya salido del estado deforme de una retórica ampulosa, donde, a falta de realidades, campeaba el tópico, significa sencillamente que se ha encontrado su justo y auténtico significado. Significa que frente a un mundo gastado, que desconoce o pretende desconocer las ventajas que ante el peligro representa la unión y el concepto de comunidad, el linaje interno de la estirpe hispánica marcha unido por el camino de su historia con vistas a un futuro mejor y dispuesto a brindar en servicios al mundo las consecuencias prácticas que brotan de esta comunidad única de veinte naciones que tienen la misma sangre, la misma cultura, la misma lengua y la misma fe.

La fuerza axiológica de estos factores ha comenzado a no ser ni desvalorizada ni supervalorizada por los pueblos hispánicos. Y sobre estos valores, sobre la fuerza axiológica de estos factores comunes se está edificando con inteligencia, con voluntad y con fe no sólo el sentido de nuestros ajetos colectivos hispánicos, no sólo la razón histórica de una comunidad, sino una Hispanidad viva, operante como una realidad que el mundo de nuestros días, que se sienta como espectador, no podrá olvidar. Una Hispanidad con la fuerza y la influencia necesarias para orientar y defender los valores espirituales de nuestra vieja cultura.

Encasillar en una definición justa y precisa el concepto de Hispanidad no es cosa fácil; sin embargo, bien fácil es comprender que la configuración de cuanto hoy entendemos por Hispanidad tiene su arranque histórico y su nacimiento de origen no en principios de unidad, que implican mermas de soberanía, sino poniendo el acento en los sanos principios y normas de comunidad que han hecho posible la coexistencia del pensamiento, del sentir y de las libertades de los pueblos americanos y españoles, poniendo en primer plano cuanto tenemos de común, que es todo lo esencial y removiendo del pasado o del presente histórico cuanto signifique orientación o criterios de disparidad.

Nunca como en estos dieciséis años de paz el concepto y la realidad de lo hispánico ha alcanzado su más auténtico y puro significado. En el Régimen de Franco la política de España, en íntima colaboración con el pensamiento de los pueblos hispanoamericanos, ha sabido revestir de realidades lo que antes no dejaba de ser utopía o tópico. Al pesimismo y al desconsuelo de los hombres de fin de siglo ha sucedido el optimismo de ver que las naciones que integran la Hispanidad no sólo no han roto su unidad de origen y su unidad de destino, sino que siguen su marcha con una esperanza común en el futuro.

EL ESPAÑOL



## Dolores de cabeza

ANSIEDAD - INSOMNIO - VERTIGOS - AGOTAMIENTO

Ya todo ha pasado con...

# CALMANTE VITAMINADO

LA TABLETA QUE DA BIENESTAR





# TRAFALGAR, UNA VICTORIA CARA

POR SALVAR SU  
HONOR DE ALIADO  
LOS MARINOS  
ESPANOLES FUERON  
A LA BATALLA  
CONVENCIDOS  
DEL DESASTRE

## A NELSON LE AYUDABAN LAS INDECISIONES DE VILLENEUVE

EUROPA es en estos momentos un complicado damero. Truena Napoleón desde el corazón de Europa. Los austriacos tiemblan. Italia comienza a hartarse del enervante juego de la botella borracha al que la tienen sometida Inglaterra y Francia, si bien la primera se jacte de protectora. Sólo en España una Corte irreflexiva vejeta tranquilamente. En el sitio de Aranjuez todo es paz. Nunca los jardines estuvieron más bellos, ni sus sombras más frescas, ni sus flores tan vivas ni sus fuentes tan rumorosas como en este plácido otoño. Carlos IV estalla dentro de su frac de caza, su pantalón de damasco y sus medias azules. María-Luisa, cargada de diamantes hace sus apariciones en público entre una prisión de encajes, mientras la Princesa de Asturias languidece en medio de blancas muselinas. Sólo el Príncipe Fernando comienza a roerse psicológicas uñas en hipotéticos rincones palaciegos, ante las bien doradas sandeces políticas que entre recepción y cacería, cacería y recepción, da a luz el señor Príncipe de la Paz.

Porque el señor Príncipe, dicho sea con todo honor a la verdad, ha dado en bailar un solemne rigodón diplomático con el embajador francés, sin que al parecer, haya podido darse cuenta de la gravedad de su situación. Pasito a la derecha, vueltecita a

la izquierda, carta meliflua va cordón y cruz te entrego, el Emperador no ha querido saber de más dilaciones. Y España es la aliada de Francia: la guerra con Inglaterra es ya un hecho. Francia, poseedora de un formidable Ejército de tierra, carece de Flota. Y la Flota española parece llenar los gustos de Bonaparte. La invasión de Inglaterra es en estos momentos el plan más acariciado por el Emperador.

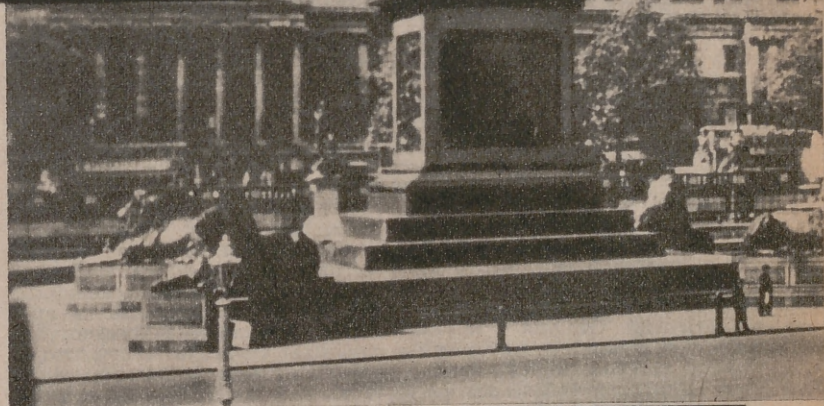
### LOS PLANES DE NAPOLEON. VIAJES Y ENCIENTROS EN EL ATLANTICO

El plan en sí no puede ser más sencillo. Se trata de invadir la isla y marchar sobre Londres

La columna de Nelson en la plaza londinense de Trafalgar

con 100.000 hombres. Para ello es preciso hacer salir de los puertos de Toulon, Rochefort y Brest a las Escuadras francesas, hacerlas recorrer una determinada ruta Atlántico adelante que atravesase en diversas direcciones a los barcos ingleses. Y luego, un juego de rapidez: la Flota se debería reunir en las Antillas secretamente para regresar a Europa lo más rápidamente posible y ayudar a cruzar la Mancha a los soldados del Emperador, que esperarían en Boulogne.

Este plan tan simplista, del que Gravina juzgó como «divi-



no», tenía un gran defecto: Napoleón no contaba con el imprevisible. Y el imprevisible en esta clase de empresas suele ser algo cierto. De ahí el desprecio de Nelson hacia planes que adivinaba, hacia «aquellas órdenes a las de las orillas del Sena, que no tenían en cuenta ni el tiempo ni la brisa».

En efecto, si Mississy tiene la suerte de «escapar» con parte de la Flota del puerto de Rochefort y llegar hasta las Antillas, Ganteaume a quien se había prohibido todo combate, no puede dejar Brest. Por su parte Villeneuve va de desgracia en desgracia. El 18 de enero deja Toulon, y una tempestad le obliga a entrar de nuevo en puerto el 24. Hasta el 30 de marzo no logra emprender definitivamente la ruta. Hombre sin iniciativas propias, enormemente indeciso pasa por Cartagena sin querer unirse al almirante Salcedo, que permaneció luego bloqueado con sus diez navíos durante tres años nada menos y a la altura de Cádiz encuentra a Gravina. El indeciso francés rechaza el plan de nuestro marino, que consistía en hacer la ruta juntos hasta las Antillas por no retrasarse unas cuantas horas.

A todo esto las órdenes del Emperador se multiplican se contradicen, se anulan. Cambia sus capitanes de flota, como pudiera recoger soldaditos de plomo. La jefatura de la Flota pasa en un momento de Ganteaume a Villeneuve. Sólo Nelson conserva una flemma que en el mar suele ser salvadora mientras recorre sistemáticamente el Atlántico cruzándolo y descruzándolo dos veces en sesenta y dos días. Al fin tiene noticia de la llegada de la Flota francesoespañola a Europa antes de que ésta entre en el golfo de Vizcaya. El contraalmirante Stirling y Calder tienen orden de atacar, el 22 de julio se encuentran a la altura de Finisterre, hay una pequeña batalla, la bruma impide maniobrar con desenvoltura; Villeneuve quiere a toda costa escapar «No es el momento, no es el momento». Mientras Gravina y sus oficiales se batían bravamente. Cuando la Flota inglesa desaparece, lo hace llevándose dos veleros españoles, el «Firme» y el «San Rafael».

He aquí quizá el origen primero de aquel coraje español que se desbordara en Trafalgar. Los españoles a toda costa hubieran querido recuperar aquellos navíos. Villeneuve quiere sobre todo curar sus heridos. Y el Emperador, desde el campamento de Boulogne escribía aquella ardiente misiva, reclamando la presencia de la Flota en Brest, cansado ya de oír hablar a sus marinos de brumas y tempestades. «No perdáis un momento, entrad en la Mancha. Inglaterra es nuestra» Pero su pusilánime almirante entraba primero en Vigo a reparar sus averías y más tarde, siguiendo informes que señalaban la Flota británica hacia el Sur, sigue rumbo a Cádiz. Y en este puerto permanece con sus aliados dos largos meses.

#### LAS DUDAS DE VILLENEUVE. EL TIEMPO DE LA ESPERA

El escenario de Trafalgar está preparado. He aquí la blanca costa de Cádiz con sus muros blancos surgiendo de entre la espuma. He aquí en el calmo puerto los grandes barcos de línea donde los marinos cantan en las noches de luna, donde los oficiales españoles prestos a cumplir con su deber, parecen tener el presentimiento científico del desastre. Donde Villeneuve se retuerce de indecisión primero, de coraje, después, ante las nuevas que llegan de Francia. Napoleón «extrema la nota de escribir a Villeneuve que le retira del mando de la Flota porque en realidad está convencido «de que su excesiva pusilanimidad le impedirá acometer la empresa». El francés, uno de esos hombres que tienen «más necesidad de espuela que de brida» gime ahora por una ocasión en la que enfrentarse con los ingleses «sea como sea». El que no había encontrado favorables la ocasión de la escaramuza con Stirling; él que había tenido miedo de adentrarse en la Mancha cuando la flota inglesa aun estaba dispersa, no tendrá de ahora en adelante en cuenta circunstancias ni número. Sólo quiere la ocasión de demostrar su «audacia», su arrojo personal, y cuando más temeraria la ocasión mejor. Rosully, el nuevo comandante en jefe de la Flota, marcha hacia Cádiz para sus-

tituirle. Villeneuve cuenta los días, quiere el combate, es su última baza. Su última baza...

Y la baza llega. Ya el 12 de octubre, Nelson había avistado la capital gaditana como de metal bruñido bajo el sol. Nelson, con toda la Flota; con la de su segundo Collingwood, con la de Bickerton, con la de Calder. En la guerra, la unión hace la fuerza. Y Nelson escribía a su segundo: «Nosotros dos no somos sino uno, no pueden existir entre nosotros rivalidades mezquinas» Poética moral de un almirante que por otra parte había dejado tranquilamente que su Flota apresase dos galeones españoles cargados de oro sin que hubiese mediado provocación por nuestra parte.

#### CONSEJO DE GUERRA EN EL «BUCENTAURE». UN INFORME DE GRAVINA, PERDIDO

Las probabilidades del desastre son tan claras como numerosas. Ya antes de que los sucesos se precipitasen, el 8 de aquel mismo octubre, Villeneuve, forzado por otra carta del Emperador, había convocado en el «Bucentaure» un Consejo de guerra. Allí estuvieron por España los lugartenientes generales Gravina y Alava los jefes de escuadra Cisneros y Escaño y los brigadieres Galiano y Rafael de Mac Donell. Por Francia figuraban los contraalmirantes Magon y Dumanoir, los capitanes Cosmao, Maistral y Lavillegris y el capitán de fragata Prigny.

Jamás se sabrá exactamente lo ocurrido en aquel Consejo de guerra. Pero sí se sabe de la total oposición de los marinos españoles a entablar batalla. Los planes de Villeneuve participaron a Gravina descubellados. El francés les anuncia su intención de dar las órdenes por medio de banderas; Gravina comprende que están perdidos. La mayor parte de la batalla se deja al azar. Los españoles aportan toda clase de razones. La batalla se decide; mientras nuestros marinos tienen el convencimiento «científico» del desastre. El informe que Gravina mandó en esta ocasión al Príncipe de la Paz no ha podido ser encontrado después de 1847. Ha desaparecido tanto de los archivos de Madrid como de los de Cádiz. Lo que prueba que no ha sido una desaparición casual. ¿Cuál sería la profética visión de aquellos sabios marinos que marcharon al encuentro de las naves inglesas con el doloroso convencimiento de hundir para siempre por salvar su honor de aliados la Flota española?

#### LOS HOMBRES DE TRAFALGAR TENIAN LA CERTEZA CIENTIFICA DEL DESASTRE

Ellos, los oficiales, no eran nuevos en las tareas del mar. El duque de Gravina, instruido, enérgico y caballeroso, unía a un carácter extraordinariamente digno una gran cortesía. Don Ignacio de Alava había desempeñado en el mando marítimo de Cádiz un papel sin precedentes.



La familia de Carlos IV, retratada por Goya



**El almirante español Cosme Churrua y el inglés Horacio Nelson**

Duro para sí mismo; dulce para con los demás. Luego, estaba Cisneros, que, a pesar de la falta de recursos acababa de solucionar el problema del arsenal de Cartagena; Galiano y el más popular de todos: Cosme Damián Churrua, hombre de mar sobre todas las cosas, a pesar de su aspecto delicado y frágil, como de hombre que debiera haberse dedicado siempre a las tareas del espíritu. Estos eran los hombres. Nuestros hombres. Los franceses contaban mientras tanto con algún mariscal bien preparado, viejo estilo, mientras la mayor parte de la oficialidad era mediocre y mal preparada. La marinería, por su parte, sólo quería botín. En su método simplista lo principal era no recular.

Nunca ir hacia atrás. Y aquel hombre, Villeneuve, tenía el gran defecto de no inspirar confianza a sus subordinados. Su nervosismo lo transmitía a sus soldados. Su falta de decisión se traducía en desorganización, en indisciplina, en los momentos que mayor serenidad hubieran requerido.

El momento día a día, hora a hora se acerca. En el refugio cálido del puerto de Cádiz, en sus camarotes de oficiales nuestros marinos se resignan ante lo por venir. Ante tantas cosas dejadas al azar y a las circunstancias: ¡Órdenes con banderas! ¿Y el viento, y el humo, y el fuego, o la niebla? ¿Podrá ver el barco cercado las señales de la nave almirante? ¿Cómo actuar en caso de desconexión? ¿Resistirá la débil línea de barcos planeada por Villeneuve el empuje de los de Nelson?

**PARA LOS INGLESES, LA TIERRA; PARA LOS ESPAÑOLES, DIOS**

El 19 de octubre los vigías de la torre de Tavira dan a Villeneuve la novedad: 18 velas inglesas sobre el horizonte. El almirante ve la ocasión de inesperada con la ventaja del número, de demostrar al Emperador

su audacia. Gravina no se ahorrará tampoco en esta ocasión ni observación ni comentario: «Una armada naval no sale así como así del puerto de Cádiz».

Lenta muy lentamente, como una larga procesión de funerales, los buques van franqueando los pasos bajo el cielo claro de la mañana, entre un fresco viento del Sur. Los ingleses también avanzan, no con 18 barcos, como la torre vigía equivocadamente anunciara sino con todas sus fuerzas: 27 barcos de línea, cuatro fragatas, dos bergantines con un total de 2.158 cañones.

«En el nombre del Dios de los Ejércitos yo prometo, hijos míos, la felicidad eterna al que muera cumpliendo con su deber.» En la cubierta del «San Juan» Churrua bendice a su tripulación.

Es el amanecer del día 21. Las posiciones estaban tomadas. Villeneuve, prudentemente busca el

tener la espalda guardada por el refugio de Cádiz. La batalla se prepara; la larga línea en la que el francés ha dispuesto sus barcos va dividida en cuatro secciones: una por Alava, otra por Dumanoir, una tercera de observación, mandada por Gravina, y una cuarta a las órdenes directas de Villeneuve.

En el mismo histórico momento de las palabras de Churrua Nelson pronunciaba ante sus hombres otras palabras: «Inglaterra espera que cada cual cumpla con su deber». Los españoles pensábamos en Dios; los ingleses, en Inglaterra. Para los ingleses, la promesa de la tierra; a los españoles, la promesa del cielo. Y mientras los franceses saludaban la bandera tricolor con los siete gritos reglamentarios de «¡Viva el Emperador!».

**SE ROMPE EL ORDEN DE ATAQUE. EL TERROR DE NELSON, AL AGUA**

El contrario ataca. Los barcos ingleses forman una doble línea en forma de cuña que arremete



La «Victory», nave almirante de Nelson, según un grabado antiguo

contra el centro aliado. Nelson conduce doce barcos, mientras Collingwood, detrás de él, manda los otros quince. Al frente del primer escuadrón, el «Victory», con Nelson, y el «Temerarius». El segundo pelotón va precedido por el «Royal Sovereign». «¡Viva el Emperador!», gritan las tripulaciones francesas. «¡Viva España!», se oye como respuesta en los barcos españoles. Gravina, de pie, impasible sobrio de gestos, contesta a este grito volviendo la cabeza hacia la costa ya dorada de sol, que surge de entre la pálida espuma.

En un primer momento, el «Victory» y el «Royal Sovereign» resisten solos todo el fuego de la Flota aliada. El «Bucentaure», el «Trinidad» y el «Neptuno» contra el primero. El «San Leandro», el «San Justo» y el «Indomptable», contra el segundo. El pelotón de Nelson maniobra con visible empeño de envolver a Villeneuve. Vista la intención, el capitán del «Redoutable» se sacrifica y cubre al «Bucentaure». Silban los proyectiles, los franceses tienen muy otras intenciones que las puramente patrióticas, y los hombres gritan familiarmente al capitán del «Redoutable», Lucas.

—¡Y no olvidéis el abordaje, capitán!

La carnicería es horrible. El viento, además, ha cambiado y sopla del Oeste. El «Victory» y el «Redoutable» se abordan. El «Bahama» es atacado por el «Colosus». Una bomba le lleva la cabeza a Galiano, Pareja, herido sobre el «Argonauta», rodeado de tres navíos ingleses, no se rinde, sino al cabo de tales averías que los ingleses mismos se ven obligados a hundir el barco una vez rendido. En el «San Juan», Churrua, herido también, sin una pierna, hace heroicos esfuerzos para gritar a sus tropas:

—¡Continuad el fuego! ¡Fuego...!

Y muere tras heroicos esfuerzos de lucha contra seis barcos. Humo. Fuego. ¿Qué se sabe en éste o en aquel ala acerca de la nave almirante? ¿Dónde están las señales, las órdenes que Villeneuve pretendía dar por medio de banderas? ¿Qué se sabe aquí o allá del «Bucentaure»? Apenas si se le adivina entre el humo. Ni siquiera se sabe de su popa destruida, de sus arrasadas cubiertas. La lucha se ha fraccionado en muchas luchas individuales. En el «Neptuno», el almirante Valdés se defiende de los proyectiles del «Miotauru» y del «Espartano». Por socorrer al «Trinidad», el «San Agustín» se ve abordado por el

«Leviathan» y otros cuatro barcos ligeros que le persiguen como un enjambre de molestas abejas. Rechaza el abordaje, pero el incendio y la inundación son imposibles de evitar. Las señales desesperadas de Villeneuve no son atendidas por la sección que manda Dumonoir. El grueso de la defensa queda para los españoles, que paso a paso van desrozando su Flota por salvar su honor, comprometido en un pacto inútil.

La victoria inglesa es ya un hecho. Un hecho lamentable. Una victoria cara hasta para los ingleses. En el puente, atestado de cadáveres y heridos del «Victory», Horacio Nelson agoniza.

—Cuando muera... Oid... Cuando muera... no echéis mi cuerpo al mar... Al mar, no. Mi cuerpo lo echéis al mar; no lo quiero... no...; no quiero...

### FINAL DE TRAGEDIA. LAS PERDIDAS IN- GLESAS

Collingwood, desde el «Royal Soureign», toma el mando. Villeneuve, desde el «Bucentaure», hace lo que no quiso hacer en peores extremos los marinos españoles: rendirse. No le queda ni una canoa para trasladarse a otro barco. El «Trinidad», que ha combalido al «Victory», se ve rodeado por todos los vencedores del «Bucentaure»: «Conqueror», «Leviathan» y «Neptuno». Tiene los costados reventados y quince pies de agua en la cala. Es necesario rendirse. Sólo un mal velero, el «San Justo», corre todavía de aquí para allá dispuesto a combatir donde sea necesario. Don Teodoro de Argumosa, sobre el «Monarca», persigue a «esos perros de ingleses», como le grita Baudoin por el portavoz desde su puesto. El humo no permite ya ver nada. Ni señales ni banderas. El ruido de los cañones hace imposible entender lo que dicen los oficiales. Cada hombre dispara como puede, hacia donde puede. Hacia las cinco de la tarde, un espantoso estallido domina todos los otros. Es el «Achilles», que salta en pedazos. Las cubiertas inglesas ofrecen un espectáculo lamentable.

Los barcos se balancean entre el humo como grises masas informes con las velas desmontadas, los puentes destrozados, los costados reventados, los palos mayores colgando flácidos sobre el mar. El último esfuerzo inglés lo hace «Conqueror», con el almirante Villeneuve ya a bordo, al terminar de rendir al «Intrepide», que se bate sólo contra cuatro barcos enemigos. El ala derecha francesa, la sección del almirante Dumanoir, había permanecido largo rato fuera de toda batalla. ¿Es ésta también otra de las muchas razones que pueden explicar la derrota? Al atardecer el cañón cesa poco a poco. El comandante Gravina, convertido en comandante en jefe de los restos de la Flota, aprovecha un golpe de mar para dar la señal de repliegue general. Y marcha lentamente ha-

cia Cádiz. Dieciocho barcos no pudieron seguir aquella llamada.

### 2.366 MUERTOS ESPAÑOLES. ¡GLORIA A LA ARMADA! LA DIGNA REACCIÓN DE CARLOS IV

El desastre pronto se sabe en la costa gaditana. La tormenta que siguió a la batalla aquella misma noche, arroja restos y cenizas sobre las playas de la costa. La Flota combinada había perdido 23 navíos y habían perecido 2.366 españoles. Sobre el «Bahama» habían muerto Galiano y su segundo; sobre el «Montana», Alcedo y su segundo corren la misma suerte. La lista continúa: en el «Argonauta», Pareja ha sido herido; en el «San Ildefonso», Vargas; en el «San Juan Nepomuceno», Churrua y su segundo mueren; en el «Monarca», Argumosa y su segundo heridos; en el «Neptuno», Valdés y su segundo también caído. Y los comandantes del «Santa Ana», del «San Agustín» y del «Santísima Trinidad», el más bello barco de la Flota española, que los ingleses habían tenido la alegría de quemar, también estaban heridos.

La gente de la costa, improvisa salvamentos. El duelo en España es general. Desde el Rey al último español saben lo que esta pédida significa. Un pescador, Felice Ocedo, con su lancha pesquera, ayuda a salvar a la gente del «Rayo». Algunos días más tarde, viendo flotar al «Monarca» a la deriva, el mismo hombre le aborda y encuentra 25 heridos de hambre, de los que logra salvar 22 llevándolos hasta el puerto de Huelva.

Carlos IV muestra una energía de la que no se le hubiera creído capaz ante semejantes acontecimientos. Quiere, sobre todo, rendir homenaje a los héroes. Y hace llevar a Gravina a su lecho de muerte las insignias de capitán general. A todos los hombres que tomaron parte en el combate les asciende al grado inmediatamente superior. Y las pensiones de huérfanos y viudas también se acuerdan de esta manera.

En la primera fiesta de gala Carlos IV encuentra al embajador francés. Sabe bien que la Flota española está hundida para mucho tiempo gracias a la imprudencia de un tratado con el país vecino y la inexperiencia de los mariscales que arrastraron a nuestros hombres. Lo sabe bien. Pero encuentra gravead real suficiente dentro de sí para decirle, delante de los embajadores de Austria, Suecia y Rusia que le rodean:

—Siento mucho los capitanes y los generales que hemos perdido. Pero con el tiempo construiremos otros barcos.

Tuvo que pasar mucho tiempo. La Flota española, sacrificada gallardamente en pro de otros países, perdía el dominio de aquel mar, tantas veces surcado, en el que otro tiempo fuera omnipotente. Costas de América, Gibraltar, islas y pasos estratégicos. Inglaterra ahora podrá exhibir ante el mundo sus robos de corsario. Nadie preguntará a la ley de la fuerza cómo se consiguieron esos dominios.



Conservada como reliquia histórica, la «Victory» es frecuentemente remozada para que pueda mantenerse en el agua

# "TESTAMENTO EN LA MONTAÑA"

## MANUEL ARCE, PREMIO DE NOVELA "CONCHA ESPINA"

Una revelación del poeta  
librero, fundador de  
"La isia de los ratones"

DOS acontecimientos opuestos trajeron consigo el mes de octubre a los que escribimos en Santander—los que vamos quedando, ya que la vida, y también la muerte, han ido abriendo claros en nuestras filas—: la muerte de Carlos Salomón y la concesión del Premio «Concha Espina» a Manuel Arce.

El Premio «Concha Espina» fue ganado en buena lid por nuestro amigo.

Aunque la reputación de Manuel Arce estaba, hasta la fecha, basada en su actividad poética, hacía tiempo que experimentaba la vigorosa tentación de la novela. Y con rapidez, con fiebre, en las escasas treguas que le permite su negocio—la librería Sur, ya bien acreditada, con su sala de exposiciones, que tanto ha hecho



Manolo Arce y su esposa Teresa, en su librería y sala de exposición.—Izquierda: Dolores Medio firmando ejemplares con Manolo Arce y su familia

por la afinación del gusto pictórico en Santander—, fué escribiendo las novelas, inéditas aún, que precedieron y prepararon el fruto maduro de *Testamento en la Montaña*.

DE UN PUEBLECITO ASTURIANO A LA CAPITAL DE LA MONTAÑA

Manolo Arce nació el 13 de fe-

brero de 1928 en un pueblecito asturiano, San Roque del Acebal. Su abuela materna es desde hace muchos años, cuyo transcurso no mengua su buen temple, jefe de la pequeña estación del pueblecito, y allí fué a dar a luz la madre de Manolo. El niño—que creo era bastante revoltoso, lo que no me choca hoy—pasó casi toda su infancia en

aquel tranquilo rincón asturiano, pasando en Santander, donde ya tenían residencia sus padres, cortas temporadas. Terminada nuestra guerra, el chaval comenzó a cursar en Santander el Bachillerato, al mismo tiempo que su padre abría en la calle de la Lealtad el negocio de camisería que pocos años más tarde lograría el mejor crédito y clientela. Allí compré yo, en la solemne víspera de mi primer baile—julio de 1940—, el cuello, los puños, los gemelos, y quién sabe si el chilquilín rubio y atento que junto al mostrador merodeaba era el mismo que cinco años más tarde se nos revelaría como poeta incipiente y ya bien dotado. Al año siguiente, el incendio de la ciudad destruyó el peque-

ño comercio. Como tantos otros, el padre de Manolo tuvo que emprender, sin aspavientos y con los mejores ánimos, la puesta en marcha de su negocio, y Manolo, como hijo mayor, hombrecito de trece años, tuvo que abandonar los estudios para ayudar en las faenas de la tienda nuevamente abierta, cuya clientela crecía rápidamente. Manolo se encargaba de los recados, y cobró con júbilo las primeras propinas. Por las tardes, cuando terminaba el trabajo, estudiaba la carrera de Comercio—que llegó a completar—en las clases nocturnas de una academia donde conoció a Teresa Santamatilde, tan chiquilla entonces como él, y que hoy es su esposa. Teresa, bonita como una niña y dulcemente juiciosa como una mujer, le daba clase de taquigrafía y de mecanografía.

—Ella fué la que me enseñó a escribir... a máquina—dice Manolo cuando recuerda aquella adolescencia feliz—. Y esto me ha servido de mucho, ya que todas mis cosas las escribo directamente a máquina, debido a mi pésima e ininteligible caligrafía.

#### LOS PRIMEROS VERSOS Y LA PRIMERA NOVELA

No sé exactamente de dónde demonios le vino a Manolo Arce la vocación poética, esa divina chifladura que a tantos hace reír y que no cambiaríamos por nada de este mundo: sensible, inquisitivo, inteligente, el chaval escribió sus primeros versos a los catorce años, y con ellos, la primera novela. Me dice, dándome un codazo, que más vale no hablar de ello; pero yo, consciente de que mi indiscreción no es grave, me permito reproducir algunos detalles que en otra ocasión recogí de labios del propio «padre desnaturalizado». Se desarrollaba, como cualquier gran novela que se respete, en un barrio bajo de la populosa Londres, con escaleras crujientes y medrosos reverberos. Una tarde se la quiso leer, ribera del mar, a la que ya era su novia, y Tere, por mucha buena voluntad que puso, no pudo descifrar ni siquiera la primera de aquellas líneas endiabladas. Tomaron el acuerdo, probablemente justo, de arrojar al mar aquel jeroglífico con nombre de novela...

Fué Julio Maruri quien, con su fino olfato, apreció antes que nadie las cualidades líricas de Manolo, que ya andaba de pantalón largo y despachaba en la tienda de su padre, cada día más próspera. Era aquella maravillosa temporada de 1945, cuando Santander bullía de poetas, cuando en torno a una mesa de café se encontraban reunidos todos los artífices de aquel movimiento que, coronado por la revista *Proel*, había de proporcionar a la lírica española tantos nombres de primera línea. ¡Espléndidas horas de juventud entusiasta, henchidas de afanes y de anécdotas, cuya crónica tengo que escribir algún día! Acababa de regresar a Valencia José Luis Hidalgo, y ni por asomo presentíamos que la despedida iba a ser eterna. Muchas tardes paseábamos junto al milagro perpetuo de nuestra bahía, revolviámos libros en mi

biblioteca o escuchábamos versos en aquella silenciosa y acogedora salita de la casa de Julio Maruri, con su inmensa perspectiva de mar y cielo. Los domingos, invariablemente, pasábamos gran parte de la tarde en el café La Austriaca, al final del paseo de Pereda. Y allí se presentó una tarde Julio con el muchacho que empezaba a escribir versos, y que yo recordaba, vagamente, haber visto en el eterno paseo del Muelle. Julio, hombre de violentos entusiasmos y de disparadas arremetidas, demostraba la mayor confianza en las dotes poéticas del chico. Y a los demás, que todavía no conocíamos sus versos, nos hizo la mejor impresión su simpatía y la aguda inteligencia que se vislumbraba bajo la timidez e ingenuidad inevitables.

Manolo tenía entonces diecisiete años, y todos nosotros éramos anteriores o coetáneos de la quinta del 42, tan entrañable para Pepe Hierro. Así que Manuel Arce nos resultaba algo así como un hermano menor, cuya juventud, que casi era infancia, añadía su alegría cándida al grupo, donde ya ¡presumíamos de estar de vuelta de muchas cosas! Una tarde, en su casita de las alturas de San Simón, me leyó Julio los primeros versos de nuestro nuevo amigo. Eran balbuceos, claro está, pero el seguro instinto de Julio percibía en ellos—y no se engañaba—sentido del ritmo y de la elegancia, sincero cuidado de la expresión.

#### «LA ISLA DE LOS RATONES»

*Proel* había dado por terminada su etapa de revista exclusivamente poética para convertirse en una publicación intelectual de mayores alcances y ambiciones. Y de pronto Manuel Arce, el benjamín de la cuerda, nos asombró con una noticia estupenda: se lanzaba a fundar una nueva revista de poesía. ¡Y con qué título, Dios mío!: *La Isla de los Ratones*. Sabroso regusto de trave-

sura juvenil, junto a un leve eco nostálgico y risueño que rozaba nuestro corazón montañés. Porque así se llama un islote, diminuto y perdido, de nuestra amada bahía. Islote que, desde la poesía de sus brumas y sus resoles, iba a saltar a la poesía de las estrofas y de los ritmos.

Comenzaban a ser ilustres muchos de los nombres que desde la primera hora poblaron las páginas de *Proel*. En el concurso de *Adonais* de 1947 se cubrieron de gloria tres de los nuestros: Pepe Hierro, Julio Maruri y Carlos Salomón. Los versos de José Luis Hidalgo se musitaban con amor y devoción por todos los labios jóvenes de la poesía española. Y *La Isla de los Ratones*, nacida al fin y al cabo al contacto de aquel ambiente propicio, se disponía a competir con la que más brillase, en esmero de presentación y en selección de colaboradores. Años andando, un Premio Nacional de Literatura y un Premio «Concha Espina» de novela agregaban sus lauros al historial brillantísimo. (Querido Joaquín Reguera Sevilla, meceñas inolvidable, ¿estás contento de tus muchachos?)

Gracias al entusiasmo de Manolo—que, por cierto, no era tan irreflexivo como su juventud podía hacer sospechar—y gracias también a la colaboración estupefanda que desde el principio halló en los impresores Joaquín y Gonzalo Bedía, *La Isla de los Ratones* publicó su primer número, con una colaboración realmente interesante y prestigiosa, en 1948. Desde entonces ha publicado veintiséis números, en los cuales encontramos las firmas de todos los poetas de este período, mucho más espléndido de lo que algunos suponen. Y no faltaron las colaboraciones de los más jóvenes, de los mozalbetes que, año tras año, iban incorporando a nuestro grupo, y a quienes Manolo acogía con cordialidad fraternal de compañero de quinta: Salvador García, José María López Vázquez, Jesús Pardo y Alejandro Gago, el último llegado, que pronto anudaría con Manolo estrecha y larga amistad, además de manifestar en sus versos un talento poético digno de tenerse muy en cuenta.

*La Isla de los Ratones*, cuya administración era cuidada por Manolo con escrupulosidad increíble en un poeta, publicó también libros de versos, varios de los cuales llamaron justificadamente la atención: la lista de sus autores se compuso de Gabriel Celaya, Susana March, Alejandro Gago, Jaime Delgado, J. Germán Schroeder, Ana Inés Bonnin, el que esto escribe y el propio Manuel Arce, que publicó—en 1949—su primer libro, *Llamada*, precedido de una limitadísima edición de *Sonetos de vida y propia muerte*.

Ya nuestras filas habían experimentado variaciones importantes: la tertulia se trasladó a la cervecería La Mundial, y de allí, al Bar Flor, de la avenida Calvo Sotelo, donde sobrevivió varios años. Muchos de los camaradas de la primera hora estaban lejos de Santander: Marcelo Arroita-Jáuregui, Guillermo Ortiz, Enrique Sordo, Marino Sánchez... En el grupo juvenil comenzaban a



Manolo Arce cuando tenía cinco años

predominar los pintores sobre los poetas. Y Julio Maruri completaba su evolución espiritual disponiéndose a vestir el hábito que ilustraron Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Manuel Arce hacía sus escapadas a Madrid, tomaba breves pero perdurables contactos con el mundillo literario de la capital; escuchó esas palabras de aliento que la cordialidad sin límites de Vicente Aleixandre ha vertido en todos los corazones jóvenes que se le acercan en demanda de amistoso consejo; tuvo la satisfacción de conocer a su siempre admirado Gerardo Diego, y de darse cuenta de que *La Isla de los Ratonés* pesaba ya muchos quilates en el panorama poético español. A la vez, Manuel Arce hacía cuanto podía por animar el ambiente intelectual santanderino, organizando lecturas o reuniones. No olvidaré aquella indescriptible Sala Mexi, donde en el otoño de 1948 celebramos unas conferencias poéticas, muy para minorías, entre otras razones, porque en el local elegido no cabían cómodamente más de nueve personas. Y no hablemos de las reuniones literarias, ya abiertamente bohemias—o existencialistas, como se dice ahora—, que hallaron por escenario el amplísimo y destartaladísimo estudio del simpático escultor Sansegundo Castañeda, en el invierno de 1950...

Carácter más serio tuvieron los recitales que bajo la enseña de *La Isla de los Ratonés* se celebraron en el Curso para extranjeros de la Universidad Internacional «Menéndez y Pelayo». Dichas lecturas poéticas, cuyos programas comprenden ya un considerable número de participantes, hallaron entusiasta apoyo en el entonces director del Curso, Joaquín de Entrambasaguas, y, aunque parezca mentira, atrajeron numeroso público. A todo esto, la obra poética de Manuel Arce se acrecentaba con nuevos y valiosos libros. *Sombra de un amor* y *Biografía de un desconocido*, publicados ambos en «Adonais», la más prestigiosa de las colecciones poéticas españolas. Y el hispanista francés Roger Noel-Mayer traducía, para la colección de Pierre Seghers, una pequeña antología de poemas de Manolo, bajo el título *Lettre de pair à un homme étranger*. Por cierto que siempre estamos a tiempo de recordar y de agradecer la tenaz y cariñosa labor de dicho hispanista en pro de un mejor conocimiento de nuestra poesía actual en su patria.

#### LA LIBRERÍA «SUR». LA LIBRERÍA SUR, CENTRO DE CULTURA SAN-

En 1952 abrió Manolo, en uno de los lugares más céntricos de la ciudad, la librería Sur, que llevaba anexa una sala de exposiciones. Su importancia en la vida artística de Santander, durante estos tres años, ha sido incalculable: en esta galería, que celebra sus manifestaciones ininterrumpidamente, han colgado, entre otros muchos, Caneja, Menchu Gal Arias, Alvarez Ortega, Jiménez Balaguer, Pondal, García Ochoa, Guinovar, Alvaro Delgado, Redondela, Carpe, Tapés, Barceló, Villalba, Rogent, Mallol



Una pantomima marinera representada por los pintores Barceló, Ortega, junto con Blas de Otero, Beltrán y Manolo Arce

Suazo, Capdevila, Hurtuna... La inauguró Benjamín Palencia, al que siguió el ceramista Lloréns Artigas.

Naturalmente, no hay escritor o artista de paso en Santander que no vaya a parar a la librería Sur. Allí firmó ejemplares Dolores Medio, a raíz del triunfo de *Nosotros los Rívero*; allí leyó Blas de Otero sus poemas, en marzo de 1953. Allí coincidieron, este último verano, Carmen Conde, Rafael Montesinos, Laborde, Blas de Otero, Gallardo, Eduardo Vicente, Cristino Mallo, Luis Rosales... De allí se sale, más de una vez, en dirección a la bodega del Riojano, cuyo joven dueño es amigo también de poetas y de pintores. Y a la librería Sur me dirijo en esta alegre mañana de octubre, con un sol todavía veraniego, a dar al amigo el primer abrazo de mi enhorabuena.

#### MANOLO Y TERE

En la tienda está, en brazos de Tere, radiante, la verdadera dueña de la casa, esa niña, cariñosa y simpática como pocas, que desde hace unos meses trae locos—y con justa razón—a sus padres, y que incluso ha conseguido el milagro que hacer olvidar a su abuelo paterno, más de una vez, su inflexible horario de permanencia en la tienda. La chiquilla se ríe con más ganas que nunca, como si presintiese el triunfo que su padre acaba de obtener, mientras Manolo y Tere me cuentan las horas de ansiedad que pasaron antes de conocer el fallo definitivo.

—Yo no podía estar quieto en ninguna parte—me dice Manolo—, y en cuanto cenamos me lancé a la calle, acompañado de Tere—que estaba pasando peor rato que yo—, de mi cuñado Paco y de Julio Núñez. Fuimos a Radio Cantabria para averiguar la marcha de la votación, pero allí no sabían nada todavía. Entonces nos dirigimos a la tienda, para desde allí telefonar al Hotel Comercio, de Torrelavega, donde se celebraba la cena literaria en cuyo curso daríase a conocer el nombre del triunfador. ¡Qué hora mortal pasamos, Leopoldo! Llamamos a Torrelavega, y nadie cogió el aparato en el hotel, como si éste estuviera desierto. Julio Núñez tenía un «enlace» que se había comprometido a transmitir el fallo tan pronto como éste fuera conocido, y cuando, en medio de la espera casi angustiada, sonó el teléfono de la librería, nos precipitamos a él con la ansiedad que puedes imaginarte... ¡Vaya por Dios!, era María del Carmen Alvarez Lavín, que llamaba para preguntar si sabíamos algo... ¡Menudo sobresalto debo a su cariñosa solicitud, que tanto agradezco hoy! Poco después, fué Carlos Nieto quien llamó para comunicarme que el Go-

El matrimonio Delibes en su visita a la galería «Sur», acompañados de Manolo Arce y su esposa



bernador Civil había instituido otro premio de veinticinco mil pesetas, y que, por lo tanto, mi novela tenía ya la seguridad de conseguir un premio, pues solamente quedaban ella y *Luz en la sombra* para la votación definitiva. Me costaba creerlo. Y, por fin, a las once y media, pudimos comunicar con Torrelavega: el fallo acababa de hacerse público, y a través del receptor se oían los aplausos que saludaban el nombre del vencedor. Julio Núñez, al aparato, aguardaba las nuevas de su «enlace», que no tardó e comunicar: «¡Ha sido tu amigo!»

Manolo calla un momento, como si hubiera revivido, la tensión nerviosa de aquellas horas. Aprovecho su pausa para advertir a los lectores que Julio Núñez Morante es, además de un excelente amigo, uno de los más finos lectores que puedan encontrarse, penetrante y certero en sus juicios, dotado de una magnífica curiosidad por todo cuanto se relacione con las actividades del espíritu.

—Cogimos un taxi—prosigue Manolo—y partimos para Torrelavega. Yo no sé si íbamos a prisa o despacio, pero me pareció que no llegábamos nunca. Luego, ya puedes imaginarte: los aplausos a la entrada, los abrazos de los miembros del Jurado, las palabras de agradecimiento que enhebré como buenamente pude... Dicen que estaba mucho más pálido de lo que estoy habitualmente, ¡y ya es decir! Tere lloraba... Pasé gran parte de la noche firmando minutas a la infinidad de personas que querían tener un recuerdo de la jornada: sospecho que muchas de las dedicatorias perecerían surrealistas... A las cuatro regresamos a Santander, y el domingo lo dedicamos íntegramente a nuestros padres, que tampoco sabían lo que les pasaba.

#### «TIENES QUE HACER ESA NOVELA»

Tenemos que interrumpir el diálogo, porque a cada momento entran amigos que desean felicitar al ganador del Premio «Concha Espina» Mazo, el fotógrafo, tira unas placas. Y aprovechamos otro momento de tranquilidad para continuar hablando. En realidad, ya nada nuevo va a revelarme Manolo; repite, para tantos amigos lejanos o desconocidos, las opiniones o las ideas que han sido base de mil ratos de charla en el Bar Flor, en El Riojano, en La Lonja o en aquella habitación de su casa de la plaza de los Remedios, en cuyos estantes se alineaban los libros y las revistas de poesía.

—¿Cuándo empezaste a escribir novelas «en serio»?

—Mira, a esta pregunta debo contestarte dedicando un recuerdo a Miguel Delibes; durante una de sus estancias en Santander le conté el argumento de la novela que tenía planeada, y que había de titularse *El incendio*. Estábamos cenando en el Riojano. Miguel Delibes me dijo: «Esa novela tienes que hacerla. Y no quiero marcharme de Santander sin leer el primer capítulo.» De momento, no pudo cumplir su deseo, pero un mes después la novela estaba terminada. Al prin-

cipio quedé muy contento del resultado; hoy me resulta demasiado alejada de mi manera de hacer novelas, y no pienso publicarla. La propio ocurre con la segunda que escribí, *El mal*, que también ha de permanecer inédita. Concurri con ella al «Nadal», y quedé en un lugar de tacado de la votación final; hoy me alegro de que no obtuviera el Premio...

Suena el teléfono. Ahora es otro lector impenitente, el doctor Sosa Antomil, quien felicita a Manolo.

—Después escribí *Cuatro palmos de tierra*, con cuyo protagonista, Luisín el Tuerto, me encariñé mucho. Ya anunciaba, por su procedimiento realista, la sencillez de su tema y el calor humano que pretendí infundirle. Las características de *Testamento en la Montaña*.

—¿Piensas publicarla?

—Probablemente correrá la suerte de sus antecesoras. No estoy verdaderamente satisfecho de ninguna de ellas. Hoy, creo que ha sido *Testamento en la Montaña* la obra donde me he encontrado de veras.

—¿Has cambiado impresiones con los miembros del Jurado acerca del efecto que tu novela les produjo?

—Desde luego. Pero eso te lo podrá decir mejor Julio Núñez. ¡Yo estaba tan emocionado cuando me felicitaban y he hablado de mi obra!...

Y Julio Núñez interviene:

—El entusiasmo del Jurado ha sido unánime. No solamente han elogiado el estilo literario, por efecto, sino una cualidad que no siempre aparece en las novelas contemporáneas: el interés de la acción. Por ejemplo, el padre Félix García, durante su actuación como Jurado, estuvo materialmente pendiente de la trama de *Testamento en la Montaña*. Gerardo Diego elogió el magnífico trazado de los personajes. Para todos los miembros, la novela constituyó una revelación.

#### UN CAPITULO POR DIA

Yo no puedo agregar mi opinión modestísima, pues aun no he conseguido que Manolo me permita leer ninguna de sus novelas. Pero algo—o mucho—de sus condiciones de prosista he podido atisbar en sus cuentos, o en una breve obra teatral que también permanece inédita, y que recuerdo poseía notable agilidad e intensidad de diálogo, y sentido del movimiento escénico. Además, en una ocasión hemos sido colaboradores en un trabajo en prosa: la biografía del poeta montañés Ignacio Zaldívar, que compusimos para la colección «Antología de Escritores y Artistas Montañeses».

—Pasando, como pasas, el día entero pendiente de la librería y de las exposiciones, ¿de dónde sacas el tiempo para escribir?

La respuesta es una pregunta rápida:

—¿De dónde lo sacas tú?

Lo comprendo. Cuando la vocación impulsa, el tiempo se hace elástico de un modo prodigioso, y se aprovechan las horas más disparatadas, los momentos más inverosímiles. Continúa Manolo:

—Escribo mis novelas de un ti-

rón, a razón de un capítulo por día. Pero después las corrijo a conciencia, y esa tarea suele ocuparme bastante más tiempo que la de creación propiamente dicha.

—¿Tienes el proyecto de alguna nueva novela?

—Sí, una de alcance más ambicioso que todas las que llevo hechas. Se titula provisionalmente *Los semidioses*. Tengo casi todo el plan en la cabeza, pero todavía no la he empezado. Confío en escribir dentro de poco las primeras cuartillas...

—¿Tus novelistas preferidos?

—Es algo difícil de precisar. Ya hemos comentado muchas veces que existen autores a quienes admiras sin amarlos realmente, por falta de afinidad con ellos, en tanto que otros, a lo mejor inferiores, encuentran mayor eco en nuestra intimidad. Por ejemplo, comprendo el enorme alcance de la obra de Faulkner o de Kafka, su colosal aportación a la literatura actual y al conocimiento del hombre, pero... yo no escribiría como ellos. En el espacio de la literatura americana, me compenetro mejor con Steinbeck o con Caldwell. Hemingway ha empezado a gustarme con *El viejo y el mar*. Otras novelas tuyas que yo conocía—*Fiesta*, *Por quién doblan las campanas*—me parecieron lentas y falsas. También me gustan algunas obras de Graham Greene. Y algunos franceses.

—Seguramente figuran entre tus predilectos varios novelistas españoles...

—¿Varios? No, muchos. Creo sinceramente que la novela española se encamina, o quizá ha entrado ya, hacia un período de esplendor. Hay novelistas magníficos: Cela, Delibes, Gironella, Carmen Laforet, Elena Quiroga, Luis Romero, Sebastián Juan Arbó, Ricardo Reguera y Susana March...

Son sinceras las palabras de Manolo; torna a recordar largas de charla, con el vaso cerca o el libro en la mano.

—¿Qué opinión te merecen los premios literarios? Quiero decir, ¿crees que ejercen una acción benéfica en el ambiente intelectual?

—Ya lo creo. Estimulan vocaciones, caldean el ambiente y constituyen un medio indudable para revelar valores nuevos. Ya has visto el historial espléndido del «Nadal», por ejemplo, y los nombres que de él han salido. Además, los premios excitan la curiosidad de las masas, atraen su atención hacia las cuestiones literarias, por las que tan poco suelen ocuparse.

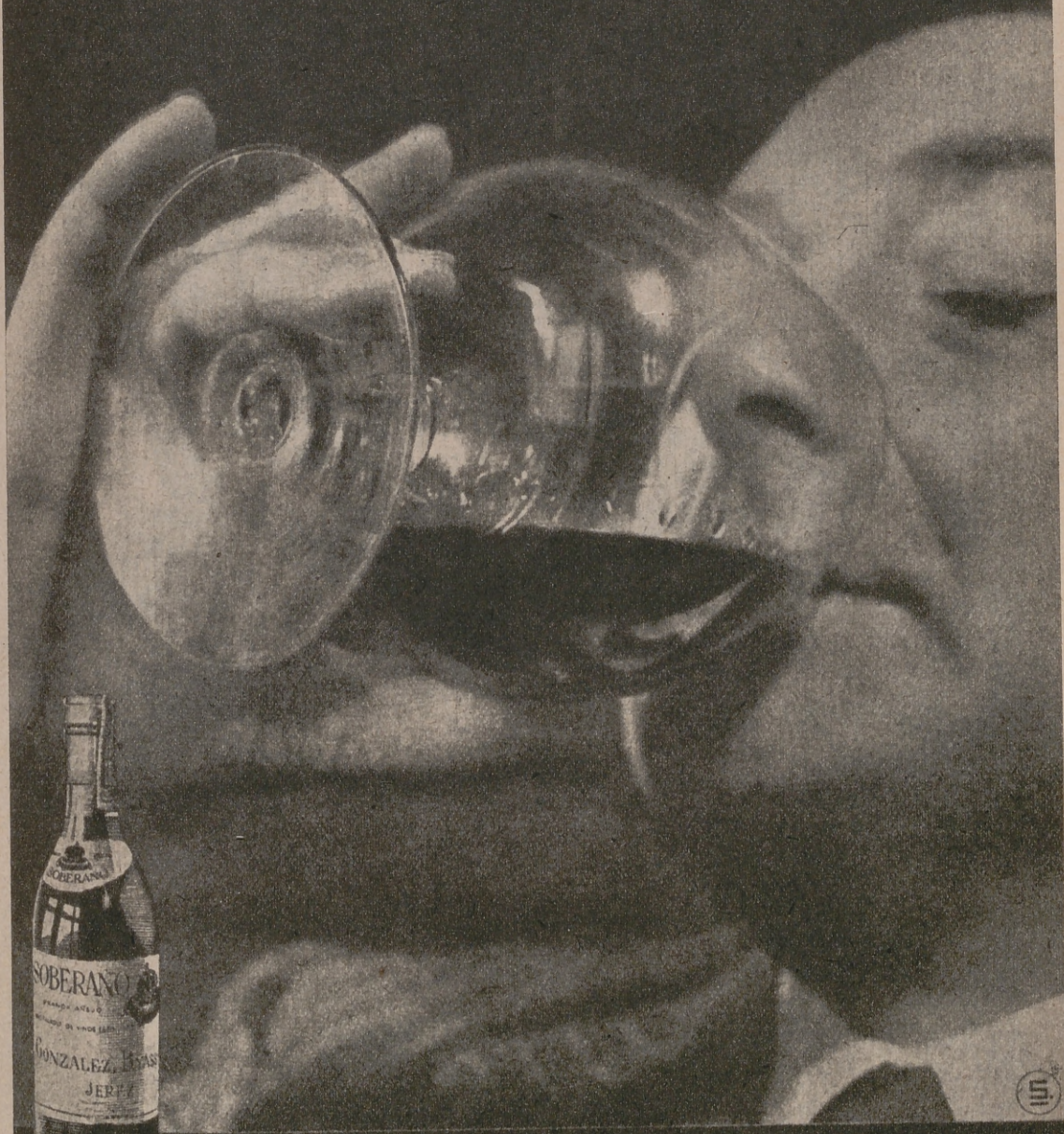
El tiempo ha pasado sin sentir; y por hoy—tal vez sólo por unas horas—dejo al autor de *Testamento de la Montaña* Premio «Concha Espina» 1955, y torno a la calle, iluminada por un tibio sol otoñal. Y pienso con alegría que la cosecha de mi Santander no se agota, y que de estas tierras—gracias a la estu-penda iniciativa del Ayuntamiento de Torrelavega—sale ahora un gran novelista joven. ¿Qué mejor tributo a la memoria gloriosa de la admirable doña Concha, la dama de Luzmela?

Leopoldo RODRIGUEZ  
ALCALDE



BRANDY

# SOBERANO



# GONZALEZ BYASS

BRANDY - CANTON - GONZALEZ BYASS - JEEF

# PRESTIGIO

*de la Confianza*



**HORA  
CERTINA**

CERTINA concede siempre EXACTITUD INFALIBLE.  
Esto es: HORA CERTINA.

• • •

Construido en su propia fábrica, la extensa variedad de modelos para señora, caballero y niño aportan la línea más moderna a los más asequibles precios.

• • •

PROTEGIDO CON EL LEGITIMO INCABLOC (contra golpes). - ANTIMAGNETICO - MUELLE IRROMPIBLE - CORONA DE ACERO

Fábricas en:  
GRENCHEM  
(Suiza)

# CERTINA

EL RELOJ DE PRECISION MAS FINA

- ELEGANCIA
- PRECISION
- FORTALEZA
- EXACTITUD

# UNA EXTRAÑA ESCUELA EN EL DESIERTO DE NEVADA

## ESTADOS UNIDOS PREPARA A SUS SOLDADOS PARA CUALQUIER CONTINGENCIA

El "Código Moral" del Ejército yanqui, realidad terrible y fría frente al falso "espíritu de Ginebra"

### Entrenamiento contra torturas y suplicios

HEMOS aquí en un trance penoso al abordar el tema de este artículo. Como se ha dicho algunas veces con ocasión del estreno de ciertas películas terroríficas, el asunto que abordamos aquí bien puede anticiparse también que es sólo propio para lectores de ánimo bien templado. Pero la cuestión, sin duda, requiere que nos ocupemos de ella. Y que la exponamos con toda su dura realidad y su íntima crudeza. Esto mismo es lo que vamos a procurar hacer del modo más discretamente posible.

Para el lector es probable que haya pasado inadvertida o, al menos, no haya concedido al asunto demasiada importancia, la noticia de haber sido dictado el llamado «Código Moral» del soldado americano. Y, sin embargo, la noticia vale bien el comentario. Porque es justamente éste el tema amargo y duro que vamos a tratar aquí. Anticipemos que no es, precisamente, el original y debatido Código Moral yanqui lo que contrista el ánimo, sino exactamente la razón, y aun la necesidad—dígase lo que se quiera por las gentes débiles—, de que el Código en cuestión haya sido publicado.

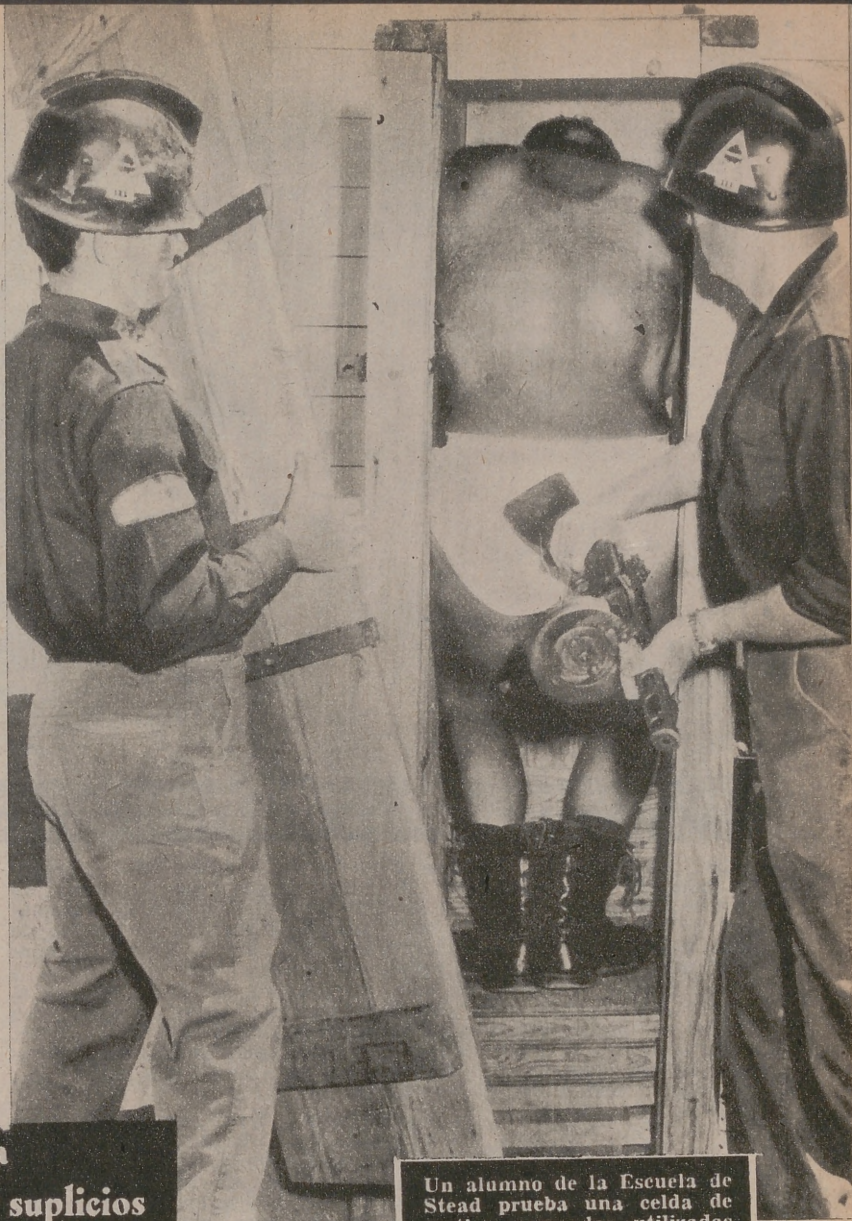
Quien lea comprenderá fácilmente lo que aquí, ahora, nos apresuramos a declarar por adelantado.

#### UNA EXTRAÑA ESCUELA EN EL DESIERTO DE LEMMONS VALLEY

Nevada es uno de los Estados que integran la gran República americana. Un Estado enorme, más grande él solo que la mitad de España, pero apenas con la población que tiene, por ejemplo, La Coruña. Un país extensísimo, con una población insignificante para tal superficie, que no excede de 0,5 habitantes por kilómetro cuadrado por término medio. Esto es una densidad de desierto. Porque justamente Nevada es un desierto de arenales, parameras y altas, y aun altísimas montañas, que alcanzan, en el pico de Whitney, 4.418 metros de altitud sobre el nivel del mar, tanto como el monte más elevado de los Alpes. La capital del Estado americano en cuestión es una pequeña localidad que se llama Carson City. Y el Estado, delimitado, según lo habitual en la división administrativa de la nación, por paralelos y meridianos, es, a la postre, un inmenso país vacío. Nevada ha

Un alumno de la Escuela de Stead prueba una celda de castigo como las utilizadas por los rusos. En ella no se puede permanecer sentado ni tampoco completamente de pie

sido, en consecuencia, el lugar elegido como colosal campo de experimentación y enorme polígono de pruebas para el ensayo de los nuevos armamentos, las tremendas bombas atómicas y aun las más terroríficas todavía bombas termonucleares. Pero Nevada ha sido elegido también—y he aquí la razón de esta cita geográfica nuestra—para algo, a la postre, quizá no menos estrechecedor: para sede de una extraña escuela establecida en la antigua base aérea de Stead—«Stead Air Force Base», no lejos de Reno, y cuyo establecimiento dirige un hombre energético, con el grado de coronel de la Aviación americana, que se llama Burton E. Mackenzie. La escuela está situada concretamente en el desierto de Lemmons Valley, en el que sólo nacen algunos míseros espartos. La elección, sin embargo, no ha sido caprichosa. Por lo que se verá en seguida, al revés, ha sido muy hábilmente elegido este lugar desolado y misérrimo para la fina-





El mayor realismo se observa en todos los entrenamientos de la nueva Escuela Especial. Aquí vemos a un «prisionero» conducido brutalmente hacia la celda de castigo

lidad que acaba de confiarse a la dolorosa misión de esta novísima y singular escuela del Arma de Aviación yanqui. La instalación se ha hecho en el antiguo fuerte, al que se han adicionado, porque el papel de este centro está tomando auge extraordinario, nuevas construcciones, cuyo coste ha sido exactamente de 4.100.000 dólares, esto es, poco más o menos 164.000.000 de pesetas.

#### EL CODIGO MORAL DEL SOLDADO RUSO

Seános permitido ahora una referencia a cómo Rusia entiende la moral de sus soldados, sin cuya previa indicación es posible que el lector no acertara jamás a concebir los métodos de enseñanza, y aun la finalidad misma, de la escuela de Stead.

En Rusia, lo hemos dicho alguna vez, las palabras tienen una significación muy distinta de la que tienen en el mundo occidental cristiano y civilizado empleando la palabra última en el sentido humano que debemos darla. Los militares de todos los países y de todos los Ejércitos saben bien a cuánto les obliga su condición. Deben jurar, y juran o prometen, defender con las armas, y digna y valientemente, a su patria, sin reparar en ningún sacrificio; «hasta derramar la última gota de sangre», según la fórmula tradicional, solemne y magnífica de nuestra Ordenanza militar. Estos hombres de los Ejércitos de todos los tiempos y de los Ejércitos del Occidente hoy saben bien cuál es el deber que les obliga a ir incluso a la muerte, siguiendo a la bandera y al servicio sacrosanto de la patria. Saben que la guerra es cruel. Pero saben también que la guerra tiene leyes, y que estas leyes, por ejemplo, dispensan al herido y al prisionero, que, por

serlo, indefensos ya, pierden, «ipso facto», su condición de combatientes y quedan automáticamente fuera del concepto de enemigo. En la guerra siempre fué, hasta aquí, forma legal y humana de la acción recoger al adversario herido, curarle como soldado propio y retener al prisionero, guardándole todo género de consideraciones hasta el fin de la guerra.

Ahora, lector, no es así. Ahora, Rusia ha llevado a la guerra el concepto infrahumano que allá lo invade todo. El odio, el suplicio, el crimen horripilante mismo. Para Rusia es bien sabido que no hay más leyes que las suyas. ¿Qué le importan a ella «los prejuicios burgueses»? ¿A qué la obligan los acuerdos humanitarios de Ginebra? Ha terminado la guerra mundial hace ya diez años. Aun gimen en los campos de concentración soviéticos cientos de millares, y millones quizá, de ex soldados extranjeros, sometidos a la tortura vitalicia de su régimen policíaco brutal. Aun falta devolver a sus países sabe Dios cuántos cientos de miles de ex combatientes, quién sabe si millones, porque ni siquiera se acierta cuántos son. Cuando Adenauer, últimamente, reclamaba en Moscú los prisioneros alemanes que aun faltaban por repatriar, Bulganin dió una respuesta escalofriante: «no había más que unos pocos miles, y ésos eran «criminales de guerra»!

Cierto día, en Rusia, delante de una de las trincheras de nuestros soldados de la División Azul, caía un oficial enemigo acribillado a balazos. Recogido el cadáver, encontramos en el bolsillo del uniforme una documentación curiosa y aleccionadora demostrativa de cómo funcionan en el Ejército rojo los comisa-

rios políticos. Porque de un comisario, en efecto, se trataba. Es decir, a ser exactos, era un «politruk». Porque los comisarios habían desaparecido en uno de esos gestos que desde siempre el Kremlin tiene para engañar a los demás. Stalin había asegurado, exactamente, algún tiempo antes, que el Ejército rojo suprimía los comisarios. Y fué verdad. Lo que no dijo es que los sustituían los «politruks». ¡Los mismos perros, a la postre, con los mismos collares! ¡Que fué lo que pasó!

Los comisarios que tuvo antaño el Ejército rojo eran una organización inspirada en los que tuvo el Ejército francés de la Revolución, y que Napoleón suprimió. Estos comisarios, a la postre, tenían por cometido, en parte, vigilar a la tropa, alentarla, inflamar de espíritu revolucionario a los soldados y vigilar muy de cerca, sobre todo, a los oficiales y a los jefes. Exactamente el cometido que tuvieron en Rusia después, cuando aniquilado por la revolución el Ejército zarista, nacía el Ejército rojo, parcialmente, en su inicio, con cuadros de mandos provenientes de aquél

#### ORGANIZACION CASTRENSE DE TODO LO RUSO

El régimen comunista se apoya en estos tres principios, que le son esenciales para subsistir: la «propagación de la doctrina soviética», la «implantación de un régimen de terror» y la «vigilancia constante», y la delación por sistema, que corre a cargo de la Policía. Pues bien, esta concepción singular y bárbara se lleva en la Unión Soviética del ámbito civil al régimen militar. En esto el Ejército ruso se diferencia de todos los europeos occidentales y del americano. Se ha dicho así que «en la Unión



Los interrogatorios a que son sometidos estos «prisioneros-alumnos» duran a veces treinta y seis horas, durante las cuales reciben toda clase de insultos, golpes y amenazas

Soviética el pueblo es una organización militar vestida de paisano, mientras que en los Estados Unidos, el Ejército es un organismo formado por paisanos vestidos de militares». Todo en la Unión Soviética, en efecto, es concepción marcial: arma de guerra, herramienta, en fin, para hacer un día la revolución mundial. Y a ello apunta, en consecuencia, la organización castrense de todo lo ruso. Un enorme esfuerzo se hace para captar al joven, y luego al soldado, en beneficio del ideario comunista. Se abre a las gentes con una propaganda metódica, reiterada y agobiante. Pero no sólo así se forma la moral del soldado. Los dirigentes comunistas saben muy bien que la masa principal de estos soldados es, si no enemiga del régimen, sí al menos indiferente. Y como sabe y comprende lo quimérico del empeño de pensar hacer batirse un día a los soldados rusos por una ideología que ni sienten ni comparten, he aquí por qué apelan esos dirigentes a tocar la fibra patriótica del ruso, no, por cierto, insensible. El amor a la «rodina», a la patria, no es, por tanto, un concepto que rechace la propaganda militar soviética. cuando esa patria es, naturalmente, la Unión Soviética. El más grave de los errores alemanes en la última gran guerra fué, precisamente, haber desconocido esta verdad y haber avanzado en Rusia en tono de invasor, cuando debió de haberse hecho en el de libertador. De aquí que la propaganda soviética resultó entonces, a estos efectos, fácil. Cuando los soldados no estaban decididos a hacerse matar por los principios de un sistema que distaba mucho de entusiasmar al pueblo, se esgrimía, en cambio, el grito de guerra al invasor y se daba a la lucha ca-

rácter de guerra de la independencia (Velikaia otechsvennaja Voina).

El americano sabe que la «moral», según su propio reglamento, «es la disposición del espíritu de los soldados en relación con el Ejército». Y el reglamento aun añade que «una moral buena lleva a los soldados a hacer más de lo que se puede hacer». Pero los soldados rusos tienen un concepto muy diverso de la moral. Ellos juran «servir a la patria socialista», ser soldados disciplinados y «guardar estrictamente los secretos militares y de Estado». Según Vorochilov, es precisa la moral combativa en la guerra; pero el concepto ruso de tal moral es distinto de la de los «países burgueses». Para los rusos, «esta moral debe de estar en relación con el carácter de la guerra y con los principios políticos, económicos e ideológicos del comunismo». El Ejército rojo, en consecuencia, «es el propio comunismo armado». Tal es el concepto staliniano. La moral militar rusa se basa en esta extraña interpretación y singularmente también en el «concepto de la guerra justa de Lenin». ¡Ah!, pero que nadie se engañe. «Guerra justa» es, para Lenin, para Rusia, en consecuencia, la guerra que hace ella.

#### «KOMISARS», «POLITRUKS» Y «ZAMPOLITS»

Decíamos que a los «komisar» les sustituyeron los «politruks» que ahora—en esa constante renovación de nombres, tan del gusto ruso, para despistar a las gentes—se denominan «zampolits», es decir, jefes delegados para asuntos políticos, según cierta sigla original. Ya en el VIII Congreso del partido se convino que eran los comisarios los que mantenían el espíritu y

la disciplina, diciéndose literalmente: «El comisario de un regimiento es el director político y moral del mismo; el primero en defender los intereses morales y espirituales. Así como el comandante militar del regimiento es la cabeza, el comisario es el padre y el alma.» Este personal singular está encargado de la instrucción política del Ejército. Para ello esta tarea es dirigida por el Departamento Político Central del Ejército—hay otro para la Marina—, teniendo personal del mismo destacado en los respectivos ministerios, pero relacionándose todos con el Comité Central del partido. Los agentes del Comité Político (Zamstitel'po Politicheskoi Chasti) son los «zampolits», que reemplazaron en 1942, sin decirlo, a los antiguos comisarios. Ahora ya no son los dirigentes políticos, como antes, los primeros jefes de la unidad militar, sino los segundos; el primero es el comandante que la manda. Así ya no hay antagonismos entre el mando militar y el político. Pero todavía el poder de este último es extraordinario, sin embargo. Hay «zampolits» en todas las unidades de regimiento adelante, y auxiliares de aquél—«pompolit»—en los batallones y en las compañías, esto es, en las unidades menores. Estos hombres están encargados de la instrucción política de los soldados, ¡y de la de sus oficiales y jefes también! Esta instrucción dura largo tiempo todos los días, tanto en paz como en campaña. Consiste en conferencias para la tropa sobre el llamado, por los soldados rusos, «Libro de Stalin» («Breve historia del partido comunista», uno de los libros más soporíferos que pueden leerse, pero, sin duda, adecuado a los fines perseguidos), y en cuanto a los oficiales, éstos deben instruirse en la lectura de ¡las

obras completas de Lenin!!! Los oficiales políticos, los «zampolits», en fin, hacen de todo: son segundos jefes de la unidad, cuidan los recreos—a los que convierten en actos de propaganda—, vigilan a la tropa y a los oficiales, evacúan las consultas que les hagan de todo lo que no sea militar exclusivamente, cesuran y dirigen la Prensa regimental o local, de la misma manera que en Moscú publican «Estrella Roja», que es el órgano del Ejército, y la «Fiesta Roja», que lo es de la Marina.

En caso de que la moral combativa decaiga, el «zampolit» interviene en seguida. Mantiene la disciplina; sanciona a los débiles, a los poco adictos, a los saboteadores (!) y a los dudosos. Cuida que no confraternicen los soldados con los pueblos extranjeros en donde se encuentren. Y si la situación moral es grave, el «zampolit» llama en su auxilio a otro ente misterioso y terrible de la organización soviética: el oficial del Servicio Secreto, esto es, de la «M. G. B.». Este organismo policiaco está siempre completamente informado del personal sospechoso de cada unidad. Para ello el «politruk» o «zampolit» lleva escrupulosamente anotada la documentación política de su gente, tal como pudimos constatar en el caso del cadáver recogido delante de las trincheras nuestras en el frente de Leningrado que dijimos arriba. En esta documentación encontramos testimonio exacta de los miembros del partido, de sus cotizaciones, de los que se preparan para ingresar en aquél, de los candidatos, de los que incluso pueden ser candidatos en su momento y de los recelosos o refractarios, los que, sin duda, serán empleados en ejecutar los primeros golpes de mano peligrosos en el frente... Este es un modo como otro cualquiera de condenarles a muerte.

Estos «zampolits», no siempre odiados por todos ni siempre fanáticos, están secundados además en sus funciones proselitistas tan esenciales por el «Konsomol», esto es, por los soldados miembros de la Liga de la Juventud Comunista. La tarea de captación de adictos no es muy difícil. Téngase en cuenta que el soldado ruso que pertenece al partido tiene trato de favor en

el servicio y que los ascensos en el Ejército rojo, en la guerra como en la paz, jamás son por antigüedad y sí siempre por elección. ¡Una elección que «casualmente» recae siempre entre los adictos!

La tarea de lo que los rusos llaman contraespionaje, y que no lo es en realidad, no pretende otra cosa que troquelar los cerebros de la tropa, exactamente como se troquelan los blindajes de los carros de combate, para que todos sean iguales, está confiada a la Policía. Esta Policía, en Rusia, es también cosa especial y «suí generis», que nada tiene que ver con lo que acá del «telón de acero» llamamos exactamente Policía. También, como siempre, esta organización policiaca ha cambiado de nombre, tomando, una tras otra, diversas denominaciones, pero manteniéndose siempre igualmente terrorífica. Primero, de 1918 a 1922, se llamó «Cheka»—sigla de «Comisión Extraordinaria para suprimir la Contrarrevolución, el Sabotaje y la Especulación»—; luego, hasta 1923, se denominó «G. P. U.»—«Departamento de Policía del Estado»—; más tarde, hasta 1934, «U. G. P. U.»—«Departamento de la Policía Unificada del Estado»—, y después de esta fecha, «N. K. V. D.»—«Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores»—, que dependió de Asuntos Exteriores y del M. G. B.—ministerio de Seguridad del Estado—, en el que definitivamente parece haber quedado. El Servicio del G. U. G. B.—«Departamento Central de Seguridad del Estado»—es quien concretamente se ocupa del contraespionaje, y en la actualidad está instalado en el ministerio de Fuerzas Armadas. Tiene agentes en las divisiones, regimientos y batallones. Desde el más modesto soldado al más elevado general, todos tienen, en este servicio, su ficha exacta. Para los rusos—y el detalle es precioso por lo que queda por decir—es esta Policía especial, esta verdadera «cheka», la que se entiende con los prisioneros, no el Ejército. Los agentes del «M. G. B.» tienen espléndidas pagas y gozan de infinitos privilegios. Su poder es enorme, muy superior incluso al de los «zampolits», y no digamos que al de los oficiales del Ejército. Por algo la suerte política—e incluso profesional—de éstos está en su mano. El número de estos agentes en cada unidad varía según su estado moral. Si es malo puede incluso haber varios. Desde 1953, en que murió Stalin, la M. G. B. se ha fundido con la M. V. D. ¡A la postre, todo sigue lo mismo!

#### LAS TORTURAS A LOS PRISIONEROS

He aquí, en resumen, cuál es el enorme poder coercitivo que se impone al Ejército ruso. Se hace de él—de la masa humana que le integra—un bloque macizo, sin más voluntad íntima que la de los dirigentes políticos soviéticos. Semejantes métodos han debido de dar, naturalmente, sus frutos. En el frente de nuestra

División de Voluntarios, en Puschkin, en Slutz o en el Ishora, sabemos, por los constantes evadidos y aun por los numerosos prisioneros que hacíamos, cuál era la mentalidad del enemigo. Bastaba una copa de vodka y un recibimiento humano para que el prisionero o el evadido, más comúnmente, hablara sin recato. Sabíamos cuáles eran las exigencias de sus jefes y dirigentes, para los que no había entrañas. Y, sobre todo, del tormento farragoso de las lecciones de sus comisarios y «politruks». Hemos sabido luego, por los ex prisioneros propios repatriados, cuáles fueron las torturas y el trato criminal que se ha dado a éstos. Hemos sabido también luego muchas cosas más. Porque si Rusia ha creado una estremecedora técnica del suplicio, la verdad es que en China todo ha debido de perfeccionarse, todo, hasta lo diabólico. Preferimos aludir a las confesiones ajenas. En febrero de este mismo año —no más allá—, el ministro de Defensa británico ha publicado un libro aleccionador a nuestro respecto. Este libro recoge el resultado de las investigaciones realizadas durante dos años, con paciencia y método en los 978 prisioneros repatriados que padecieron los rigores del campo ruso-chino del Yalú. Se ha empleado contra estas pobres víctimas desde el intento de soborno hasta la tortura física más refinada, explica el libro en cuestión. Se trataba, decían los comunistas, de que los prisioneros «conocieran la verdad». Las torturas para los que no aceptaban semejantes lecciones eran diversas. El relato oficial cuenta de la postura erguida, forzada a mantenerse con la pierna estirada, en silencio, desde los cuatro y media de la mañana a las once de la noche; de los prisioneros encerrados en cajas de madera de cinco por tres y por dos pies de dimensiones, en cuyo terrible encierro permaneció cierto soldado más de ¡seis meses!; de la supresión de toda bebida, agua inclusive, para «ayudar a reflexionar»; de la posición de rodillas sobre piedras, con otra grande sobre la cabeza, y los brazos extendidos; del golpear los dientes brutalmente hasta hacerlos saltar, y en fin, de la obligación de andar con los pies descalzos por la superficie helada del terreno. No se trata, bien entendido, insistimos, en relatos elegidos al azar, de esta o de aquella información más o menos recta o autorizada. Son datos, insistimos, tomados de un libro publicado oficialmente por el ministerio inglés de Defensa hace justamente apenas siete meses.

Quien lea recordará idénticamente los relatos recogidos por la Prensa mundial de otras referencias al cautiverio sufrido por soldados americanos. En noviembre de 1953, hace ahora casi dos años, el Gobierno americano se decidió a presentar en la Asamblea General de las Naciones Unidas un terrible informe, en el que se daban a conocer las atrocidades, igualmente cometidas por los comunistas chinos y rusos, con los soldados del Ejército yanqui caídos en sus manos en Corea. Se trataba na-



Los prisioneros que vuelven de Corea relatan la fantástica odisea vivida entre los comunistas

da menos que de un contingente de 29.815 prisioneros. El delegado americano permanente en la O. N. U. era a la sazón Henry Cabot Lodge, quien dijo que no encontraba palabras para expresar «el horror que le producían aquellos crímenes perpetrados por los comunistas». El informe, redactado por la Sección llamada de «Crímenes de Guerra», constaba de 87 páginas, en las que se relataban las más refinadas torturas e incluso se añadían fotografías expresivas de las huellas causadas por aquel régimen de horror. Se sabía concretamente que 6.113 prisioneros incluso habían sido asesinados. El ministro del Ejército entonces, Robert P. Stevens, comentó el informe asegurando que era «la mejor contestación que se podía dar a quienes ponían en duda la necesidad que, tanto los Estados Unidos como el resto del mundo libre, tenía para organizar sus fuerzas».

#### ENTRENAMIENTO CONTRA LOS SUPPLICIOS

Es justamente aquí cuando es oportuno volver ya sobre el llamado «Código Moral» americano. Los Estados Unidos, el Occidente entero, han podido aprender que para los combatientes rusos no existe ley de guerra. Nada valen los acuerdos ginebrinos ni los convenios sobre el trato a prisioneros y heridos. Según convención aceptada por todos los Ejércitos del mundo de los países civilizados, un prisionero apenas si tiene poco más que decir al ser apresado que su propio nombre. Los comunistas le exigirán más. Le obligarán, forzándole por todos los medios, a que diga qué unidad es la suya, cuál es el jefe de ésta, cómo es su armamento, cuáles son los planes de los mandos enemigos; los detalles que juzgue sobre el armamento, la organización o los servicios, e incluso sobre la moral general del país. Obtenido esto—ilícito y brutalmente logrado—, la cosa no ha de quedar, sin embargo, aún ahí. Obligarán al prisionero a facilitar los planes infames del mando soviético, a servir de máquina a la propaganda; a hablar por la radio a sus antiguos camaradas o escribir a los suyos, contándole las excelencias del régimen soviético. Y aun hecho esto, luego Rusia procurará captarle más decididamente para escogerle un día como arma de acción en su mismo país natal o en otro cualquiera en que pueda ser útil. Para ello hay que cambiarle por completo de ideología. No importa. Hay un procedimiento—un procedimiento inaudito por lo bestial—: el «lavado del cerebro». Cambiar, en definitiva, la mentalidad de la víctima. Borrarle cuanto cree y sabe. Y embutirle otro modo de ser y de pensar, que le haga esclavo y ciego obediente del Kremlin. Ninguna infamia ideó jamás el hombre semejante. Nadie pudo pensar nunca en la posibilidad de tales cosas entre los humanos. Se comprende bien que los Estados Unidos hayan debido de reaccionar ante lo insólito y atroz del procedimiento. Es menester—se ha pensado en el Polígono—enseñar y explicar al sol-



Una madre norteamericana abraza emocionada a su hijo, soldado que retorna del infierno

dado que si mañana estallara la guerra con Rusia ningún convenio, ni acuerdo, ni derecho podría alegar el caído y el prisionero. Es menester aclarar al soldado que si tiene la desdicha de caer en manos de los comunistas es esto exactamente lo que le espera. Y si es así—y así, desgraciadamente, es—, el Polígono ha pensado que es menester instruir al combatiente ante tamaña horrorosa posibilidad. Justamente, la tarea de la nueva escuela del fuerte de Stead.

De momento, la instrucción de semejantes métodos se ha iniciado por los aviadores de caza de reacción y las tripulaciones de los grandes bombarderos de empleo estratégico. Sin duda, los soldados más amenazados de semejante desventura, ya que deben volar sobre territorio enemigo, en el que pueden caer por avería o sencillamente ser derribados por la aviación o la artillería antiaérea soviética. Así concebida la cosa han comenzado a desfilar por Fuerte Stead promociones de alumnos, que siguen un curso de diecisiete días. En total, quinientos cursillistas al mes, que pronto serán un millar. Entre ellos se admiten, además de los aviadores, otros oficiales del Ejército y de la Marina, que servirán en seguida de instructores en las escuelas que estos Ejércitos se disponen a su vez a crear inmediatamente para instruir su propio personal. Hasta ahora han pasado por Fuerte Stead 29.000 alumnos, que han sufrido—nunca con más recitividad empleada esta expresión—esta enseñanza «sin deterioro». Porque el aprendizaje de Fuerte Stead consiste, precisamente, en sufrir las mismas vejaciones, persecuciones y suplicios que si se tratara de un campo comunista de prisioneros de verdad. Es decir, que la Escuela de Nevada es, en realidad, un campo de concentración como los de los comunistas exactamente, pero sin comunistas, aunque los instructores se comporten, a los meros efectos docentes, como éstos en realidad: inhumanos y crueles.

#### UN DURO APRENDIZAJE QUE ES UN SEGURO DE VIDA

La enseñanza, en fin, es dura y extremadamente penosa, suce-

diéndose los suplicios como si en realidad se tratara de un campo de concentración ruso. «Este plan es, sin embargo, aceptado—dice el director de la escuela—porque los alumnos saben que este aprendizaje es para ellos como un seguro de vida» El programa de esta enseñanza no puede ser más terrible. Se repiten los métodos de suplicio rojos; los focos de gran potencia delante de los ojos; el alambre delgado, sin envoltura, arrollado a los dedos índices, y por el cual de vez en cuando se lanzan corrientes eléctricas; los interrogatorios interminables, con todo género de detalles; los cajones de madera, en los que se encierran inmóviles a las víctimas, de los que salen como atacadas de parálisis; los pozos en los que los hombres, con agua hasta el cuello, deben permanecer silenciosos horas y horas; en fin ni siquiera los letreros repetidos, en múltiples idiomas, al gusto de los «chekistas» comunistas, se han omitido para dar realidad a estos suplicios. Con frecuencia, los alumnos deben ser objeto de «declaraciones» que duran treinta y seis horas seguidas y otras veces son forzados a acostarse sobre lechos de guijarros. Con frecuencia también padecen aquellos colapsos, paralizaciones y cegueras momentáneas, y aun en casos se les insulta y se llega incluso a golpearles contra la pared. Todo el realismo terrible de la prueba se repite puntualmente porque los profesores e instructores, todos ellos, tras han experimentado en la realidad del cautiverio en China. Al parecer—y ellos saben por qué—, con los que se declaran católicos las pruebas deben forzosamente ser más teminantes. Nada, en efecto, odia más el comunista ruso que al creyente, y entre ellos, que a los que profesamos la religión católica apostólica romana. Saben bien que el catolicismo es un baluarte impenetrable al comunismo. Y reaccionan con odio.

Otra de las tareas horribles de la Escuela de Stead consiste en enseñar a sobrevivir a los hombres en las condiciones más tre-

mentadamente adversas. Se piensa, sin duda, en el caso de un aviador que, forzado a descender en su paracaídas, cae en campo enemigo o sencillamente en el prisionero evadido, o en el soldado errante que queda en campo adverso. Nadie le amparará. Si le encuentran, la brutalidad del «chekismo» soviético le pondrá en riesgo grave de muerte. Es menester, por tanto, sobrevivir como sea, venciendo los obstáculos más difíciles, no vacilando ante nada. ¡Ante nada! No debe dudarse; se enseña en la Escuela del Fuerte de Nevada en coserse las propias heridas con una aguja, sin anestesia alguna; ni en comer las más repugnante bazofias. Y aquí de la reserva que pusimos al comenzar a escribir este artículo. En Stead se explica a los alumnos que los más asquerosos gusanos son ricos en proteínas; que «la carne de rata es tan buena como otra cualquiera» y que no hay más que separar la cabeza, que es venenosa; que en caso de disentería deben tomarse huesos calcinados—¡incluso humanos!— porque el calcio cortará aquel mal. En Stead se practica también el errar por las cimas más altas de Sierra Nevada, sin auxilio ni compañía alguna, cazando ardillas, puercoespines y los más repugnantes reptiles para subsistir. En Stead se enseña, en fin, a callar. A no decir nada importante cuando se pregunta; a mentir y a engañar si es posible.

Perdónenos quien lee el pormenor de estos detalles que estremecen y repugnan, que anotamos en todo su realismo, según refiere cierta reputada publicación americana. Pero no es en sí este aprendizaje brutal a que deben ser sometidos oficiales y soldados de un país civilizado, como en plena regresión a la barbarie más absoluta, lo que debe de provocar nuestra indignación. Lo grave, lo horroroso, no es que se enseñe esto; que se instruya al hombre para bestializarle de esta manera. Lo grave, lo verdaderamente grave, es que sea menester instruir a esos hombres en semejantes modos y maneras de la más baja escala zoológica. Lo grave es que todo esto se crea y se juzgue necesario. Lo grave, en fin, es que sea menester el funcionamiento de la Escuela de Fuerte Stead porque el comunismo internacional ruso y chino ha llevado semejantes horrores e infamias a la guerra y al imperio satánico del proselitismo de sus agentes. He aquí lo realmente grave, lo criminal y lo inhumano.

#### UNA INVESTIGACION OFICIAL SOBRE LOS EX PRISIONEROS

Los métodos y procedimientos de la Escuela de Stead han sido vivamente criticados en los propios Estados Unidos, incluso se ha atacado por algunos el mero hecho de crear semejante centro de «enseñanza». Pero el Pentágono parece responder que la culpa de tales horrores dedácticos no es suya, sino de los comunistas, que han incorporado a la guerra estos modos y procedi-

mientos más repudiables y más criminales que la mismísima bomba atómica.

Con ocasión de la repatriación de cerca de un millar de ex prisioneros ingleses procedentes de Corea, verificada en el transcurso de todo el año 1953, una investigación oficial dió por resultado que entre los oficiales y suboficiales antiguos los procedimientos de disuasión y captación comunistas no habían dado resultado apreciable, algunos, pues todos o casi todos resultaron «inmunes» a la prueba. Lo mismo ocurrió con las dos terceras partes de los soldados que fueron hechos prisioneros. El tercio restante absorbió hasta cierto punto esta propaganda impuesta a golpe de terror, lo que permitió a los verdugos comunistas que pudieran catalogarle en el grupo de simpatizantes con su régimen. La verdad es que la mayoría de estos hombres, una vez liberados y repatriados a sus casas, eliminaron pronto las toxinas suministradas en el cautiverio. Sólo 40 ex prisioneros, esto es, algo menos del 4 por 100, han dado pruebas de una mayor persistencia ideológica y cierto enraizamiento comunista. A ser exactos los ingleses—como los turcos—, resistieron excelentemente la prueba del tormento sin dejarse convencer con facilidad. Es probable que ello se deba a razones psicológicas especiales. Los americanos debieron sufrir en la tremenda prueba algunas captaciones. Se ha hablado, por ejemplo, de los 107 testimonios esgrimidos por los rusos, chinos y coreanos del Norte, conseguido por la más brutal violencia ejercida sobre aviadores yanquis, tendentes a hacer creer el desatino de que los americanos habían empleado en Corea el arma bacteriológica, sin duda porque la U. R. S. S. y China creían conveniente crear un ambiente propicio para emplear semejante arma ellos mismos. Pues bien, resultó de una información concienzuda abierta al efecto que 40 de las declaraciones supuestas no fueron firmadas por los pilotos citados y que 37 firmaron atemorizados; pero los más se retractaron de su firma apenas liberados. De otros muchos, por no haber sido repatriados cuando la información se hizo, se ignoran las circunstancias de sus manifestaciones. El doctor Mayo, de la Universidad de Minnesota, por su parte, aludió a los monstruosos métodos de tortura empleados por los «chekistas» para arrancar semejantes declaraciones, e hizo referencia concreta al empleo de un abominable suplicio denominado «reflejo condicionado», obra del diabólico biólogo soviético Pavlov. Es bien sabido, por otra parte, cuáles han sido los métodos utilizados habitualmente en estos casos por el comunismo a través de los reiterados «procesos» y «purgas», con toda esa gama de horrores y de infamias que va desde la tortura lenta que conduce a la muerte hasta la droga que anula psíquicamente al «procesado», como en el caso del cardenal Mindszenty.

Así las cosas el Pentágono, seguramente violentándose al extremo para ponerse a todo con semejantes métodos del enemigo, ha debido de dictar el llamado «Código de conducta del soldado americano para el caso de caer prisionero, que se ha dado en llamar el «Código moral», abreviadamente. Hele aquí:

I.) Soy un combatiente americano, sirvo en las Fuerzas Armadas que aseguran la defensa de mi país y de nuestra manera de vivir. Estoy dispuesto a dar mi vida por defenderlas.

II) No me rendiré jamás por mi propia voluntad. Si estoy en un puesto de mando jamás ordenaré a mis hombres que se rindan en tanto les sea posible resistir.

III) Si me cogen prisionero continuaré resistiendo por todos los medios a mi alcance. Haré lo posible para evadirme y ayudaré a los otros a hacerlo. No aceptaré jamás del enemigo ni palabra ni favor alguno especial.

IV) Si llego a ser prisionero de guerra tendré un comportamiento leal con mis camaradas prisioneros. No daré ningún informe ni tomaré parte en ninguna acción que pueda perjudicar a mis camaradas. Si como veterano se me confía el mando, lo tomaré; si no, obedeceré las órdenes justas de quienes hayan sido colocados por encima de mí y les secundaré por todos los medios posibles.

V) Si, mientras soy prisionero de guerra, se me hacen preguntas, tan sólo diré mi nombre, mi grado, mi número de matrícula y la fecha de mi nacimiento. Eludiré cualquier otra cuestión hasta el límite de mis posibilidades. No haré ninguna declaración oral o escrita que sea desleal hacia mi país y sus aliados o que pueda perjudicar su causa.

VI) No olvidaré jamás que soy un combatiente americano, responsable de mis actos, consagrado a los principios que han hecho de mi país una nación libre. Conservaré mi fe en Dios y en los Estados Unidos de América.

\*\*\*

En estos instantes en que tanto se habla y se dice del «espíritu de Ginebra»; en que los diplomáticos y políticos rusos se muestran zalameros, sin retirar jamás la palabra «paz» de sus labios; cuando nos asombran a todos con sus progresos en urbanidad, he aquí la realidad estricta, fría y terrible de toda esa farsa criminal y engañosa que es el comunismo. El Occidente, mientras que escucha palabras de amistad, sabe muy bien a qué atenerse sobre los reales designios del comunismo internacional. Y para prevenirse, la Escuela del fuerte de Stead, en el desierto de Lemmons Valley, en el Estado americano de Nevada, tiene abiertas sus puertas para instruir en el martirio de las «chekas».

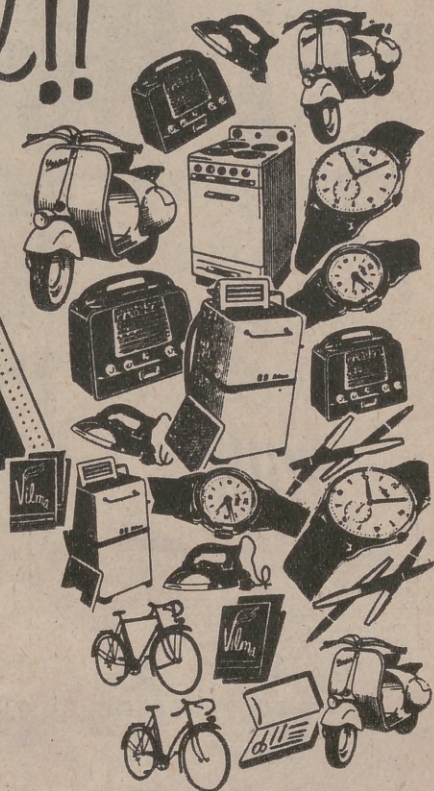


# ¡¡ Sensacional!!

**Sobre  
SORPRESA  
"FUNDADOR"**

EL NUEVO

**¡ EXÍJALO!**  
AL COMPRAR SU BOTELLA



**ESTE AÑO MAS Y MEJORES PREMIOS**

La Casa PEDRO DOMEcq, en un verdadero alarde de generosidad, ofrece a los consumidores de su coñac "FUNDADOR"

Más de **100.000 PREMIOS**  
DE ENTREGA INMEDIATA

**SIN CONCURSOS NI SORTEOS**

**SIN MOLESTIAS NI DEMORAS**

Motos "VESPA" - Cocinas "EDESA" - Receptores "PHILIPS" - Bicicletas "B. H." - Lavadoras "EDESA" - Planchas "PHILIPS" - Relojes suizos "AVIA" - Plumas "PARKER" - Medias "VILMA" y otros valiosos objetos.



Deleite su paladar y haga realidad sus ilusiones comprando

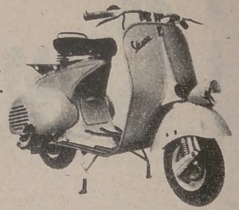
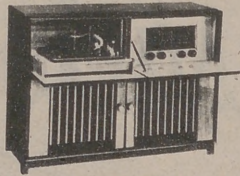
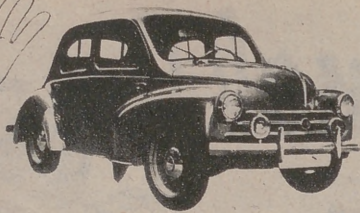


## FUNDADOR

el coñac seco por excelencia, que si siempre estuvo bien

*ahora está... ¡como nunca!*





**¡ESTOS SON...**

... los tres **PRIMEROS PREMIOS** que se otorgan en cada uno de los **OCHO SORTEOS DE REGALOS** del

**5.º Concurso PROFIDÉN**

Septiembre 1955 · Mayo 1956  
Ocho sorteos de regalos  
(uno mensual)

17.120 premios por valor  
de 1.500.000 pesetas

Para participar, soliciten las bases a su proveedor habitual de dentífricos.



«ESCUCHE Y SONRÍA» es la emisión especial, CON REGALOS, que todos los viernes a las once de la noche, por Radio Madrid y su cadena de emisoras, dedicamos a los consumidores de «PROFIDEN» de toda España.

8 Receptores tocadiscos



PHILIPS

8 Receptores portátiles



PHILIPS



8 Relojes sobremesa



48 Relojes CERTINA



64 Bicicletas BH



240 Balones CONDOR



240 Muñecas LILI

¡Y MILES DE EQUIPOS DE HIGIENE DENTAL Y CEPILLOS PROFIDEN!

**CAMPAÑA "PROFIDEN" DE HIGIENE DENTAL**

LABORATORIOS PROFIDEN, S. A. · INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS · Apartado 7051 · MADRID

¡NO HAY HOJA MALA!  
¡NO HAY JABON MALO!  
¡NO HAY BARBA DIFICIL!  
DONDE HAY

**Kexttery**

EVITA EL DOLOR - REGENERA EL CUTIS

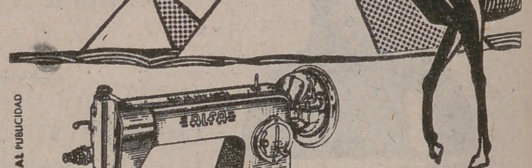
Especialmente indicado para barbas fuertes, irritadas, enfermas, con granos, hirsutas "imposibles", delicadas, etc., y con la barba normal se afeitará muchísimo mejor.

EL MEJOR, MAS COMPLETO Y MAS ECONOMICO DE LOS MASAJES

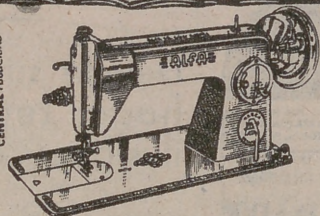
Tubo normal ..... 11'65 ptas.  
Doble concentrado... 14'80 "

DE NO ENCONTRARLO EN SU LOCALIDAD. LO REMITIREMOS A REEMBOLSO. Apartado 1.185 · Barcelona

Aquí también  
la  
conden



CENTRAL PUBLICIDAD



Si, también al desierto llegó ALFA.

ALFA la super máquina de coser y bordar entra en todas partes por la fuerza de su prestigio, llevando su ayuda a millones de hogares

Trabajando ante su ALFA recuerde que mujeres en todo el mundo, la imitan.

**ALFA**

LA MAQUINA DE COSER Y BORDAR FAMOSA EN EL MUNDO ENTERO



# LOS "IGUALES"

UNA LOTERÍA  
COTIDIANA,  
SIMPÁTICA,  
MODESTA Y  
POPULAR QUE  
AYUDA A UNA  
GRAN OBRA SOCIAL

LA SUERTE SE VENDE EN TIRAS

Todas las noches se realiza el sorteo de los «iguales» con absoluta legalidad. Nunca hubo reclamaciones

HAN pasado los suficientes días para que se pueda ya juzgar, con una cierta perspectiva, el éxito de la nueva modalidad que en toda España tiene ahora la venta de cupones para los ciegos.

Con este sistema actual, en los primeros días disminuyó un poco la venta, pero después la adquisición de los «iguales» se ha igualado con la que tenía antes de la «operación tira».

En la central de expedición de cupones que hay en la madrileña calle del Sacramento, núm. 5—donde se hace diariamente el reparto de tiras para su venta—se ha restablecido completamente la normalidad en medio de la animación y los gritos de cada atardecer.

Este es el lugar de aprovisionamiento de los mil quinientos vendedores de tiras que hay en Madrid. En una amplia sala los

día siguiente en las distintas ventanillas con las que se facilita esta operación.

## LA SALA DEL NUMERO CAMBIADO

En esta amplia nave se puede observar diariamente un espectáculo tan curioso como es el de la transformación de una especie de sala de espera o de los «pasos perdidos» en una especie de Bolsa o lonja con sus gritos y todo.

Resulta que muchos ciegos tienen clientes abonados a un número, y como los empleados de las ventanillas dan el «papel» a los vendedores sin ninguna clase de preferencias, acepción de personas o de números, entonces es preciso realizar un intercambio a gritos.

—¡Cambio un sesenta y ocho por un cincuenta y dos, un veinticinco por un diecisiete!

ciegos se reúnen para recoger el «papel» del



Un ciego voca la suerte a la puerta de un teatro



Los vendedores, que han recogido las tiras para el próximo sorteo, se procuran entre sí los números que gustan a sus abonados



**Francisco Gainza y Margarita Galindo, dos vendedores de «iguales» que acaban de contraer matrimonio el pasado día primero**

ción, por lo que el espectáculo tiene, además de su alegría natural, un matiz confortador.

Gracias a este sorteo de todos los días ha desaparecido de nuestro país la estampa desvalida del ciego mendicante al que acompañaba un lazarillo o bien un perro. Tampoco precisa hoy el ciego de violín, guitarra o acordeón para mover la piedad de las gentes. Hoy los ciegos españoles no piden limosna, sino que en las esquinas ofrecen a la gente la posibilidad de lograr, por sorteo, una pequeña fortuna.

#### **A LAS OCHO Y MEDIA CAE LA BOLA**

Es cierto que la cuantía de los premios no es mucha, pero también lo es que esas pequeñas cantidades solucionan con mucha frecuencia muchos minúsculos problemas económicos de la vida cotidiana.

La venta de los «iguales» se realiza todos los días menos los festivos y el sorteo se realiza también todos los días considerados hábiles para la venta del «papel».

En cuanto al sorteo tenemos que decir que se realiza con toda legalidad y jamás ha habido —desde el 13 de diciembre de 1938, en que la lotería de los ciegos fué instituida hasta ahora ninguna queja en el sentido de que en un sorteo de ciegos haya habido trampa o «tongo».

Tres pequeños bombos están preparados en el momento en que la suerte va a ser llamada. Se hacen girar los bombos y una bola se saca del primero. La primera bola corresponde a la cifra de las centenas y es entregada a una vidente para que la lea en alta voz. Luego se saca la bola de las decenas y, en último lugar, la de las unidades.

Pese a la costumbre, los ciegos escuchan anhelantes y entonces hay en la sala del viejo caserón de la calle del Sacramento exclamaciones, comentarios y como un murmullo de la multi-

tud atenta. Son las ocho y media en punto cuando comienza el sorteo y a las nueve menos cuarto las operaciones han terminado y los ciegos pueden anotar en sus cartoncillos del pecho las tres cifras del número agraciado.

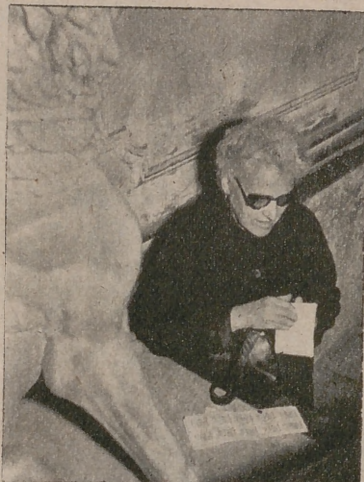
Con las tiras nuevas y con el conocimiento del número premiado los ciegos salen lentamente del caserón viejo situado en lo más romántico del eterno Madrid. Con sus bastones tantean la escalera conocida y no para asegurar el pie en los peldaños fáciles sino para comprobar que todo sigue igual.

Y a la calle todos hasta que lleguen las horas de la tarde del día siguiente en que, vendido todo el papel, los ciegos se encaminan hacia ese Pretil de los Consejos donde tienen no solamente las ventanillas expendedoras de tiras, la sala del griterío y los trueques y la presidencia del sorteo a la «vista» del público, sino también unos locales para el asueto y la diversión. Biblioteca, bar, sala de juegos y hasta una pequeña escuela de lazarillos. Todo un mecanismo asistencial y recreativo que vive también del porcentaje que de la venta de cupones le queda a la Organización Nacional de Ciegos.

#### **LA SUERTE SE VENDE A TIRAS**

Este es un mundo aparte al que pertenecen, solamente en Madrid, mil quinientos vendedores de números que tienen todos su puesto fijo en la calle. No se permite la venta ambulante, con lo que cada ciego tiene que estar en el sitio que tiene asignado.

Para la adjudicación de puestos se tienen en cuenta las circunstancias de cada caso, ya que no puede tratarse lo mismo a un ciego soltero que a uno casado y con hijos, ni tampoco a un anciano como a quien sea joven y sin cargas sociales que pesen sobre sus espaldas. Hay puestos más fáciles a la venta de tiras y otros en que se tarda un poco más en vender ese «papel» de cada día que se puede considerar como el pan del ciego en nuestro país. Pero el «papel» suele venderse todos los días y son muchos los ciegos



**En el portal de la O. N. C. E. de la calle de Sacramento, esta señora ciega recuenta los boletos recibidos**

que pueden expender cantidad «extra» de esas tiras de la suerte.

El aumento del precio de los «iguales» se ha registrado, al mismo tiempo, en todas las capitales de provincia. Por cierto, y ya que nos referimos a la venta de los cupones fuera de Madrid, reseñemos, como curiosidad informativa de esta simpática lotería, que en la zona de Levante, se han bautizado a los diversos números de la serie de los «iguales», con distintos, pittorescos, e ingeniosos nombres. No se pregonan en esta zona los números, sino sus correspondientes mote. Y resultan muy divertidos. extraños para la gente de otras regiones, esos gritos que anuncian, desde las esquinas de la ciudad, cosas así como «los patitos», el «comedor», «la guitarra», «la cama», etc. Y es curioso también cómo los aficionados a esta económica lotería saben—por muy elementales conocimientos que de todo tengan—el mote que corresponde a cada número, en un maravilloso y sorprendente alarde de retentiva.

En las capitales de provincia es donde se manifiesta el hecho de que las amas de casa son las aficionadas más firmes y habituales a la adquisición de «iguales».

#### **EL QUE MENOS, VEINTIOCHO PESETAS DIARIAS**

Según sean solteros, casados, casados con hijos o ancianos mayores de sesenta años de edad, los vendedores ciegos de cupones se dividen en cuatro grupos.

En los tres primeros grupos, el ciego tiene garantizado un jornal—comisión por venta—de veintiocho pesetas, más dos pesetas por quinquenio de servicio. En los casados, esas veintiocho pesetas se convierten en treinta, y por cada hijo menor de dieciocho años o incapacitado para el trabajo, suma dos más diarias. Los ancianos tienen siempre garantizadas sus dieciocho pesetas, más los correspondientes quinquenios.

Como en cualquier otra actividad profesional, el ciego puede hacer eso que llamamos horas extraordinarias. Es decir, que si vendido su cupo se encuentra con ganas y tiempo, puede vender más cupones. Pero en este caso su beneficio o comisión es sólo del veinte por ciento. Un vendedor ciego activo y con suerte si se lo propone llega a ganar hasta cincuenta pesetas diarias.

De la venta total de los «iguales» se retira el cuarenta y siete y medio por ciento para premios de los afortunados, y el doce y medio por ciento queda siempre para gastos de administración y obras de la O. N. C. E.

En Madrid, ciudad que hemos tomado como ejemplo próximo, cada ciego tiene asignado, como ya dijimos, un puesto fijo de venta. Ciertos puntos de la capital, como es lógico, son más propicios a los vendedores ciegos. Así, los mercados por las mañanas—en donde se plantean menudos problemas económicos que pueden solucionar los «iguales»—, la Puerta del Sol y ciertas calles principales. También se dan nú-

meros preferidos y buscados y que se suelen liquidar con gran facilidad. El número que más aficionados cuenta es el trece, solo o en las terminaciones, seguido por el quince, diecisiete y diecinueve.

### LA ANECDOTA DEL BORRICO QUE QUERIA JUGAR

En la venta callejera ocurren a veces hechos y anécdotas que luego los ciegos comentan como se merece. He ahí una:

Se encontraba en su puesto de venta un ciego total, en la calle de Hortaleza, que, al igual que todos sus compañeros, llevaba sus tiras colgadas del pecho sujetas con pinzas. De repente notó que se le acercaba un posible cliente, sin hablar, y que empezó a manipularle sus tiras, al parecer como si eligiese número, como es costumbre en el público. Pero pasaba el tiempo y el cliente no se decidía, notando el ciego que incluso ya le pegaban tirrones de sus tiras, por lo que creyó se iba de mala fe para hurtarle alguna. Extendió veloz las manos hacia el ladrón... y sus manos chocaron con un cuerpo peludo... un borriquito enganchado a un pequeño carro que estaba al borde de la acera, que se había metido en ella y estaba mordisqueando con toda tranquilidad los cupones...

Pero no todas las anécdotas tienen ese aire divertido como la que acabamos de relatar. Las hay también que tienen un tinte sombrío, ya que los ciegos son algunas veces víctimas de engaño por parte de quien abusa de la superioridad que para una operación de compraventa tiene un vidente sobre un ciego.

Se han dado casos de que alguien, manipulando las tiras de un ciego como para escoger número, cambió las tiras buenas por otras que ya caducaron. También se ha dado algún caso de que se efectuara el pago de los «iguales» con billetes falsos y hasta de que se intentara endosar a un ciego un billete de cien pesetas de los que fueron retirados de la circulación con motivo de nuestra guerra civil.



En el almacén de la Organización se apilan las tiras de cada sorteo que diariamente se ponen en circulación

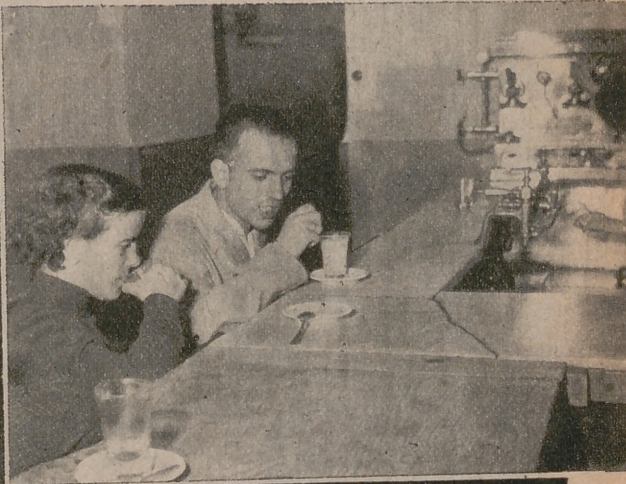
### UN VIVIR CON DECORO Y UN SEGURO PORVENIR

Pero no es sólo falta de plenitud lo que registra la pequeña y todavía corta historia de la venta de cupones. Muchos compran estas tiras de «iguales» con un sentido caritativo, y se ha dado varias veces el hecho, que el número que fué premiado no se cobra por ninguna persona, y pasa, como donativo anónimo, al fondo de la Organización.

Y bien merece este y otros donativos. La O. N. C. E. acoge en su seno a todos los ciegos, desde su niñez, y ya no los abandona. Tiene para esto el Hogar del Niño Ciego, y diversos Colegios. Les hace útiles para la sociedad y les proporciona, según sus po-

sibilidades, los medios para vivir con decoro y con su propio esfuerzo. Si el ciego contrae matrimonio, la O. N. C. E. le concede primas especiales. Y le presta sin gastos por su cuenta de los servicios médicos y farmacéuticos que precise. Pronto la O. N. C. E. organizará vacaciones retribuidas y en breve, se iniciará la construcción de centenares de viviendas protegidas para los afiliados a la Organización.

Hemos preguntado, después de una pausa, si en realidad puede vivir un ciego, y su familia, de la venta de los «iguales». Y el delegado provincial prefiere que un mismo afiliado nos de la información directa. Carlos Fernández es un hombre ya madu-



En su domicilio social, los ciegos tienen bar y salas de recreo donde reunirse con sus compañeros y entretener las esperas



En la Caja de la O. N. C. E., los ciegos retiran cada día las hojas de cupones para la venta callejera

ro, que perdió la vista a los veinte años. Tiene una presencia casi romántica, de viejo músico. Y en efecto, estudiaba música y tocaba la guitarra cuando de repente, hace ya muchos años, se encontró que la luz se había escapado de sus ojos. Con su guitarra se ganó la vida algún tiempo. Intervino en una película. Pero le atormentaba la incertidumbre del futuro. Ahora, Carlos Fernández es feliz, se ha casado, y tiene su jornal diario.

—La comisión que nos produce la venta de cupones nos permite vivir con decoro, llevar una existencia digna y sobre todo, sentir seguridad en el porvenir. La Organización es como una gran familia, en la que todos sus miembros, jóvenes y viejos, nos sentimos protegidos.

Le preguntamos que a cuanto asciende su jornal diario y nos dice que de treinta y cinco a cuarenta pesetas y que, algunos días ha llegado hasta cincuenta.

**«NO PUEDO QUEJARME VIVO DE CORTAR CUPONES»**

Un promedio de seis horas es suficiente para efectuar la ven-

ta de todo el «papel» en el puesto menos fácil de Madrid.

Las inclemencias del tiempo a veces dificultan la venta de cupones y ésta es una de las causas de que muchos ciegos sueñen con poder establecerse en su puesto con un quiosco de vitrinas, pero esto no puede ser para todos ya que existen lógicas limitaciones a que los quioscos florezcan a la vuelta de cada esquina. Los que pueden estar asentados dentro de una garita de cristales y con una manta alrededor de las piernas y hasta con un braserillo son los más afortunados y algo así como una aristocracia quiosquera dentro de la pequeña humanidad de los ciegos. Pero los más, aguantan en plena calle impávidos a lo que caiga, como el centinela de Pompeya.

Entre los ciegos abundan las personas de chanza y fuerte sentido del humor como el de ese al que hemos preguntado si se siente feliz. Nos ha contestado: «No puedo quejarme. ¡Vivo de cortar cupones!»

Lo cierto es que gracias a los cupones, gracias a los «iguales», en España, el problema social de los ciegos ha quedado resuelto.

Para los niños privados de vista, la Organización Nacional ha fundado numerosos colegios de enseñanza gratuita, con espléndidos internados. En estos centros docentes, que cuentan con campos de deportes, se pueden ver a los muchachos ciegos jugar al fútbol con un balón de campanillas o distraídos con el juego de bolos. También se disputan partidas de ajedrez sobre tableros especiales, y en donde los escaques negros están en relieve y las figuras blancas tienen un pequeño agujero en su



Esta lotería modesta, simpática y popular se ofrece en todas las esquinas

parte superior. Las diversas clases se dan con libros en sistema Braille, donde se reproducen los textos oficiales del Bachillerato y Magisterio.

En las espaciosas salas, hay mapas en relieve y figuras geométricas. Los ciegos también escriben a máquina al tacto, o, usando un punzón o regla metálica. Escriben en Braille. Hablan el francés, u otro idioma moderno, y traducen las lenguas clásicas. Se estudia, asimismo, solfeo, armonio, piano, guitarra, acordeón, etc.

**LA O. N. C. E. PROTEGE A TODOS**

Los jóvenes ciegos se han incorporado a la vida social y ejercen distintas profesiones, tanto intelectuales como manuales. Muchos se han distinguido en su especialización.

En cuanto a los ciegos ancianos, en España ya no existe el deprimente y conmovedor espectáculo de una triste y doble indefensión, por anciano y ciego, sino que la O. N. C. E. vela por ellos mediante pensiones de vejez, viudedad, etc.

En especial, la O. N. C. E., con su administración autónoma, atiende preferentemente a tres problemas: asistencia social, educación y trabajo. La asistencia social y la educación han quedado totalmente resueltas. Y en lo que se refiere al trabajo, se va en gran parte solucionando gracias a la multiplicación de talleres, fábricas, etc.

Ejemplo de la obra educadora que realiza la Organización es el de la niña María Josefa Ibáñez de Almería, que ingresó con once años en un colegio para ciegos, exactamente el enclavado en la calle de los Olivos, de Madrid, y que ahora, próxima a cumplir sus veinte años de edad, cursa con brillantez las últimas asignaturas del bachillerato y es al mismo tiempo una excelente taquígrafa.

Muchos estudiantes ciegos se han matriculado en las distintas Facultades de la Universidad, y hasta la Escuela Oficial de Periodismo ha tenido alumnos ciegos, como el caso de don Antonio Blanco, maestro en un colegio de ciegos y uno de los mejores escolares calificados como periodistas.

Los ciegos pueden leer—en sistema Braille—todos los autores clásicos y modernos más distinguidos, desde Cervantes a Cela, pasando por Baroja y Unamuno. Tienen tres bibliotecas circulantes—dos en Madrid y una en Barcelona—, y aparte de estas tres circulantes, todas las Delegaciones tienen la suya propia. Además se publican tres revistas y su correspondiente «Boletín Oficial». Nosotros hemos visto leer una obra de Dickens en sistema Braille a la Niña de la Puebla, una de las más tenaces aficionadas lectoras de la Organización.

En una reciente clausura de la Asamblea del Consejo Mundial para la Protección del Ciego, que se celebró en París en la casa de la UNESCO, se puso de manifiesto el hecho de que

España figuraba en este sentido a la cabeza, y se puso como ejemplo a su Organización. En especial, en materia de enseñanza, la O. N. C. E. es la primera organización mundial protectora del ciego.

Los ciegos gozan de un buen servicio médico-farmacéutico por tiempo indefinido y sin limitaciones de medicamentos. Más de 600 sanitarios atienden en España a los ciegos, que tienen derecho a radiografías, análisis, consulta a especialistas, transfusiones de sangre, etc.

A las viudas de los vendedores del cupón y, en su defecto, a los hijos menores o padres sexagenarios, se les concede un subsidio de 3.000 pesetas, que se incrementa con arreglo al tiempo de servicio del vendedor fallecido.

Los ciegos perciben primas por matrimonio y paternidad, y tienen establecido un régimen de jubilaciones de amplio y generoso margen. Se proyecta asimismo un Montepío de Ciegos que elevará las jubilaciones y subsidios. Y muy en breve los ciegos vendedores de cupones disfrutarán de unas vacaciones retribuidas.

En otra órbita, la O. N. C. E. ha encauzado la actividad laboral del ciego mediante la creación de distintas fábricas. Así, tenemos la de caramelos, establecida en la calle madrileña de Cartagena, con una producción anual de 300.000 kilogramos; la fábrica de lejía y similares, en-



La operación de recuento y comprobación para cada sorteo se hace todos los días escrupulosamente

clavada en Barcelona; la de caramelos de Zaragoza y un importante taller de cepillería, también con sede en Madrid.

Finalmente, la O. N. C. E. posee unas veinte rondallas musicales, mas una serie de orfeones,

orquestinas, sextetos y cuartetos. Y todo esto tiene como único soporte la venta diaria de los «iguales», esa cotidiana lotería, simpática, modesta y popular, servida por los ciegos.

(Fotografías de Cortina.)

OESTE



*Un regalo que se agradece*

**Amor**  
las gafas deseadas



El mejor REGALO que puede hacer a las personas queridas es unas gafas AMOR. Un obsequio que se ve con agrado y alegría permanente. Los perfeccionamientos ultramodernos de sus articulaciones y estructura, han hecho de AMOR las gafas deseadas. Satisface este deseo regalándose, o regalando, las gafas más apreciadas en el mundo. Equipadas con cristales FILTRAL, de amplia visión panorámica, el reposo de sus ojos será completo, pues absorben y eliminan los rayos ultravioleta e infrarrojos.

Monturas gafas AMOR:  
Para niños,  
desde 200 Ptas.  
Para adultos,  
desde 300 Ptas.

Usted quiere garantía; no engaño. Rechace las imitaciones, aunque lleven nombres parecidos. Exija la marca AMOR grabada en el interior del puente.

INDUSTRIAS DE OPTICA, S. A. • Madrid • Barcelona • Sevilla • Valencia

**ADQUIERALAS EN LOS ESTABLECIMIENTOS DE LOS OPTICOS DEPOSITARIOS OFICIALES**



# VILLALON, GRANERO DE CASTILLA



Perspectivas de «El Rollo» y la iglesia parroquial de San Miguel

Si ustedes van alguna vez a Villalón, no se les ocurra llevar una apisonadora, porque la histórica villa se hundiría como por ensalmo. Y esto, que podría parecer una exageración, es la realidad. Tan realidad que, ante los asombrados ojos de quien contemplara los socavones, se mostrarían unas misteriosas cuevas que ni las de Ali Babá. Villalón, pues, no puede soportar ningún peso excesivo, por la sencilla razón de que está completamente hueco. Su subsuelo es un perfecto laberinto, cruzado en diferentes direcciones por galerías que salen de todas las casas para desembocar Dios sabe dónde.

—Baje, baje usted sin miedo. Hasta el fondo tampoco nosotros hemos bajado nunca; pero mi padre aseguraba que por esta cueva se sale a la iglesia de San Miguel—me decían.

Hace siglos, estas cuevas servían para silos y bodegas. Ahora se utilizan para tener el vino, el agua y las viandas frescas y en perfecto estado de conservación. Son los «frigidaires» de los villalonenses. Pero vayamos por partes. Hubo un tiempo intermedio, concretamente en el siglo pasado, en que estas cuevas de Villalón tenían un misterioso destino.

Cada pueblo, cada ciudad, cada palmo de tierra habitada, en suma, tiene siempre una anécdota pintoresca. Villalón la tiene, en verdad, muy sabrosa, y por si sola le habría dado a un Lesage o a un Fernández y González materia suficiente para un novelón de época. Truculencias, picaresca, de todo habría, pues esta his-

toria a que me refiero tiene lo suyo en aventuras y desaguizados. Y aun hoy su recuerdo es el clima del pueblo. Los más la cuentan divertidos. Otros la quisieran ocultar, pero éstos son los menos, porque los villalonenses son de carácter tan abierto que dan un mentís a los que definieron a los castellanos como retraídos e introvertidos. Lo serán así algunos, no lo discuto, pero no esta gente comunicativa, que canta a todas horas y por cualquier cosa. Por el más insignificante motivo se inventa en seguida un cantar apropiado. Y, además, siempre tienen un chiste fino en los labios y un apodo cetero para cada hijo de vecino. En tiempos, una copleja mal intencionada definía a los decisores y alegres villalonenses:

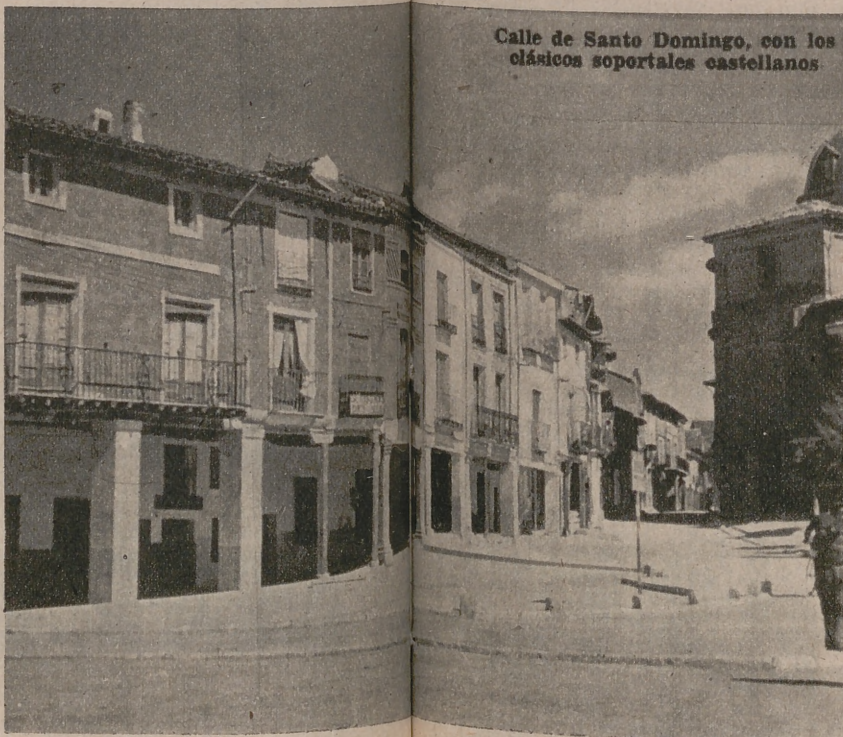
*Allá en Villalón,  
por no trabajar  
andaba la gaita  
por todo el lugar.  
Por no trabajar,  
cantar y bailar,  
andaba la gaita  
por todo el lugar...*

Y dicen que esto ocurría porque aquí cada grupo de seis u ocho villalonenses tenían su santo preferido y formaban sus correspondientes cofradías, y estas Cofradías sacaban un día sí y otro también a sus santos en procesión y se hacía fiesta por este motivo y se tocaba la gaita. Y cuando no eran los cofrades, eran los gremios los que bailaban y cantaban, y así la vi-

da era dulce a no dudarlo.

## CONTRABANDO Y UNA BOFETADA QUE SE ESCAPA

Ahora sí se trabaja, y bien, pero se canta también a todas horas. Toda la gente al campo,



Calle de Santo Domingo, con los clásicos soportales castellanos

## CUATRO MILLONES DE TIGO PRODUCE LA HISTORICA VILLA

## SUS FAMOSOS QUESOS REPORTAN CINCO MILLONES DE PESETAS

## UNA GRANDIOSA OBRA SOCIAL: LA COOPERATIVA COARCAL DEL CAMPO



Silo en construcción, para 2.240 toneladas de gr

porque Villalón necesita todos los brazos para ser la despensa de Castilla. Pues bien, esta gente tan alegre como no encontré nunca y tan acogedora que, por maravilla, a las dos horas de llegar ya conocía yo a medio pueblo, cuenta sin empacho alguno lo malo y lo bueno que ha sucedido en su tierra. Ellos, que son ahora honrados y trabajadores, no se recatan en referir que en la primera mitad del siglo pasado Villalón fué el centro del contrabando de Castilla.

Los vecinos de Villalón se dedicaban a traer tabaco, telas y otros géneros de Portugal, los que vendían después por la región y aun por toda España. En octubre de 1844 y en vista de que el contrabando iba en aumento, el Gobierno decidió enviar unas compañías de carabineros, pero como los contrabandistas eran sagaces y valerosos, los carabineros se vieron obligados a retirarse. Y los villalonenses siguieron teniendo al Gobierno en jaque y continuaron saliendo impunemente de sus casas sin ser vistos y volviendo de las cuevas cargados de mercancías. Por Zamora utilizaban un atajo que sólo ellos conocían y que los llevaban directamente, y con gran economía de tiempo, a Portugal. Para tratar de poner fin

a tal estado de cosas, en marzo de 1845, el general Manso, Capitán General de Valladolid, cuando Villalón menos lo esperaba puso cerco a la villa con artillería, ingenieros, caballería y tres mil soldados de infantería. Las viejas de Villalón dicen:

—Mi madre contaba que en San Salbas pusieron los cañones...

Se conminó al vecindario para que se sacara todo el contrabando que hubiese, pero como la orden no se obedeció, los ingenieros entraron en la villa y registraron casa por casa y cueva por cueva. Por el laberinto subterráneo lograron apresar a muchos hombres, y con las sedas y demás géneros, cuyo valor ascendía a tres mil duros, los soldados, por orden del general, hicieron una hoguera en medio de la plaza y allí se quemó todo el contrabando. El hecho más pintoresco y escandaloso de aquellas agitadas jornadas fué la bofetada que el general Manso dió públicamente al alcalde, don Pedro Criado, sin duda porque éste se solidarizaba con los contrabandistas, porque pusiera obstáculos a la actuación de las tropas. Un mes permaneció el Capitán General en Villalón y ocho meses las fuerzas, logrando de esta manera terminar el foco contrabandista.



Luego, sobre el hule de una mesa que en vez de con flores o pájaros, está decorado originalmente con un mapa de la Península Ibérica, los huéspedes discutimos:

Al chico rubio que está empleado en la estación le parece todo una fábula:

—Eso era imposible.

—Miren, no les hacia falta llegar siquiera a Zamora. Antes ya encontrarían el camino. El atajo debía estar justo en este punto—razona el maestro, don Félix Izquierdo.

—Ellos no tenían miedo y por eso nada les era difícil—dice la ñora Cándida.

La discusión se interrumpe porque una música pegadiza llega hasta nosotros.

Mientras ballan afuera, yo platico con don Félix Izquierdo:

—Las escuelas están tan llenas, que las maestras y los maestros terminamos diariamente extenuados. Hay exceso de niños y nadie deja de mandar a sus hijos a la escuela.

#### TIERRA SEDIENTA

Abierto a todo viento sobre la meseta castellana, así es como se ve a Villalón cuando se llega desde Palencia en el ferrocarril de vía estrecha, al que donosamente llaman aquí «el tren burra». Sin duda porque nunca parece llevar prisa, y yo creo que es capaz de pararse si los viajeros quieren contemplar cómo buscan su alimento una bandada de voraces tordos. Desde luego, me han asegurado que se ha dado algún caso de que en medio del campo el tren se pare a requerimiento de algún sujeto, ni más ni menos que como cualquier autobús. Claro que todo esto le da sabor y color a esta pintoresca línea férrea y yo disfruté mucho viajando por ella porque podía contemplar el paisaje a placer. En cambio, con Valladolid está Villalón perfectamente comunicado por diarios coches de línea.

Sin llegar a la hipérbole yo diría que en Villalón se pisa el cereal, y cuando me bajo del tren, la luz solar parece dar un reflejo amarillo sobre las calles.

—Es que Villalón está amarillo de trigo y paja—me dice alguien.

Y esta es, en verdad, la frase justa. El trigo de la fabulosa cosecha de este pueblo rebosa en las paneras, y la paja brillanta el suelo del trasiego de las faenas nocturnas, como ya contaré más adelante. Carretera, vereda casi, que conduce al pueblo y que se bordea por fábricas de harina. Luego ya, Villalón, sin un árbol que lo resguarde. Nada hay que se interponga entre el cielo y él. Por eso, el cielo aquí es infinito y se puede apreciar en toda su grandeza. Esta escasez de arbolado en el casco urbano dió lugar a que desde tiempos, los contados que hay puedan tener su nombre, y por él los conozca la gente:

—Ese es el árbol del grajo—me explican.

Y así me dicen uno a uno cómo se denominan los árboles villalonenses, que son, en número, de cuatro o cinco. Pero si en el pueblo no hay árboles y la villa muestra por esto una fisonomía dura y austera, a la que contribuyen sus soportales, que cubren todas las calles y que, de

puro viejos por los siglos parecen apollillados y próximos a aplastar a la gente; no sucede lo mismo al terminar la calle de la Rúa y pasar también la que llaman Trasrúa. Allí en el mismo linde con la carretera de León se ha obrado el prodigio. En una pequeña parcela se ha logrado este milagroso parquecito, pulido, con acacias, rosas, lilas y una tupida arboleda en la que los pájaros cantan su felicidad de criaturas simples. A este parque le llaman aquí El Paseo, ni más ni menos. En él las muchachas y los muchachos montan en bicicleta. Al final de él, está el campo de fútbol, y por la carretera que circunda el parque, las chicas se deslizan vertiginosamente con sus patines. Este es deporte que priva por aquí, máxime entre las mujeres, que se muestran como unas consumadas patinadoras.

Fuera de este pequeño oasis del parque, sólo la llanura amarilla e interminable. Y muy lejos, el agua. A veintidós kilómetros, el río Cea; más cerca, el Sequillo, que hace honor a su nombre y del que no hay por lo tanto que esperar nada. De aguas subterráneas se ha conseguido hacer varios alumbramientos. En los diez años que lleva de Alcalde don Telesforo de las Heras se han traído cuatro tomas. Pero hace falta más agua en Villalón según el mismo Alcalde me dice.

En la plaza se instaló hace poco una gran fuente con motivos ornamentales de grandes peces, y la gente de chispa de esta tierra de buen humor en seguida la bautizó con el nombre de «la fuente de los chicharros». Ante ella, las mujeres con sus cántaros y con el fondo inigualable de la iglesia de San Miguel y el bello Ayuntamiento, forman una estampa de belleza y tipismo.

#### VILLALÓN: TIERRA DE NIÑOS

Tenía razón el maestro Izquierdo: en Villalón hay niños por todas partes. De niños guapos como angelotes y de viejillos amables, la villa está llena.

De la cantidad de niños dan buena prueba las estadísticas. En 1947, por ejemplo, nacieron setenta niños y murieron treinta y seis adultos y dos niños. Y en un promedio casi igual en años sucesivos.

En cuanto a viejos, a viejos artesanos me refiero, que tienen, sin embargo, empaque de hidalgos, todos son cumplidos y ceremoniosos. Yo hablé con uno de estos viejos artesanos ante una botella de «orange» y él me miraba con cara de conmiseración mientras la bebía, pues quizá para su caletre mujeres y hombres sólo debían trasegar un vino áspero y fuerte. Este viejo es el más conocido y famoso de Villalón y se llama el señor Benito «Guiñas». Guiñas, como ya habrán supuesto, es su apodo; el apellido, tengo que confesar que no lo sé, ni creo que lo recuerde ni lo sepá tampoco la gente de aquí. Dado que se da el caso de que a muchos sólo les han dicho el apellido cuatro veces en su vida: al inscribirlos en el Registro Civil, en la Caja de Reclutas, al casarse y en la partida de defunción.

El señor Benito «Guiñas» es albardero de oficio, aunque a sus setenta y dos años bien llevados ya no trabaja. Ahora se dedica a departir con otros viejos, sentados en un poyo de la plaza Mayor. Sus contertulios le admiran y le escuchan como a un oráculo. Pero a nadie se le ocurre llamarle el tío Guiñas. Y es que es mucho señor Benito «Guiñas» dándole aire al andar despaciosos a su blusa larga y negra, señorío a sus ademanes y énfasis a sus palabras.

—Yo, sabe usted, no he estudiado literatura, pero la manejo...

Verdaderamente, yo no sé dónde aprendió el señor Benito «Guiñas» tantas cosas. Pero el caso es que se embala en describirme Roma, Nápoles, y San Francisco con todo detalle.

Cuando termina, dice:

—Fué una pena que yo no haya podido estudiar ni recorrer mundo... Me hubiera gustado tanto...

Y nosotros pensamos si hubiera habido entonces Universidades Laborales... Como volviendo a la realidad, el señor Benito «Guiñas» me aconseja:

—Fíjese cuando visite la iglesia parroquial en todos los estilos que tiene.

Por último, y con la más verisímilica sonrisa, finamente y para quitar aristas a su curiosidad, me dice:

—¿Usted es «mademoiselle» o «madame»?

¡Oh, inefable señor Benito «Guiñas», usted sólo merece un viaje a Villalón!

#### MANTONES DE MANILA PARA PARAR UN TREN

La iglesia de San Miguel, fría y bella como una catedral, llena con su impresionante mole la plaza Mayor y parece que está hecha a retazos. Hay arcadas góticas, puertas mudéjares y restos de artesonados estilo bizantino. Debajo del presbiterio está enterrado el cardenal Torquemada, tío del que fué famoso inquisidor, fray Tomás de Torquemada. Lo más curioso de esta iglesia, que tiene tantos siglos, es que su torre ha sido desmochada dos veces por rayos, contando ahora sólo con tres cuerpos de cinco que tenía. Además de esta iglesia parroquial existen las también antiquísimas de San Juan y San Pedro, y el hospital de San Roque, regido por religiosas de la Caridad. Claro que San Miguel es el centro de piedada de la villa y en esta parroquia se prepara ahora una peregrinación a Fátima, a la que concurrirá buena parte del pueblo.

A la izquierda de San Miguel, allí, a dos pasos justos, está la calle de Santo Domingo, que asoma todas sus casas a la plaza. En esta acera de casas estaban en siglos pasados los almacenes del mercado del trigo, a los que llamaban la casa del Rejón. El pueblo canta así:

*El día del ataque  
que hubo en Villalón  
se quemaron diez casas  
con la del Rejón.*

Y los atacantes eran soldados de Napoleón a los que los villalonenses dieron buena réplica en desigual combate. Españoles y franceses empezaron a pelear junto al puente de la Reguerue-



la, conocido hoy por el puente de Cuenca, y terminaron acorralando los valientes vecinos de Villalón a las tropas bonapartistas, que se hicieron fuertes en los almacenes del trigo. En vista de ello, los villalonenses no vacilaron en prenderle fuego a toda la manzana de caserones para obligar a salir a los franceses.

—El solar calcinado que quedó de la casa del Rejón lo compró mi abuela y sobre él edificó una casa, que es en la que yo vivo ahora—me dice el abogado don Telesforo Gordaliza.

También a esta plaza Mayor se asoma el Casino. De tres a cinco es la hora de la gente de saber. Los médicos, el juez, los abogados, el procurador, juegan después de comer esas partidas que son como el postre en los pueblos españoles. A las cinco, todo el mundo a sus despachos a trabajar. Algunos labradores también son socios de este casino. El mejor jugador es un viejo orondo y risueño, a quien apodan «Sopla» y que está siempre de empeñada partida con el veterinario don Teodosio del Val.

Al anochecer, las muchachas villalonenses suben a jugar al billarín y a tomar el «chocolate express», que tan concienzudamente prepara el buen Rufino. Estas muchachas visten modernas y elegantes como cualquier chica de ciudad.

—Cada muchacha de Villalón tiene tres o cuatro mantones de Manila—me dice alguien.

—¿Y eso, por qué?

—Hereditados. Aquí era un orgullo para las familias tener muchos mantones. En Villalón hay tal cantidad como para parar un tren. En el día del Corpus todos los balcones se adornan con ellos. Resulta precioso.

Luego, entre risas, y mientras Rufino sirva su buen café, los socios corean una copleja alusiva a la inexperiencia comercial de este «barman» desprendido, que se va a arruinar, según dicen, por servir demasiado buenos artículos.

«Señor Rufino señor Rufino no gaste usted los ahorros en el Casino...»

—Pues cuando vuelvan de Fátima sí que voy a dar buen café. Voy a pedir a todos que me traigan cada uno un kilo de café portugués.

—¡Rufino, pero que se trata de una peregrinación! ¿Cómo les va usted a hacer éste encargo? Y además, no quiera usted resucitar otra vez el contrabando aquí—le arguyo.

—¡Ah! Pues es verdad. No había caído. Y ríe de buena gana. Cuando salimos llueve fuerte y yo no traje de Madrid ni impermeable ni paraguas.

—¡Bah! No se preocupe por el olvido. No le hace falta nada para la lluvia. Aquí no usamos nunca nada más que estas calles cubiertas. ¿No se acuerda que tenemos soportales?

Y, efectivamente, llegué a la fonda sin mojarme, pues se puede andar todo el pueblo sin salir de estos soportales que dan un peculiar carácter a Villalón.

#### NOCHE DE PAJERAS

El orgullo de los villalonenses es su rollo y el hermo edificio de su Ayuntamiento, que no tiene nada que envidiar al de una capital, y en cuyo archivo se con-

servan documentos hasta del año 1200. Del rollo hay también una copla, cosa ya imprescindible en este pueblo:

*Campana, la de Toledo;  
catedral, la de León;  
reloj, el de Benavente,  
y rollo, el de Villalón.*

Como es sabido, los rollos se levantaban como insignia de poderío de los señores feudales, y también, a veces, se les solía dar el mismo fin que a las picotas, siendo, por tanto, lugar de castigo y hasta de ejecución.

—Aquí ahorcaban a los hombres—dicen los viejos labradores villalonenses, que disfrutaban contando leyendas en sus corros.

Este rollo de Villalón, mandado levantar por el conde de Benavente, que fué señor de la villa, se alza esbelto sobre una escalinata octogonal de cinco alturas, la cual sirve de basamento a tres cuerpos. Es de estilo gótico florido y tiene varias gárgolas, a las que aquí llaman «los perritos del rollo». Este rollo tiene gran semejanza con las torres de la catedral de Burgos, y se dice que la piedra es de igual calidad y está hecho por el mismo artífice que hizo aquellas torres, porque el conde de Benavente estaba casado con doña Beatriz, hija del condestable don Bernardino Fernández de Velasco, y, por tanto, el Consejo de Burgos mandó artista y piedra a Villalón para el rollo que iba a hacer el de Benavente. Por la noche, el rollo villalonés adquiere insospechadas sombras y todos sus cornos parecen llenos de no se sabe qué misterio. La certeza de si aquí estuvieron colgados ajusticiados o no, se ha perdido en el paso de los siglos. Si el rollo fué protagonista y testigo de escenas escalofriantes, ahora lo es en cambio de alegría, trabajo y paz.

En esta época, por las noches, vale la pena situarse en las escalinatas del rollo y desde él contemplar y escuchar una de las más típicas costumbres de aquí. Desde las calles del Pescado, del Pasadizo, de la Costanilla y de la Rúa, que convegan a la plaza, se empieza a sentir el renqueo y el crujir de los carros de la paja. La paja la guardan por la noche en los pajares que tiene cada casa. Sobre las diez empieza la faena, que dura hasta el amanecer, y que rompe el silencio intacto con cientos de cantares. Todo Villalón es un cantar, y mal se puede dormir en estas noches hasta que acaba la recogida de la paja. Esta faena la hacen las mujeres, y las llaman pajeras. Y la costumbre es

cantar tonadas pegadizas que cantaron las madres mientras hacían este mismo trabajo, y quizá también las abuelas. Una de las coplas que más cantan estas pajeras recuerdo que dice así:

*Chiquitita me crió mi madre  
chiquitita, pero de buen aire...*

Y a todo esto le encontraba yo un sabor a la vieja Castilla que exaltaba mi fantasía.

#### EL MERCADO LE HIZO RIVALIZAR CON LAS MEDINAS

El escudo de Villalón es muy gracioso. Representa una mano asiendo un enorme alón. Esta villa estuvo poblada por los romanos. Pero quedó asolada más tarde.

Dicen que hasta que el conde de Luna la hizo su feudo sólo hubo posadas y paradores para descanso del caminante. La posada más famosa era una que tenía como muestra un ala de pollo colgada en la puerta, sin duda para hacer ver que allí se daban de comer los sab osos volátiles. Cuando todo este terreno se empezó a repoblar de nuevo se la llamó la villa del Alón y al correr de los siglos llegó a ser el Villalón de nuestros días. Villalón no alcanzó verdadero renombre hasta que, en perjuicio de las dos Medinas, un conde de Benavente logró de Felipe I el privilegio de celebrar mercado todos los sábados del año, además de tres ferias anuales. Tras de prolongadas revueltas en Medina del Campo y en Medina de Rioseco por esta concesión, se apaciguaron algo los ánimos. Fernando el Católico le confirmó la merced, extendiendo además una cédula de salvoconducto o seguro para todos los mercaderes que fueran al mercado de Villalón, pues se dió el caso de que, mediante amenazas, se impedía a los mercaderes el acceso a la villa para ver así de estorbar el mercado.

Este mercado alcanzó gran preponderancia. Venían a él mercaderes hasta de Flandes, y en la iglesia de San Miguel hay tablas de la escuela flamenca que fueron traídas por ellos.

Ahora el mercado de Villalón también es famoso en todos los cornos. En la temporada que sera, bajo los soportales de la plaza, se levantan las pillas de sus famosos quesos. Los trenia y dos pueblos que constituyen el partido judicial de Villalón elaboran ese queso que después se vende aquí a los industriales.

que lo exportan a toda España. Cada casa de labradctes es una perfecta industria de queso, y cada pastor de esta tierra es también por sí solo un fabricante de queso. La temporada dura siete meses y las cifras pueden dar una idea de cómo se emplean en esta industria todos los brazos. Imagínense ustedes cuánto habrá que trabajar para hacer artesanalmente y sin modernos procedimientos de fábrica 50.000 kilos del queso tipo «cincho» y 250.000 kilos del llamado «pata de mulo». Toda esta ingente cantidad reporta una ganancia de 5.000.000 de pesetas.

#### LA TERMINACION DE LA USURA

—Este pueblo es muy rico—me dice el notario don Julián Manteca—. Sí, desde luego. Este pueblo es rico ahora. Pero esto ha sido posible en unos años tan sólo. Antes la usura se enseñoreaba en la villa. A quitarla vino la obra social de unos hombres de buena voluntad. Así, al pasar por la Rúa, me llamó la atención un buen edificio, en cuya puerta campea esta inscripción: «Unos por otros y Dios por todos»

—¿De qué se trata?—pregunté.  
—Es la antigua Federación, que ahora se llama Cooperativa Comarcal del Campo. Es una obra como no hay dos. Ella fué la salvación de los pequeños labradores. La usura era la ruina para este pueblo.

Sí, la usura era la sangría de Villalón, y a su solo recuerdo la gente parece estremecerse. Al 20 por 100 se daba aquí siempre el dinero. En el año 1912 pasó por la villa, en viaje de propaganda para crear en diversos sitios los Sindicatos Agrícolas Católicos, el jesuita padre Sisinos Nevares. Al ver el estado de cosas que había en Villalón se quedó y empezó a fundar con 45 socios un Sindicato. En la calle del Pescado puso una Panera Sindical con una balanza, unas sillas y una mesa, todo ello prestado. De la raíz de aquel humilde Sindicato arranca la Federación que se constituyó en 1919. En la actualidad es la grandiosa Cooperativa y el Banco Agrícola, que por sí solos bastarían para dar fama a Villalón. La Cooperativa la forman 28 pueblos o Cooperativas locales. El movimiento anual de fondos oscila sobre un punto de 60 millones de pesetas, y de ocho millones los préstamos utilizados anualmente. En cuentas corrientes tienen 35 millones de pesetas. Las garantías de la Caja de este Banco son: primero, un capital propiedad de la Cooperativa de 9.000.000 de pesetas, y segundo, la responsabilidad solidaria y mancomunada de todos los socios, que asciende al tipo de la carta, mitad de su valor real consignado en los expedientes a la suma de 268.140.745 pesetas.

Esta Cooperativa cuenta también con una panera capaz para 800 vagones de trigo. Esta panera y las particulares resultan ya insuficientes, y por eso se está construyendo por el Servicio Nacional del Trigo un silo que empezará ya a funcionar en el próximo mes de enero. La capacidad de este silo es de 200 vagones. La producción de trigo en Villalón, sin contar los demás pueblos de su partido, es de

4.000.000 millones de kilos, y por esto se llama a este pueblo «el granero de Castilla».

El Servicio Nacional del Trigo y el Centro de Selección de Semillas dependiente del Servicio trabajan en firme. El jefe del Servicio y el subjefe, Amós Oca, me explican:

—Aquí estamos diez meses de los doce del año recibiendo el trigo que nos traen los labradores.

#### REPARTIENDO PAN DIARIAMENTE POR CUARENTA Y DOS PUEBLOS

Además de las cuatro fábricas de harinas que hay aquí existe también la que pertenece a la Cooperativa, y que es la harinera «La Providencia», que molturea diariamente 40.000 kilos de trigo. La Cooperativa tiene además su panadería propia, en la que en tres hornos giratorios se cuecen todos los días 6.000 kilos de pan, que se reparten en camiones de la entidad a pueblos distantes, algunos hasta 40 kilómetros.

—¡Ah! Pero nuestros panes son de kilo exacto y no de 800 gramos...—me dice el jefe de la panadería, Antonino García.

Asimismo se ocupa la Cooperativa de los abonos, y en este año ha proporcionado a sus socios 250 vagones de fertilizantes. En el año 46 inauguró una parada y una tejera, y en el 52, un taller mecánico para reparaciones de maquinaria agrícola pertenecientes a los asociados. El actual presidente de la Cooperativa es el ingeniero agrónomo don Luis Cuní Mercader, y el vicepresidente y consejero delegado, don Benito Pérez Padilla. El administrador gerente es Teodulo Aparicio, la persona más popular del pueblo. Teodulo es un hombre de pequeña estatura, menos de lo corriente, pero de gran corazón.

—Es una paradoja, pero es el hombre más grande de Villalón. El pueblo le debe una estatua—me dice el secretario del Juzgado, Aurelio Pérez.

En el despacho de Teodulo la gente irrumpe siempre pidiendo:

—Teodulo, necesito un cheque esta misma tarde.

—Pues vete a Caja, aunque ya no es hora.

—Teodulo, ¿me vas a comprar a mí un vagón de sal?

En esto llega Chana, la tendera de la calle del Pescado.

—Teodulo, que me toca a mí ahora venderte el vagón de sal...

Y Teodulo Aparicio me explica:

—Es la sal para hacer el pan, ¿sabes? Nosotros podíamos traerla directamente, como hacemos con los fertilizantes, pero como a todos los comerciantes del pueblo les ha dado por ofrecernos sal, pues se la compramos a ellos para proporcionarles ganancias.

—¿No se defiende bien el comercio aquí?

—Ya lo creo. Y además el día del mercado, el sábado venden para toda la semana. Usted no se puede figurar cómo es de concurrido este mercado nuestro, y sobre todo, cuando empieza la temporada quiesera.

En este despacho de Aparicio también conozco a don Luciano Moncada, un rico labrador y asociado a quin el pedrisco del pasado mes de agosto le ha hecho perder 1.700.000 pesetas.

—¡Beh! Un pequeño pececito.

¡Qué se le va a hacer!—me dice. Luego me cuentan que don Luciano, cada vez que un criado deja de trabajar por vejez en su casa, le abre una cartilla de 20.000 pesetas. Y en cuanto a sus deudores, no los tiene nunca, por la sencilla razón de que los olvida.

—Presta dinero a todo el que lo necesita, y después dice que no se acuerda. Pero es que es tan caritativo que hace como que se le olvida.

Y es que en Villalón son así. Tanto que en la Alcaldía tienen varias donaciones de villalonenses fallecidos, y son tan importantes que están dándole vueltas en cómo emplearlas. Este año, con una de ellas se va a abrir una escuela de Comercio. También querrian que el Gobierno les concediese un Instituto Laboral.

—Con esta donación que tenemos nosotros pagaríamos las becas del Instituto Laboral—me dicen el Alcalde y el secretario, don Diógenes Pardo.

#### LA FIESTA MAYOR DE VILLALÓN

Desde los primeros días de septiembre en Villalón se estuvo amasando, como todos los años, una mezcla a base de harina, huevo, manteca y almendra. Esta masa, aun antes de cocerla ya está exquisita y se destina rara hacer «los bollos de la Virgen». Nadie, por muy humilde que sea, deja de hacer sus grandes bandejas de estos bollos, y los hornos del pueblo tienen que hacer turnos de vela muchos días para poder cocer los tradicionales dulces. Esto se hace en honor de la Patrona, la Virgen de Fuentes, cuya fiesta se celebra el 8 de septiembre.

La Virgen de Fuentes tiene un [camarin]; no lo hay en España, ni en todo [Madrid]; ni en todo Madrid, ni en todo [León]; la Virgen de Fuentes, la de Villalón.

Esta imagen, que data del siglo XV, recibe culto en una ermita de las afueras, y cuando hay sequía se la trae en procesión hasta la iglesia de San Miguel. El 8 de septiembre hay romería en la ermita. Fiesta grande ese día en Villalón. Desde el día de Santiago ya se empezaban a comprometer el alquiler de los carros adornados, en los que se va a la romería para tener la seguridad de no quedarse sin ellos. A la vuelta de la romería se organizan los «carros de los novios». Varios carros se cargan con las parejas, y al llegar al pueblo van de casa en casa de las novias para pedir el bollo. Las madres le sacan a la chica y a sus novios un bollo de la Virgen a cada uno. Esto se llama «correr el bollo». Durante el trayecto, de esta carrera del bollo es costumbre cantar esta antigua canción, que tiene una preciosa tonada:

Ya voy entrando en tu cuarto,  
ya me va cubriendo el velo;  
quero entrar y no me dejan,  
quero salir y no puedo...

Y este es Villalón, y así lo he visto yo: alegre como no hay dos. Trabajador y eminentemente agrícola.

Bianca ESPINAR  
(Enviado especial.)

*En bandeja  
y en su casa*

LAS ORQUESTAS DEL  
MUNDO ENTERO



**PHILIPS**

REVOLUCIONA LA REPRODUCCION MUSICAL CON

LA ERA

**novosonic**



**novosonic**

LA REPRODUCCION  
MAS PERFECTA CO-  
NOCIDA HASTA HOY

ESCUCHE UN RECEPTOR PHILIPS-RADIO  
"DIADEMA MUSICAL" 1956, EN CUALQUIER  
ESTABLECIMIENTO DE NUESTRA ORGANIZACION

ARO

LOS TIROLESES, S. A. - Publicidad



# EL ARBOL

NOVELA

Por *Sofía Noel*

En realidad, todavía nadie ha podido explicar muy claramente el proceso onírico. Las diversas teorías científicas, si bien resuelven ciertos sueños y hasta llegan a explicar su «porqué», resultan insuficientes para descifrar el misterio palpitante de otros, dotados de una virulencia sobrecogedora, de una nitidez deslumbrante.

Tras aquel sueño, Flora tenía la impresión de que habían sido borrados años de vida densa y agitada, para situarla de nuevo en aquel pasado que creía perdido.

Se extrajo con dificultad del lecho. Tenía el cuerpo agotado, las piernas llenas de agujetas, como si hubiese efectuado prolongadas marchas. Eran las seis de la mañana. Alejandro dormía profundamente. Flora evitó tropezar con el cuerpo varonil, humildemente desarmado en el reposo. Por debajo de las puertas, en los intersticios entre el suelo y la madera, se deslizaba el viento ronco y helado.

Con el peine en la mano, se quedó ante el espejo del lavabo. A la luz cruda de la bombilla eléctrica se reflejaba su imagen con despiadada veracidad. Un rostro delgado, cuya piel, excesivamente

seca, favorecía el nacimiento de finas arrugas cerca de la boca y de las aletas de la nariz; ojos de gato, más bien redondos, de un hermoso color gris tierno, salpicados de mica tornasolada, de mirada atrevida y escrutadora. Pero Flora miraba sin ver, atenta a la frágil carga de la visión nocturna que guardaba celosamente dentro de sí. Un mundo hermoso, todo en colores, con multitud de personajes, de lugares, con detalles diminutos y conmovedores; un mundo que vivía a la sombra del árbol.

«El árbol». Así le llamaban en el pueblo y sus alrededores. En efecto, aquella encina silvestre era un verdadero símbolo de árbol: potente, varonil, generoso, serio, hospitalario y temible también. En medio de la chatez circundante, se había elevado a una altura respetable, pero su característica peculiar era su descomunal anchura. Se había dilatado de manera gigantesca y su vitalidad había favorecido el desarrollo de muchos otros troncos, que bebían la luz en sentido horizontal. Con su copa abierta creaba un verdadero palacio vegetal, lleno de sombras deliciosas en el verano levantino. Sobre la alfombra crujiente de hojas y de bellotas, Flora había encontrado tesoros que conservaba en secreto: piedras pulidas, jaspeadas, de formas sorprendentes; escarabajuelos hartos de haber roído las tiernas hojas de la vid cercana; una lagartija muerta, pequeña, frágil como el cristal más fino; una medalla de plata con la imagen de la Santa Faz.

Allí solían merendar con pan, queso y uva, y organizar imponentes juegos de escondite. Allí las familias iban de excursión y preparaban las enormes paellas de arroz sobre llamas olorosas. Allí el amor se mezclaba a las risas, al sueño, al interés y al egoísmo de la gente pegada a la tierra.

Durante la noche, Flora lo volvió a ver tal como por última vez lo había visto, hacía años ya. Hacía años, esto era lo increíble, años contra los cuales se podía romper la cabeza y no llegar a comprender cómo había ido formándose, minuto a minuto, una cadena interminable que la arrastraba hacia una imprevisible meta. Echada sobre el suelo, notaba las ramitas y las compactas bellotas que se incrustaban en sus piernas desnudas. Miraba hacia arriba. Difícilmente se podía ver un pedazo de cielo a través del espeso bordado de las hojas pequeñas. A ráfagas, el viento llevaba hasta Flora la fragancia de la sierra: tomillo, orégano, romero.

La vida de una joven debe girar alrededor del amor. Esta es una ley eterna, ineluctable. Aquel joven era bello. Volvía al pueblo precedido de celebridad. Los periódicos hablaban de su talento, de sus triunfos. Su primera exposición había suscitado polémicas feroces. Salió de ellas consagrado. Fué el compañero de la niñez. Juntos, él y Flora habían cogido renacuajos en las acequias, capturado con un pañuelo mariposas amarillas, blancas y aquellas de aspecto tan terrible con sus dibujos de calaveras en las finas alas. Juntos habían asaltado la huerta del abuelo de Angel y robado melones perfumados, crujientes como la seda, y manzanas enanas, verdes y rosas, llenas de un jugo agri-dulce.

Era maravilloso poder refugiarse sola en la quietud protectora del árbol y crear fantasías con los deseos más duramente reprimidos, y pensar que la vida iba a ser como aquellos frutos cuya piel casi reventaba de tanto zumo. Allí desaparecían personajes molestos, como la joven castellana, la nuera de don Emilio, que últimamente había estrechado sus relaciones con el joven pintor. Ya no existía con aquella sonrisa alegre, victoriosa, que tanto molestaba a Flora; con su abundante cabellera color de miel, perfumada y brillante de sol, sus vestidos elegantes y provocativos, que ofrecían a la mirada la esbeltez de su joven cuerpo; su andar soberbio, desafiante; su seguridad cuando decía: «Angel, esta noche nos reuniremos en casa. Vendrán algunos amigos de Madrid. Le espero. Es interesante que conozca usted a don Pío. Quisiera que él le encargara su retrato...» Y entonces Angel le devolvía la mirada, la sonrisa, y asentía.

Flora buscaba ansiosamente en los rasgos actuales el inolvidable dibujo de su cara infantil. La barbilla redonda y breve, las orejas algo puntiagudas, los estrechos ojos de mirar fuerte, pesado, que con frecuencia se refugiaban en la cárcel de carne de los párpados, recorridos por venitas azules. ¡Cómo hubiera deseado Flora acariciar aquellos tiernos párpados, lo único que le parecía asequible en el Angel actual!

A los diez años, los dos niños decidieron dedicarse mutuamente una parte del árbol. Flora había

leído un cuento en el cual cierto mago transformó a un chiquillo desobediente en un ciprés, y tras muchos años volvía a su vida de niño. Este cuento le dió la idea de relacionar sus vidas con la del árbol, que parecía vivir también una vida humana, con su florecimiento primaveral, el canto de sus avecillas y su aspecto solitario y austero cuando llegaba el invierno cortante y desolado. Angel acogió muy bien la idea y eligió un grueso y frondoso tronco. Muy próximo a éste, Flora decidió que otro más delgado y de un gracioso dibujo curvo, sería el suyo. Solemnemente los bautizaron con sus respectivos nombres y Angel grabó con habilidad sus iniciales en la corteza. Resultó una ceremonia impresionante. «Serán nuestras hadas protectoras», había decidido la niña.

El sueño volvía a mostrar la escena en sus más tiernos detalles. Se escuchaba el leve rumor de marea del viento. Un campesino, agachado, trabajaba en un viñedo. La sierra desnuda se recortaba con fiereza sobre el cielo entre un raranjo encendido. Flora, en el correr de su sangre, notaba la pujanza de la juventud y la perfección emocional del momento. Debía de encontrarse en el punto culminante de la vida. Después todo resultaría ser una aceptación, una servidumbre, un enjaulamiento, un morderse el alma y el corazón. Ahora resbalaban sobre ella los minutos más apasionados, más vibrantes de su existencia.

Vió llegar al joven escondida detrás del enorme tronco central. Andaba con cierta placidez: parecía beber el viento. Era hermoso, con su camisa abierta, que mostraba un cuello ancho y recto, tostado por el sol, preso en la luz cálida del crepúsculo.

—¡Flora..., Flora... Sal de tu escondite... Sé que estás ahí!...

Fué a buscarla. Se sonrieron con íntima dulzura. Ella evitaba abandonarse a la ola de fuego que la precipitaba hacia aquel apasionado rostro varonil. El hablaba, hablaba. Le contó sus proyectos, su vida en París, cuánto le gustaba la casa solariega de los abuelos, que un día sería suya, y que él arreglaría así y así...

—Quiero pintar frescos en las paredes. En el salón pondré muchas plantas verdes. El quinqué de la abuela lo adaptaré para la luz eléctrica. ¡Verás que hermoso resultará!

Entonces le recordó aquello del árbol y de que sus fantasías de niños tenían fundamento.

—Mira cómo florece, cómo crece, Flora. Es como mi vida misma...

El orgullo brillaba en sus ojos. Continuaba:

—Este árbol va estrechamente unido a los varones de mi familia. Mi tatarabuelo era dueño del pueblo y de grandes extensiones de terreno en los alrededores. Hasta la sierra aquella..., mira..., hasta allí...

Con una mano mostraba la montaña, con la otra había cogido el hombro redondo de Flora. Ella notó la presión de sus dedos, y tan próxima a él, su peculiar olor mezclado al sabor del viento.

—Luego, no sé lo que pudo ocurrir... Nunca se averiguó este asunto... Su suerte fué menguando, menguando..., y tan sólo se quedó con lo que posee mi padre actualmente. Dijeron que si había desafiado a Dios con su soberbia... Se cuentan también muchas historias sobre mi tatarabuela, cuya belleza y bondad eran citadas como extraordinarias. Murió a los treinta años, de apendicitis. Claro está, en aquellos tiempos... Mi tatarabuelo volvió a casarse con una doméstica que le dió dos chicos tontos, que murieron aplastados por un caballo un día que quisieron montarlo. Todo está envuelto en el misterio. Lo que sí sé es que, a su muerte, murió esta parte del árbol.

La llevó hacia el lugar donde se veía un muñón renegrido, calcinado, sin esperanzas de florecimiento. Se sentaron sobre la crujiente alfombra. Angel se había cansado de hablar. Pareció de pronto pensativo y melancólico. Flora tendría que regresar dentro de poco al seno familiar. Como una chispa eléctrica le recorrió la idea de que no tenía derecho a perder un solo minuto. Tenía que saber, ahora, ahora mismo, si Angel la quería como desea ser querida una joven.

Giró el cuello delgado hacia él y buscó sus ojos con sus magnéticas pupilas de gato. Sostuvo durante un instante, que a él le pareció una eternidad, aquella fuerza ávida. Luego cerró los ojos y oprimió los labios. Flora notaba su vida escaparse de los dedos como algo frío y misterioso. ¡Qué poco sabía de él! ¡Qué poco sabía desde que había abandonado el cascarón infantil! Dolorosamente, lo vió por vez primera como a un desconocido cuya



vida seguía una ruta paralela a la suya, que nunca se mezclaría a ella. Se le enfriaron las palmas de las manos y tuvo de pronto, un gran peso encima del estómago. Silenciosos emprendieron el camino de regreso.

Una mujeruca tenida por hechicera y que vivía en una especie de gruta en la punta norte del pueblo entretuvo un día a Flora contándole de los habitantes, de las antiguas creencias y de los difuntos, su tema favorito. Insidiosamente, la joven lanzó el apellido de Angel en la conversación.

—¿Siempre han vivido aquí?

La mujer estaba a sus anchas hablando por los codos:

—Sí..., desde por lo menos dos siglos. Bueno, es fácil de averiguar. El árbol nació con el primero de ellos. ¡Vaya árbol! ¿Verdad? Como este no hay ninguno. A mí, y ve usted, casi me da miedo. Y no soy cobarde...

La voz de la vieja se hizo opaca:

—Cuando les nace un hijo, parece que vuelve a tomar nuevos bríos, y cuando alguno de ellos se va a morir, el árbol se pone, ¿cómo diría yo?... se pone mustio, y hasta podría asegurar que se le mueren algunas ramas...

El hecho era que aquel árbol —una carrasca— lo dominaba todo. Era el auténtico dueño del pueblo, con su potente cuerpo, su radiante vida, su fronda pensativa. ¿Qué importancia podían tener a su lado seres tan caducos, tan efímeros como todos los que giraban a su alrededor? Hasta tipos graciosos, como el viejo tío Vicentino, con sus historias de moros, o el dueño del castillo, cuya fama de escritor había llegado hasta allí, o la extraña señorita Marita, que pesaba por lo menos cien kilos, vivía casi enclaustrada en su casa sombría y había sido la querida de... (aquí solía bajar la voz del que relataba el hecho hasta reducirse a un ininteligible murmullo).

Por las noches, el árbol cobraba una nueva vida, repleta de incidentes desconocidos para los demás, pero muy divertidos para él. Las aves nocturnas iban a visitarle y se columpiaban en sus ramas acogedoras. De lejos se veían brillar los ojos rojizos de los mochuelos como cuajos de sangre. Entonces la gente, en general, conservaba una distancia respetable entre ellos y el árbol. Tan sólo las parejas de enamorados, que cualquier cosa desafían y llegan a su justo y diminuto valor, osaban buscar refugio en su frondosidad generosa.

Más tarde estalló la guerra. Todo se derrumbó. Muchos encontraron la muerte. El pueblo quedó reducido a su más escueta expresión. Pero el árbol seguía en pie, maravillosamente indiferente. Deramaba sus riquezas, las bellotas pequeñas y duras, verdaderos proyectiles para los tiradores de la chiquillería.

Hacia años que Flora no lo había vuelto a ver. La vida actual la absorbía por entero. Tenía un chico de nueve años, un marido a quienes cuidar, un hogar, su trabajo... Y en la pasada noche, absurdamente, el sueño la había arrastrado de nuevo hacia aquella vida cobijada por el árbol. Nuevamente había notado la carrera dolorosa de la sangre en sus venas.

Durante el día anduvo preocupada. ¿Por qué, surtido de la nada, había respaldado el rostro de Angel, cerca del árbol, que aparecía con sus detalles vegetales, sus nudos, sus hoyos, sus brazos múltiples y de formas personales, como gestos cristalizados, con su copa densa, brillante y sombría?

Algo relacionado con el árbol debía de haber ocurrido, algo que escapaba a su inteligencia, pero que estaba muy metido en lo más tierno de su vida emocional.

Andaba por las calles resbaladizas por la reciente lluvia. Todavía había poco tránsito. El otoño arrojaba la gran ciudad en un ambiente oloroso, melancólico. Detrás de una reja aparecían las últimas rosas aún apretadas y las hermosas y locas cabezas de las primeras dalias. El cielo iba purificándose poco a poco de sus sombras nocturnas. Daban ganas de fundirse en esta inmensa pureza, lejos de los nauseabundos olores a gas-oil, lejos de la gente y de los ruidos. ¿Por qué no volver al pueblo y pasar allí unos días de reposo? El sueño era como una advertencia. Flora se encontraba desligada de los diez últimos años de experiencia humana, de equilibrio, de tolerancia hacia los demás, de confianza en sus posibilidades.

Pasado mañana sería domingo. El sábado cogería el coche de línea. Todo podía arreglarse con facilidad. El lunes ya estaría de vuelta.

El pueblo seguía lo mismo. Tan sólo había sufrido algunos cambios externos de poca importan-

cia. El vasto pinar, abierto antaño a la delicia de los niños y de los jóvenes pueblerinos, había cerrado celosamente sus rejas de hierro forjado. La casa señorial enseñaba su pesada mole entre los altos pinos y los macizos de hortensias y adelfas rojas.

El coche levantaba la misma infernal polvareda. También el mismo vehículo. En realidad, era milagroso poder salir sano y salvo de aquel conjunto de madera, hierro viejo y regenerado de caucho de baja calidad. Pero el milagro seguía operándose dos veces al día.

En casa de Matilde, el comedor olía a especias y a romero. Encima del aparador brillaban: con fulgores apagados algunos antiguos platos de loza azul.

Allí la sierra levantina adoptaba un aspecto falsamente pacífico. Sin embargo, no había que fiarse mucho. En las mesetas, el viento embestía por los cuatro lados y cortaba la respiración. En el cielo, caminaba con nitidez la Vía Láctea y Venus aparecía gruesa y deslumbrante.

La señorita Isabel le ofreció una cama. Todo allí olía a pan recién hecho, a magdalenas, a pastelería fina. A la sazón, la señorita Isabel tenía unos cincuenta años. Su vida entera la había dedicado a cuidar de su anciano padre, viudo desde que Isabel contaba quince años, y a mejorar sus recetas de repostería. Tan sencillas labores le habían conservado un rostro virginal, insensible al paso del tiempo, de rasgos italianos, con los grandes ojos negros llenos de melancolía. Sus gestos eran menudos, parsimoniosos, al manejar las pequeñas medidas de metal que contenían el aceite, la harina, el azúcar. Se integraban en el ritmo de la tierra levantina, un ritmo tan particular, casi bíblico, continuo, lento y de amplia vibración.

El casino había cambiado de dueño. Ahora renaba en el mostrador la enorme y atrativa Loreto, cuya voz sonora hacía estremecerse los vasos de «paloma» en las mesitas inestables.

La constancia, la inamovilidad de las cosas, empujaba hacia un trasfondo nebuloso la angustia suscitada por el sueño.

Un denso silencio rodeaba la casa de Angel. Los postigos estaban herméticamente cerrados. En la parte trasera, siempre bulliciosa y llena de ajetreto, no se oía ningún ruido de caballería ni de corral. Flora no tenía noticias de Angel desde hacía años. Andaba siempre viajando. Ella leía, de vez en cuando, un artículo, una reseña sobre la última Exposición suya en París, en Londres, en cualquier sitio terriblemente alejado de allí.

¿Qué podría ser de él? No se había casado. Esto sí lo había oído comentar varias veces. ¿Qué tal se habría desenvuelto su vida, esa vida de artista que Flora desconocía?

Se paró en seco. ¿Por qué había pensado en una vida pasada? Angel tenía aproximadamente su misma edad. Era joven todavía. La vida se entregaba a él, hermosa, dilatada, llena de bondades. ¿Conseguiría aún aquella prestancia, aquella nobleza de rasgos, de gestos, que tanto habían atraído a Flora adolescente?

En la calle ancha, las mujeres, sentadas en sillas bajas, hacían bolillos con maravillosa agilidad de dedos. El «clic-clic» de la madera dominaba sus charlas y sus risas.

Para llegar al árbol aún faltaban tres cuartos de hora. Tenía que apresurar el paso. En aquella época del año, el crepúsculo caía pronto. Incisiones feroces mostraban el mármol amarillento del muerte. La tierra de los viñedos era roja. La naturaleza se entregaba con estremecedora austeridad. Roca-tierra-cielo. Los ojos, cansados de tantos colores puros, buscaban en vano el refugio de un verde tierno. Tan sólo esa fusión de la tierra con el cielo y los olivos pegados a su dura piel, con sus copas redondas, grisáceas; los negros y retorcidos miembros de la vid, las higueras sombrías.

Por fin, el sendero pedregoso que conducía al árbol. Flora volaba sobre las piedrecillas puntiagudas, que se introducían en sus alpargatas abiertas. Corría como si alguien la estuviera esperando, como cuando iba allí hacia años. Ya no tenía responsabilidades, deberes. Vivía para gozar del aire, del amor, igual que lo puede hacer un ser muy joven o uno de esos extraños tipos medio locos que logran conservar las facultades de la niñez a través de los accidentes y de las decepciones cotidianas.

Un aire frío resbaló desde el monte. Pronto el sol se iría a dormir como todos los cansados animales diurnos. Corrió hasta el árbol. Dominaba el



paisaje con su tronco central, que cuatro pares de brazos a duras penas podían estrechar; su viejo tronco rugoso, lleno de defectos y de hoyos, donde dormían las hormigas y los pájaros. Flora se integró en su extendida copa. Acarició con la mirada el enorme conjunto vegetal. Un pájaro nocturno lanzó un grito agudo, anunciador de su principiante actividad. Flora se estremeció. Aquel grito la llenó de una tristeza repentina, de una acusación de desaliento.

¡El tronco de Angel! En efecto, allí debía ser el lugar. Pero, no, aquel tronco horizontal, alargado, cargado de ramitas y de hojas, era el suyo. Aún se veía la huella de la navaja que Angel empleó para marcar sus iniciales. ¿Dónde se encontraba, pues, el tronco del joven? Se acercó, recelosa. Divagaba. Parecía mentira que a una mujer como Flora, llena de sentido común, un sueño y algunas creencias pueblerinas, le produjeran una tal desazón. La rama de Angel había sido arrancada. Se veía la mutilación reciente, hecha, sin duda, por una mano forastera.

Flora se quedó aterrada. Un débil «Angel... Angel...», salió de su boca. Allí, un mundo fantasmal la envolvía. Se pellizó los brazos con furor para devolverse a la vida normal, en la cual no cabían fantasías, extravagancias engendradas por los sueños. No podía desandar lo andado. El árbol la tenía presa en su mundo mágico. El había absorbido tantos secretos anhelos, tantas luchas, tantas alocadas pasiones, tantos odios suscitados por el orgullo, por el egoísmo, por el monstruoso deseo de aniquilamiento, que desprendía una fuerza extraña, imposible de rechazar. Allí, la escala de valores era distinta, y todo lo que sucedía fuera de su alcance parecía absurdo y falso.

Flora se acordó de la historia del tatarabuelo de Angel:

«Y cuando murió, murió esa rama...»

Luego enlazó con la vida de su tío. Habíase casado con una joven de un pueblo vecino, y al regresar de un viaje encontró la casa vacía, sin dueña. Nunca pudo encontrar a su joven esposa. Se volvió loco.

Pero Angel ya no pertenecía al pueblo, a su familia. ¿Qué podía importar lo que ocurría en aquel lugar? Ni siquiera se acordaría del árbol.

«Y yo, tonta de mí, haciendo una peregrinación absurda en el pasado y buscando no sé qué, e inquietándome como una estúpida porque al árbol le cortaron una rama...»

La noche iba avanzando. Todo se diluía en sombras apaciguadoras. Entonces Flora se echó sobre la tierra como siempre le había gustado hacerlo, y al notar el duro contacto de las bellotas y de las hojas secas, se puso a llorar despacio, con avidez. Seguramente, eso era lo que había ido a buscar hasta allí. El llanto de un niño abandonado. Sentir bajo su cuerpo la tierra y oír cerca de su oído los misteriosos ruidos de los insospechados moradores. Percibir el latido, el compás del tiempo eterno, consolador, que borraba las debilidades vergonzosas, los fracasos, los errores, el desamor, las pasiones, la soledad irremediable del ser humano.

Flora sabía que, en efecto, algo terrible había ocurrido. Sabía que era vano lamentarse, que las cosas eran así y en nada podía ella cambiar el rumbo de los acontecimientos. Quedó allí durante mucho tiempo. Allí, en brazos del árbol, no sentía el frío nocturno. Para ella, Angel había cesado de existir. Al igual que su rama, arrancada de cuajo, perdida en cualquier camino o en manos de cualquier peregrino, Angel había saltado fuera de su pecho. Ya no crearía nunca ningún problema a la joven. La dejó vacía y liberada.

Un mochuelo abrió las alas con pesado ruido.

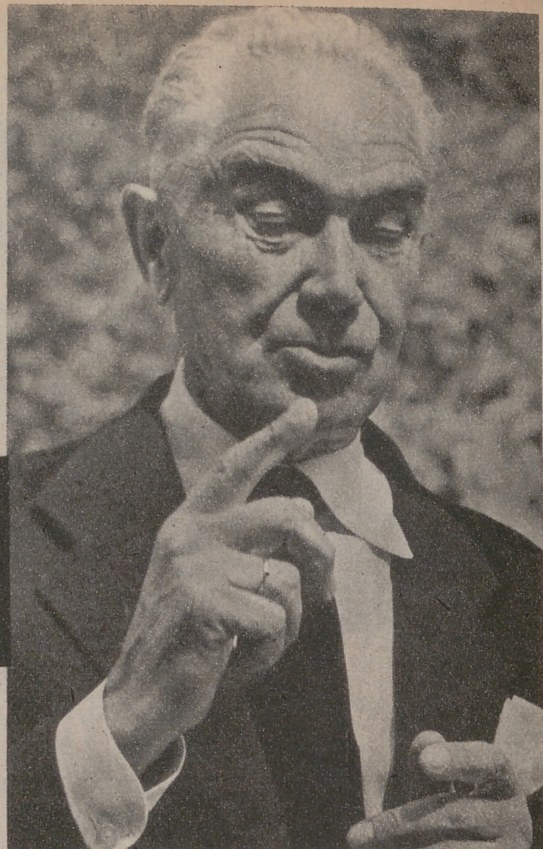
Flora, lentamente, emprendió el camino de regreso.



# JULIAN CAÑEDO HA ESCRITO “...DE TOROS”

**SIN SER TORERO  
PROFESIONAL HA  
LIDIADO Y MATADO  
MAS DE 400 RESES**

**UN HOMBRE DEL SIGLO XIX  
QUE RECUERDA SU TIEMPO**



LOS primeros treinta años del siglo XX, en España, son un epílogo, una prolongación del siglo XIX. Tienen más carácter, más olor y más sabor de culminación de una época que de comienzo de un período nuevo. Sus acontecimientos, sus hombres y su vida toda—en la política y en las artes, en las costumbres y en la economía—pertenecen a la cuenta del siglo anterior. Y por ello, antes y mejor que por la fecha de su nacimiento, es Julián Cañedo un español del siglo XIX. Por partida doble, además. Porque vivió plenamente aquellos años epilógicos y porque los revive ahora con el recuerdo y con la pluma.

Ha sido José María Castañón, un nuevo editor, quien ha animado a Cañedo a coger la pluma, a recordar escribiendo. Mientras nos dirigimos al encuentro de Cañedo, me explica:

—He iniciado la publicación de una colección editada bajo el lema «Tema Ibérico». Naturalmente, el primer volumen debía tratar de los toros, la manifestación más típica, más racial, más consustancial con nuestro temperamento. Y Julián Cañedo, con su libro «... De Toros» ha inaugurado la colección. El libro de Cañedo es una interpretación nostálgica de la fiesta vista por un torero no profesional, por un gran aficionado que no se limitó a la teoría, que bajó al ruedo muchas veces. Después, en la misma colección aparecerá un original inédito de Fernando Villalón, «Taurofilia Racial», que aporta al tema la opinión autorizada de aquel gran ganadero y gran poeta. Y luego, para recoger el punto de vista de un empresario, pienso publicar una biografía de Eduardo Pagés. Los tres libros, el

del torero, el del ganadero y el del empresario, formarán una interesante trilogía taurina. Y darán al público una idea completa de lo que fué la fiesta «más nacional» en sus mejores tiempos.

Pero la colección no queda agotada con esto. Abarcará otros asuntos. Todos, desde luego, dentro del marco general que le sirve de título, del tema ibérico. Por ejemplo:

—En «Un Sócrates de Café», Valentín Andrés Álvarez escribirá de las españolísticas tertulias de café, de las llamadas «universidades del café con leche». Y tenga planeados algunos otros títulos de los que ahora prefiero no hablar. Fuera de esta colección publicaré «Breves históricos de las Américas», un libro muy interesante de Peixoto, desconocido aquí. Y una biografía de unos grandes navegantes españoles oscurecidos, ante el gran público, por la celebridad justa de Cristóbal Colón: los Pinzones...

Hemos llegado al punto de la cita. A la cervicería de Correos, en la calle de Alcalá. Y ya está en ella, acompañado de un sobrino suyo que le oficia de hijo, Julián Cañedo, el autor del libro «... De Toros»

**UN HOMBRE DEL NORTE  
QUE ESCOGIO EL  
SUR. MAL ESTUDIANTE  
BUEN AFICIONADO Y  
ESTUPENDO MATADOR**

Julián Cañedo nació, a fines del siglo pasado, en Oviedo. Pertenecía a una distinguida familia asturiana: la del Condado de Agüera. Pero, pese a su cuna y a su ascendencia, pese a su condición de hombre del Norte, Cañedo sintió la llamada del Sur. Y

se rindió a ella. Y en una afición del Sur, los toros, encontró la gran afición de su vida. Y en una guapa gitana, su mujer. «Aquel niño ovetense—escribe Valentín Andrés en el prólogo al libro de Cañedo—es hoy el flamenco más cañí que conozco y su habla natural es el andaluz sevillano; nació en el Norte, y es un hombre del Sur, y lo es tanto, que no hay andaluz más puro que este asturiano nato y neto; se licenció en Derecho en la Universidad de Oviedo, y si hay algo que no quepa en cabeza humana es imaginarse a Julián Cañedo abogando...»

Aun ahora, el propio Cañedo se asombra un poco al recordar su título universitario.

—Soy, como según dicen todos los españoles mientras no se demuestre lo contrario abogado.

Y se ríe. Y hace un gesto como diciendo: «¡Figúrese yo abogando!». O quizá: «¡Ni sé cómo aprobé todas las asignaturas!». Porque no era buen estudiante.

—Estudiaba poco. Hice parte de la carrera aquí en Madrid. Recuerdo que un año, en junio, me suspendió un catedrático que se llamaba don José Valdés. Creo que era el titular de Derecho Penal. Fui a verle y trate de convencerle con un cuento sentimental de castigos familiares de esos que inventan los estudiantes. Nada no le convenció. Entonces me pareció una fiera el pobre señor. Bueno, el caso es que volví a presentarme en septiembre. No había estudiado nada durante el verano y para darme ánimos, en una tasca de la calle del Pez, me tomé no sé cuántas copas de cazalla antes de comparecer al examen. ¡Imagínese cómo iría! No sé qué me preguntaron. Re-

cuerto, eso sí que empece a disertar energicamente ante el Tribunal; que un miembro de éste, quizá el tal Valdés, intentó interrumpirme; que yo no le hice caso y que al final me aprobaron

Nunca ejerció Cañedo su carrera. Toda su vida aparece precedida por un extraño impulso de contradicción que le llevó siempre a ser lo que no era y a no ser lo que era. Paradoja que explica por qué fué siempre un aficionado y jamás un profesional. Así fué, sin serlo, torero. Y escultor y pintor. Y no fué, siéndolo, abogado. Su afición a los toros data de sus tiempos de estudiante.

—Entonces, en Madrid, no se habla de otra cosa. Eran los toros el tema nacional. Y los toreros, los héroes del día. No tiene nada de extraño que me contagiase en un medio tan propicio.

No fué un aficionado corriente Julián Cañedo. Practicó el toro en festivales. Toreó y mató según sus cálculos, de 400 a 500 reses, entre las que se contarían, por supuesto, muchas con edad y peso de toros.

—Recuerdo que en Valencia, en un festival a beneficio del Club Gallito, que organizaba Joselito todos los años, maté con Antonio Cañero una corrida de seis toros de Trespalacios que pesaron, uno con otro, 29 arrobas.

Suele decirse que Julián Cañedo «nunca vistió el traje de luces». Esta expresión tomada en sentido genérico, utilizada para señalar su carácter de torero no profesional es cierta. Pero usada literalmente es inexacta. Porque al menos una vez sí vistió el traje de luces:

—Fué en la plaza de Peñaranda. Alternando con un novillero que se apodaba «El Ahijado». Por cierto que la tal novillada salió grande y muy difícil. Tanto que yo creo que todos los novillos estaban toreados.

Era Cañedo, juzgado por un crítico tan competente como Corrochano, un matador extraordinario: «No conozco a ningún torero que domine esta suerte como él. Es un matador estupendo, de los que matan con la mano izquierda, o sea, con la muleta». Y no debía ser tampoco malo con el capote y la muleta, pues aunque él no se refiere a su propia categoría artística, y parece esquivar toda autovaloración, sé por buenos aficionados que conocieron sus actuaciones que hubo año, entre el 1913 y 1917, en que al fin de mano a mano con Cañero en la plaza de toros de Madrid, el público gritaba a la paraja: «¡Al abono! ¡Al abono!» O sea, al escalafón profesional, a competir con los matadores de más cartel, a pelear con los diestros que figuraban en las corridas del abono madrileño. Pero Julián Cañedo no se animó:

—En aquellos tiempos, con aquellos toros, y sin los adelantos médicos de hoy, la profesión de torero era muy dura. Había que pasar y tener hambre para decidirse. Y yo, por suerte, no la tenía ni la pasaba. Por otro lado,

entonces ser torero significaba un encasillamiento social muy estricto. Se era torero en la plaza y en la calle, con todas las consecuencias. Había que soportar la cara y la cruz de la fiesta...

Alguien propone continuar la charla paseando por el Retiro para aprovechar el sol delicioso del otoño. Y nos levantamos.

#### CUANDO LOS TOROS NO APRENDIAN A EMBESTIR Y SE PICABA SIN PETOS

Pese a sus años, Julián Cañedo se conserva alto, tieso y magro, como un chopo bien criado. Y tiene buen color. Y buena estampa. Y a juzgar por las risas con las que subraya los episodios graciosos que cuenta y por el brillo divertido de sus ojos vivos—¿verdiazules?—, tiene también buen humor.

Le pregunto cómo eran los toros de su época. Y me contesta, de acuerdo con lo escrito en su libro:

—El toro era, cuando yo me aficioné a la fiesta, un poderoso animal criado por señores que no omitían gasto ni pretendían peducio con tal de alimentar su fiereza y conservar su casta y su temperamento... Hoy, al toro se le han ido limando asperezas y enseñando a embestir a gusto de los actuales toreros...

Digo esto acordándome de la pregunta que le hicieron a un ganadero amigo mío unos extranjeros a los que llevó a su finca a ver los toros en el campo. Contemplando a prudente distancia a los toros, le preguntaron si «habían aprendido ya a embestir». Mi amigo, con ironía, les contestó que aun no del todo, pero que ya estaban muy adelantados...

Los toros, su bravura, su empuje, se miden, como saben los aficionados más bisoños, en la suerte de varas. ¿Y cómo era la suerte de varas cuando no se picaba con petos?

—La suerte de picar a un toro con cuatro o cinco años y con el poderío que tenían los de entonces, era algo sobrecogedoramente hermoso, cuando se ejecutaba con caballos desnudos, que manejaban sin ayudas picadores que lo eran, que sabían su profesión, hombres casi heroicos, que hacían frente al toro en el momento de su mayor pujanza... Sobrecogía el ánimo

ver a un toro de aquellos que les humeaba el morrillo cuando tremaban al salir al sol del ruedo, arrancarse contra un caballo escuálido, sobre cuyo espinazo agudo cabalgaba un picador, sin más defensa que su liviana garrocha... La garrocha, manejada por una mano competente y animosa, se curvaba desde el morrillo ensangrentado hasta el pecho del picador, que lograba detener con frecuencia ímpetus que parecían incontenibles. Otras veces los caballos huían locos de miedo, se desbocaban desazonaban al picador. O morían en los cuernos. O caían derribados. Todo contribuía a hacer de este tercio un espectáculo abigarrado, lleno de inquietudes y sorpresas, de emociones y rasgos de valor en los quites... Era algo único, tremendo y hermoso, de tal intensidad de acción y colorido que se torna insospechado para quien no lo haya conocido. Yo no cambiaría un puyazo de aquellos, bien ejecutado, por muchas de las faenas que entusiasman hoy a considerable parte del público.

Calla y mira hacia la calle de Alcalá. Hay en el aire esa increíble luminosidad suave, esa dulce transparencia del otoño madrileño. Y Cañedo evoca:

—Antes, en mi tiempo, un día de toros era realmente eso: un día dedicado a los toros desde la mañana a la noche. La luz de aquellos días brillaba distinta a la de los demás. El público acudía por la mañana al apartado. Y comentaba luego la estampa y el trapío de cada toro en los cafés. Y por la tarde, antes de la corrida, esa calle de Alcalá era un cauce por el que avanzaba el río de una multitud policroma, que en carruajes de todos los estilos, magníficos unos, populares otros, todos arrastrados por caballos auténticos, se dirigía a la plaza. Todo resplandecía; las mujeres lucían mantillas españolas y mantones de Manila; los toreros, junto con sus cuadrillas, iban a cara descubierta, luciendo el chispear de sus oropeles en carruajes cascabeleros; los picadores montaban los mejores caballos de la cuadra y cabalgaban calle arriba portando en las ancas un monosabio...

#### EN FORNOS, LOS «BOMBISTAS» SE PASARON A BELMONTE

A aquel Madrid de la edad dorada de Julián Cañedo se le ha



De izquierda a derecha: José María Castañón, Diego Jalón, Julián Cañedo y su sobrino hablan de «... De Toros»

llamado el Madrid de Fornos. El nombre del desaparecido café llegó a tener la fuerza evocadora suficiente para recordar toda una época, para condensar su aire y su modo de vivir.

«Yo me reunía por entonces—recuerda Cañedo en su libro—en un remanso de aquel gran café de Fornos, que hoy, alterado y disminuido, se conoce con la denominación de Café Riesgo.»

Cuenta a continuación que allí, en Fornos, se reunían dos peñas taurinas. Una, «gallista», que presidía «Don Pío»—Alejandro Pérez Lugin—y a la que acudían un tal Menchero, que tenía un almacén de alfombras en la carrera de San Jerónimo, frente al restaurante de Lhardy, y Dionisio Peláez, ganadero, que por su admiración a Machaquito puso a Vicente Pastor el remoquete de «el Sordao Romano», para burlarse de las pantorrillas herculeas y el modo de andar del diestro de Embajadores.

La Peña «bombista» la presidía un triunvirato de asturianos: Ramón Pérez de Ayala, Sebastián Miranda y el propio Julián Cañedo. Por ella pasaron Valle-Inclán, Julio Antonio, Romero de Torres, Enrique de Mesa, Penagos...

Entre las dos peñas, en el fondo de amigos, pero de adversarios en materia taurina, se sentó una noche un novillero que venía a revolucionar el toreo: Juan Belmonte. Cañedo, en «... De Toros», relata la escena y le describe así:

«Vestía un traje de americana negro. Yo creo que las mangas le venían un poco largas; no usaba corbata, sino un pañuelo blanco, de seda, anudado al cuello, y se tocaba con una gorra de visera, derribada de un lado...» «Era su tez olivácea, y el cabello, negro, como los ojos, tristes. El prognatismo de su mentón, acusadísimo, y la boca, enorme, dejaba ver dos hileras de dientes lobunos, a los que la morenez de su rostro avivaba el blancor. Tenía una extraña manera de andar, acentuando el paso con el compás de los hombros. Desprendiase de su persona modestia, timidez, algo como desencanto e inquietud.»

Aunque Joselito era un torero de la línea de Ricardo Torres «Bombita»—bien que marcara en ella la cumbre más alta—, los «bombistas» se pasaron a Belmonte. Fueron partidarios del trianero creo que antes de verle torear. Quizá desde su aparición en Fornos aquella noche, en la que ya Sebastián Miranda sentenció: «¡Es un fenómeno!» ¿Por qué?

Cañedo explica:

—Joselito, por un malentendido, anduvo algo duro con Ricardo Torres. Creía que «Bombita» había echado de algunos carteles a su hermano Rafael. La verdad es que Rafael «el Gallo» toró menos unas temporadas por una razón más simple: porque estaba en una mala racha y no se arrima-

ba. Los «bombistas», naturalmente, al aparecer Belmonte nos fuimos a su bando. El «belmontismo» al principio se nutrió de las filas del «bombismo», por el resentimiento de los «bombistas» hacia Joselito. Luego, ya cuando Juan se afianzó en su manera revolucionaria de torear, no había falta ninguna otra razón para ser partidario suyo.

EL TORO ES UNA LINEA; EL TORERO, UN PUNTO. TOREAR ES «PONERSE». LO QUE TRAJÓ BELMONTE

Estas últimas palabras de Julián Cañedo nos sitúan ante una cuestión muy discutida, porque para explicar la revolución belmontina es preciso primero establecer qué es torear, qué es el toreo. Cañedo afirma:

—Todo el toreo está basado en una circunstancia que favorece al torero y perjudica al toro. Esta: naturalmente, la posición del torero es «vertical» y la del toro «horizontal». El torero dispone de sus brazos, que no necesita para mantenerse en equilibrio, para embucar al toro, mostrándole con el capote o la muleta un itinerario engañoso que hurta el cuerpo del torero a las acometidas salvajes del toro. La posición de éste, como digo, es horizontal; se extiende en longitud, mantenido por sus cuatro extremidades, que se unen por una larga espina dorsal de cierta flexibilidad. Y lo natural es que si dobla su cabeza en busca de algo que se ha dejado atrás, sus cuartos traseros avanzan simultáneamente hasta ocupar la posición que va abandonando aquella.

Con gestos expresivos de las manos, Cañedo ilustra su teoría. La mano izquierda, en posición vertical, con las puntas de los dedos hacia el cielo, es el torero. La derecha, moviéndose horizontalmente, el toro.

—El toro es una línea que se abalanza sobre el punto que es el torero. Este punto ha de esperar la acometida ciega de la línea que es el toro, y una vez que aquella, engañada, pierda en un vano derrote su aviesa intención, el punto ha de ir moviéndose y tomando posiciones a lo largo de ella—de la línea—, que se curva con dificultad, pretendiendo que su principio, donde reside su fuerza destructora—los cuernos—, vuelva en busca del punto que se le ha perdido.

Es aquí, cuando estamos ya al borde de la definición, cuando Julián Cañedo, con acento picaro, rectifica y aclara una frase de Lagartijo:

—He oído contar muchas veces que Lagartijo decía: «El toreo es muy sencillo: que se arranca el toro, se quita usted; que no se quita, le quita el toro.» Esto es gracioso, pero, a mi juicio, completamente falso. Lagartijo debió decirlo en chunga. Seguramente lo que pensaba el gran maestro cor-

dobés era lo contrario: que el toreo consiste en «ponerse», no en «quitarse». La frase correcta sería así: «Se arranca el toro, se pone usted; que no se pone y se quita, le coge el toro.» Porque el toreo consiste, es cierto en parar y mandar, pero también en «moverse» y «ponerse». En «moverse» para «ponerse» en el sitio apropiado para parar y mandar. Quiero decir que el toreo debe ser fluido, no agarrado; que en él deben hacerse las cosas a tiempo; que es, ante todo, ritmo y suavidad. Como un «ballet». Como un «ballet» en el que uno se juega la vida.

Y ahora, expuesto así su concepto del toreo—un concepto clásico, desde luego—, Cañedo explica el toreo belmontino:

—Antes de Juan Belmonte a los toreros les corría cierta prisa echarse fuera al toro, y se anticipaban un momento en embarcarlo en el engaño. Y como se anticipaban no había embarque.

Como no guardaban el compás, pienso oyéndole, no nacía el ritmo.

—Queriendo evadir el peligro, se lo atraían. No sabían aún que el toro es una línea y el torero un punto. Un punto que debe estar firme para no convertirse, a su vez, en línea y enroscarse con la línea auténtica... Dejó llegar Belmonte al toro hasta el momento preciso, y al hacerlo centró el toreo. Se hizo el paso del toro más próximo. Hubo de acompañarle en la acometida, mirándole bien a la cara, y ello originó el temple despacioso y la torsión graciosa del busto...

Y tras una pausa, tras un pasadado al aire, ajustado al temple de Belmonte, un recuerdo justo: Joselito.

—Sorprende considerar la tarea a la que dió remate el trianero con su exiguo bagaje inicial de facultades y conocimientos. Todo el toreo actual y todo el posterior a él están fundamentados en el de Juan Belmonte.

Tuvo la fortuna—aliada a su valor y a su fe en su propio método—de encontrar un compañero portentoso, que asimiló su arte e intuyó su propósito, y que con sus asombrosas facultades e inmenso saber iluminó a Belmonte el camino a seguir, aclarándole procedimientos: José Gómez «Galilito», el sin par Joselito.

Juan aprovechó las enseñanzas de José; éste, las genialidades de Juan. Ambos se complementaron.

SILUETAS: EL GALLO, FUENTES, BOMBITA, MACHAQUITO, VICENTE PASTOR...

Ni para hablar de toros, ni para recordar aquel Madrid—el de Fornos—, ni para evocar las siluetas de los hombres populares de su tiempo, necesita, Julián Cañedo, insistencias continuadas. Se nota a la legua que le gusta repasar en voz alta sus recuerdos, que disfruta recreando de pala-

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina  
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:

QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.

bra hombres y episodios. Tanto que yo diría que sigue viviendo en aquel mundo y que las miradas que lanza a nuestro tiempo no le dejan más honda impresión que la de confirmarle en su postura de aislamiento, en su gozoso mirar atrás, en su legítimo pasado mejor.

Ha sido suficiente que le apuntase un nombre—Rafael «el Gallo»—para que una tras otra reconstruyera las figuras del Gallo, Bombita, Machaquito, Vicente Pastor...

El Gallo—el que llamaron «Divino Calvo»—fué único. Así, como suena.

—Rafael era un torero genial. Tenía una personalísima manera de hacer y entender el torero a la que no renunció jamás. Fué el único que siguió, pese a la revolución de Belmonte, desarrollando su torero sin ninguna concesión al nuevo estilo que implantó el trianero. Y conste que alternaba muchas tardes con José y Belmonte, y muchas veces les ganaba la partida. También fué genial administrando, para su conveniencia, la ingenua creencia del público en pánicos, muchas veces inexistentes, y en supersticiones que nunca sintió...

Y Antonio Fuentes—aquel de quien dijo el Guerra: «Después de mí, nadie...»; después de nadie, Fuentes—era la elegancia:

—Antonio Fuentes es el más antiguo lidiador que puedo juzgar con conocimiento de causa. Era lo que se suele llamar un torero «corto», pero de sorprendente y exquisita calidad. Y como banderillero, ¿qué puedo decirle? ¿Quien no haya visto banderillar a Fuentes no sabe lo que es esa suerte!

Era tal su prestancia, majeza y señorío en la plaza, que yo asistí al hecho siguiente: Antonio Fuentes decidió retirarse, y a los dos años acordó volver a torear. Entonces el público tomaba muy a mal estas veleidades, y en la tarde de su nueva presentación, en Madrid hizo el paseillo con Bombita y Machaquito, escuchando una bronca imponente. Desfiló cabizbajo y dejó su capote de lujo en manos del mozo de espadas. La bronca arreciaba. Fuentes asió por la esclavina el capote de torear, que estaba sobre la barrera, tiró de él suavemente y arrastrándolo por la arena avanzó unos pasos hacia el centro del ruedo sereno, arrogante, con tal aire y tal apostura, que la bronca fue interpolándose de aplausos hasta terminar convertida en una gran ovación. Fuentes había triunfado sin torear.

Y Ricardo Torres, el fundador del Montepío de Toreros:

—Estaba lleno de voluntad y pundonor. Quizá le faltaba ese punto de entrega valerosa que lleva al arrebató a los públicos. En los quites era prodigioso. Cuando tenía que arriesgar su vida para salvar la ajena, se entregaba plenamente. Como banderillero, no era gran cosa; pero fué un gran muletero. Podía mucho con la muleta. Cuarteaba al entrar a matar buscando el alivio. Pese a estos defectos, fué una figura cumbre del torero, al que no sé por qué razón no suele concedérsele toda la importancia que tuvo. Frente a él, su competidor Machaquito:

—Era su antitesis. Todo valor, pero torero algo basto, que sólo llegaba a lo sublime a la hora de matar. Más por su arrojo que por lo depurado de su estilo. Acometía recto, sin la menor desviación; enterraba el estoque en lo alto del morrillo hasta hacer casi desaparecer la empuñadura. Y salían del encuentro el toro como herido por un rayo y él con la pechera de la camisola hecha jirones. ¡Valía cualquier cosa una estocada de Machaquito!

Y, por último, el torero del barrio de Embajadores, Vicente Pastor, sólido, como suelen serlo los toreros castellanos.

—Era muy buen muletero y un gran estoqueador. Todo lo que hacía tenía la consistencia de lo auténtico.

#### «ENTRE BRUMA» UN TELEGRAMA DE JULIO ANTONIO: CHACÓN EL PAYO QUE MEJOR HACIA EL CANTE

José Manuel Castañón va a editar otro libro de Julián Cañedo. Un libro de tema más amplio: *Entre bruma*. Un libro de recuerdos, de memorias, uno de esos libros que tienen la obligación de escribir los hombres que conocieron aquellos años, que los vivieron, que fueron en alguna proporción sus protagonistas.

Digo que tienen «obligación» porque gracias a los libros de esta naturaleza podrá escribirse mañana la pequeña historia de los primeros años de nuestro siglo. Que la Historia, a fin de cuentas, se nutre de anécdotas, de episodios personales, de estampas costumbristas, de todos esos pormenores que un hombre viejo puede recordar deshilvanadamente, «entre bruma».

En este próximo libro Cañedo puede contar, y lo hará seguramente, su peripecia de escultor. Se aficionó a la escultura por su amistad íntima con dos grandes escultores españoles: Sebastián Miranda y Julio Antonio.

—Sebastián Miranda me presentó a Julio Antonio, a poco de llegar éste a Madrid, en una fundición de la Guindalera. Fuimos muy buenos amigos. Teníamos aficiones comunes: los toros el cante... Julio Antonio tocaba la guitarra y cantaba por «solcares».



El periodista, el autor y el editor comentan paseando la colección «Tema Ibérico»

¡Qué lastima que muriera tan joven!

Julián Cañedo brindó a Julio Antonio su estudio de la calle de Juan de Mena. Y en este estudio, que compartían los dos, debió modelar Julio Antonio el busto de Cañedo que figura en la serie de los Bustos de la Raza.

—El gran éxito de Julio Antonio, su revelación ante el gran público, fué un mausoleo que hizo a un oficial muerto en la guerra de África. El público hacía cola para contemplarlo. ¡Pobre Julio! Me puso un telegrama a Oviedo, donde yo me encontraba entonces, diciéndome: «Venga a compartir el triunfo!...» Pocos días después ingresaba enfermo del pecho en el hospital.

Los toros y el cante andan siempre cerca. Y Cañedo fué y es, aficionado al «cante». Al bueno. Al verdaderamente «jondo». Y conoció, y trató, y oyó muchas veces a un «cantaor» que hizo época, cuya categoría artística y humana llevó a todos a tratarle de don: a don Antonio Chacón.

—El payo que ha cantado mejor. Los demás «cantaores» le respetaban mucho. Recuerdo que Juan Mojama y Manuel Torres decían a sus espaldas que era una porquería, que no valía «nán» Pero llegaba él y le llamaban don Antonio y no se atrevían a rechistar, porque cuando él abría la boca, cuando se le hinchaba el papo borraba a todos. ¡Cantaba que levantaba ampollas!

Tenía un aire señorial. Llevó unos años bisoñe, pero luego se lo quitó. Era muy señor en todo. En sus reacciones y en sus gestos. ¡Había que verle beber un vaso de vino! Lo hacía con tal elegancia, con tal gusto y pausa, que parecía beberse hasta el cristal.

Y Cañedo apura con un ademán ritual un invisible vaso de vino dorado. Y sigue recordando:

—Era espléndido. Y como artista, muy regular. Siempre cantaba bien. Torres, que también era muy bueno, a lo mejor se pasaba dos días que no había quien le escuchara.

Hemos llegado ante una fuente situada al final del paseo por el que se entra al Retiro desde la plaza de la Independencia. Julián Cañedo se queda unos momentos contemplándola.

—La fuente de la Alcachofa. Chacón cantaba una copla en la que se refería a ella... A ver si me acuerdo...

Y se reconcentra con ese extraño aire, medio de trance, medio de éxtasis, que adoptan los «cantaores» al borde del comienzo de la copla. Y recita, y poco falta para que canturree por lo bajo:

Calle de Atocha, calle de Atocha  
antes que yo te olvide  
se secará la fuente de la Alcachofa.

Nos despedimos. Con Julián Cañedo—parecía, junto a su sobrino, Mefistófeles junto a Faust—se alejan en la dorada mañana de otoño todos esos años extraordinarios de los comienzos del siglo XX, que pertenecen al siglo XIX. ¡Los caballos sin peto, las estocadas de Machaquito, el torero de Belmonte y el cante de don Antonio Chacón!

Diego JALON

(Fotos de Aumente.)

# AZORIN, EL PEQUEÑO FILOSOSO

Por Anna KRAUSE

REANUDA en este número EL ESPAÑOL una de las antiguas secciones de su primera época: «Libros sin abrir». En ella se darán, como era costumbre, los extractos de obras próximas a ser lanzadas al mercado por las editoriales españolas. Esta sección que alternará con una periodicidad relativamente uniforme con «El libro que es menester leer», servirá para anticipar las primicias de unos libros cuyo valor indiscutible les haga dignos de ser conocidos por nuestros lectores.

Iniciamos la sección con un interesante libro de una escritora norteamericana, de Los Angeles (California), sobre Azorin. La obra, realizada con sumo cuidado y auténtica meticulosidad científica, da un exacto cuadro de la producción literaria e incluso filosófica del genial «pequeño filósofo». En nuestro resumen hemos pretendido resaltar algunos conceptos fundamentales de la obra aunque respetando siempre absolutamente el lenguaje del autor.

Krause (Anna): «Azorin, el pequeño filósofo. (Indagaciones en el origen de una personalidad literaria)». Traducción de Luis Rico Navarro. Prólogo de Amancio Martínez Ruiz Espasacalpe, S. V. Madrid, 1955.

HACE tiempo que siento deseos de dar a conocer de algún modo el placer que me proporcionaron a través de los años los escritos de José Martínez Ruiz, mejor conocido por «Azorin». ¿Debia este homenaje tomar la forma de una antología a base de una selección de sus escritos más prominentes con destino a los estudiantes de español en los Estados Unidos? ¿O debia consistir en una traducción al inglés de sus obras literarias más conocidas que pudiera contribuir a difundir su arte característico entre un amplio círculo de lectores?

## AZORIN Y SANTAYANA

Una reciente experiencia, la lectura de *Realms of Being*, de Jorge Santayana, decidió la cuestión definitivamente en favor del presente estudio o crítica.

Lo que me impresionó en esta obra fué no sólo su profunda sabiduría y su belleza persuasiva de expresión, sino también una indefinible sensación de analogía, un «sinfronismo», como habría dicho José Ortega y Gasset, entre el en un tiempo profesor de Harvard nacido en España y educado en los Estados Unidos y su compatriota y contemporáneo Azorin.

Van Meter Ames, en *Proust and Santayana: The aesthetic Way of Life*, ha hallado muchos puntos similares entre el novelista francés y el filósofo americano. ¿No hay igualmente una base para asociar los nombres de Azorin y Santayana?... Aunque la naturaleza y la extensión en el logro de sus creaciones es completamente desemejante, el asociar a estos dos artistas de herencia mediterránea, aunque sólo fuera sumariamente, podría conducirnos a un más perfecto entendimiento de la complicada personalidad literaria de Martínez Ruiz.

Ello podría ayudar también a esclarecer el significado, si lo hay, que se esconde detrás del epíteto pequeño filósofo usado por Martínez Ruiz durante los primeros años del siglo.

El hecho de que ambos artistas—Azorin y Santayana—poseen una herencia cultural similar, la herencia castellana, mediterránea y católica, explican en gran parte su actitud similar hacia la vida. Las reacciones de Azorin ante las verdades de la existencia, su aspiración de vivir en el ideal, que le ha llevado a escalar las alturas del esfuerzo creador, todo se hace más inteligible cuando se ve reflejado en la filosofía de Santayana como fondo. El autor de *Realms of Being* es el poeta-filósofo en el sentido profundo de la palabra, aproximándose a Platón, así se ha dicho, en la belleza de expresión. En temperamento, Santayana es el «humanista para ser leído como Spinoza, no tanto por sus doctrinas teóricas como por sus opiniones sobre lo que constituye la vida perfecta y por su medida de valuación en arte y en moral». En este aspecto Azorin tiene mucho de común con su ilustre contemporáneo. Fué en el ideal humanista que Azorin halló, durante los años de transición, sus respuestas al problematismo filosófico, que fué la preocupación de Baroja y también, en grado notable, la de Unamuno. A la luz de este ideal, su vida y sus hechos aparecen en una perspectiva más clara.

## AZORIN Y BAROJA

La crítica literaria y social es cultivada por Azorin con gran seriedad en las dos obras publicadas en 1899: *La evolución de la crítica* y *La sociología criminal*. Al año siguiente Azorin se entregó al estudio del carácter nacional y a las pasadas épocas de España, terreno en el cual había de producir sus más sobresalientes obras. *Los hidalgos* y *Alma castellana* aparecen en 1900. *La fuerza del amor* y la novela *Diario de un enfermo* se publicaron en 1901. Los dos últimos libros son testimonio de una nueva amistad que había de afectar profundamente las actividades literarias de Martínez Ruiz a principios de siglo, a saber: la amistad con Pío Baroja; *Diario de un enfermo* refiere la excursión que hicieron los dos amigos a Ter-

ledo en compañía de otros jóvenes intelectuales a fines del año 1900.

Baroja dió su versión a las circunstancias que condujeron a conocerse los dos jóvenes en una carta escrita desde París en ocasión del homenaje de Aranjuez en 1913. Azorin no concreta en su libro *Madrid*. Sin embargo, en el epílogo que escribió para Pío Baroja en su rincón corrobora el hecho de que la prosa simple y sincera de Baroja le producía un efecto extraordinario. Recuerda la experiencia en un diálogo entre su yo juvenil y su yo maduro, reminiscencia de un artificio usado por Leopardi.

No cabe duda de que el encuentro con Baroja marcó un hito importante en el desarrollo artístico de José Martínez Ruiz. Avidamente receptivo a este nuevo estímulo, como anteriormente a la confianza expresada por Clarín se convirtió en el más leal de sus amigos, como Baroja mismo afirma en *Juventud egolatría*. Los vínculos de esta duradera asociación descansaban sobre bases más sólidas que las ideológicas, que en el correr de los



José Martínez Ruiz, «Azorin»

años llegarían a diferir en muchos puntos; la controversia referente a la existencia de la generación de 1898 es simplemente una de ellas. En carácter y en cultura eran, igualmente, completamente opuestos. Martínez Ruiz era el ardiente levantino que tenía que hablar años más tarde con orgullo de su herencia griega y árabe; Baroja era un perspicaz vasco del verde y brumoso Norte, una región destinada a desempeñar un importante papel en los viajes del joven crítico monovero. Martínez Ruiz había descubierto en Baroja a un hombre que estaba bastante dentro de sí mismo. Como Clarín, era estudiante de Filosofía y hombre de las provincias del Norte, y ejerció, como lo hizo el primero, una influencia coercitiva de suprema importancia para quien estaba en el período de transición entre la juventud y la madurez. Ambos eran librepensadores. Baroja reaccionaba con la misma hipersensibilidad que Martínez Ruiz ante los aspectos primitivos y retardados de la vida española. Ambos eran igualmente francos, como críticos, de los defectos nacionales, y seguidores de las más avanzadas corrientes del pensamiento europeo. Baroja, además, conocía a fondo las enfermedades psicológicas de su generación, su inadaptabilidad a la vida contemporánea, que había de convertirse en el tema de su «Camino de perfección» y de «La voluntad», de Azorín.

Si las relaciones espirituales entre los dos escritores se ajustaron al modelo de escrito por Clarín en su historia *Cristales* es aventurado afirmarlo. Azorín confiesa que sintió un raptó de envidia al leer la prosa de *Vidas sombrías*. ¿Sirvió la amistad con Baroja como un espejo en el que vio reflejadas sus imperfecciones, así como sus potencialidades? La carrera literaria de Baroja, en contraste con la suya, se desarrolló rápida y regularmente después de la publicación del primer volumen, ensalzado de forma tan entusiasta por Martínez Ruiz. El 25 de marzo de 1902, amigos y admiradores—entre ellos Juan Bautista Amorós (Silverio Lanza)—organizaron un banquete para rendir un homenaje al afortunado novelista. La influencia que Baroja había de ejercer sobre Azorín data probablemente desde estos días. En la segunda parte de *La voluntad*, Antonio Azorín observa con cierta amargura que su nombre fué omitido en la referencia dada en un periódico de los que tomaron parte en el homenaje en honor de Baroja, siendo el iniciador y principal organizador.

#### APARECE AZORIN

Gómez de la Serna ha dicho «la neurastenia literaria o crisis de melancolía y de suicidio elegante» expresado en el *Diario de un enfermo*, tocaron a su fin cuando Martínez Ruiz entró de redactor en el periódico *El Globo*, probablemente en 1902. Una prueba más permanente del fin de esta crisis interior puede hallarse, a mi parecer, en la aparición del seudónimo Azorín (apellido muy común en Yecla), como símbolo de renacimiento espiritual. Martínez Ruiz describe su nombre de pluma como breve, sonoro y significativo. Al adoptarlo tal vez pretendió captar la brevedad y sonoridad de Clarín, Aramis, Figaro. Tal vez quiso expresar exotéricamente en un anagrama trisílabo el oculto destino de su portador, José Augusto Trinidad Martínez Ruiz. En sus recientes *Memorias* se ha inclinado a la importancia del oculto significado del número tres en su vida.

Por una licencia poética, Azorín, de azor, pudo por ventura, que este seudónimo era portador en sus aligeras sílabas de un mensaje trascendental recogido de Flaubert, Nietzsche o Clarín? Flaubert, admirado maestro del joven estilista, se describía asimismo como enamorado del vuelo del águila real y, al propio tiempo, de los pequeños actos de la vida.

Por una licencia poética, Azorín, de azor, pudo haber simbolizado la pequeña águila, y así corresponder con el epíteto escogido de pequeño filósofo. En 1901, Martínez Ruiz se iba acercando a los treinta años de edad. Fué a los treinta cuando el corazón de Zaratustra cambió y se puso en marcha con su águila y su serpiente, después de diez años en la guardia de sus pensamientos. La intrépida águila, y no la sumisa paloma, fué el supremo símbolo de Zaratustra. Su valor, su humano valor, era sutil, espiritual e intelectual.

#### EL AZORIN DE LAS «CONFESIONES»

El tema del tiempo proporciona el punto de

partida para un autorretrato presentado en las series autobiográficas: el de Azorín muchacho en las *Confesiones de un pequeño filósofo*. Buen número de asociaciones convergen, como ya hemos anotado, para producir esta obra. Como nietzscheísta, vió estos seis, ocho, diez años de confinamiento en un colegio religioso como una influencia entorpecedora que le hizo difícil un ajuste equilibrado en la vida. En las *Confesiones* es el poeta filósofo el que reflexiona a través de las vistas del pasado para volver a descubrir su yo de la juventud. El marco para este retrato, la terrible ciudad de Yecla, con su austero colegio, aparece ahora trasfundida en poesía. Los duros contornos son suavizados, la luz dulcificada. En este escenario enmudecido, la pensativa figura del muchacho Azorín se presenta en una perspectiva armoniosa. Cualquier protesta contra este ambiente represivo, donde la tristeza y el tedio, los dos grandes enemigos del hombre, entraron por primera vez en su vida, está velada ahora por un apacible humor. En una serie de inolvidables bosquejos, donde la poesía y la psicología están sutilmente combinadas, recuerda los funestos preparativos para la partida en otoño.

Si esta mirada retrospectiva hacia los pasajes de la niñez proporciona un significado para el mejor entendimiento de Antonio Azorín, el tímido y taciturno joven de la voluntad, también revela el perfil del yo idealizado, el poeta y el filósofo. En la galería de los retratos de la familia, que le proporciona los temas para algunas de las más deliciosas páginas de Antonio Azorín y de las *Confesiones*, dos figuras hay significativas ilustrando el poder de la herencia. Está el bisabuelo paterno, cuyo retrato halló Azorín colgado en a casa del tío Antonio, y el primo de su madre (Miguel Amat), presentado en Antonio Azorín como el tío de Pascual Verdú.

La práctica de Azorín de rectificar o revocar las primitivas opiniones, señalada por Casares, ha desconcertado a otros críticos contemporáneos. Angel Cruz Rueda ha indicado recientemente que Baroja, hablando con motivo del homenaje ofrecido a Azorín en Aranjuez, se refirió a este rasgo como siendo una admirable prueba de probidad intelectual. Por nuestra parte, creemos que una de las virtudes de ser un pequeño filósofo estriba en la actitud para reprimir el juicio apasionado (eclipsar su estrella, como habría dicho Azorín), gracias al cultivo de la objetividad (serenidad), como él ha hecho.

La actitud de Azorín hacia cuestiones religiosas, especialmente, condujo a un malentendido por los años en que Baroja escribía su semblanza. Escribiendo sobre el catolicismo de Azorín, Jorge Santayana dijo: «Martínez Ruiz, como la mayoría de los literatos españoles contemporáneos, es católico por el corazón; por el cerebro, indiferente. Diré más, sin temor a engañarme: Martínez Ruiz es místico; su alma está agitada por una racha ardiente de ese misticismo nostálgico, que en nuestras áridas tierras castellanas ha sido siempre como el esfuerzo supremo por desprenderse de la envoltura carnal. Misticismo maleado por la corriente impetuosa del pensamiento, que va desde los enciclopedistas hasta Nietzsche; misticismo que sería ferviente y de buena aleación si Straus y Renán no hubiesen existido.»

#### TIEMPO Y ETERNIDAD

José Ortega y Gasset, en su ensayo crítico de *Primores de lo vulgar*, fué el primero en señalar la importancia del tiempo para Azorín. El autor de *Un pueblecito* está presentado en este ensayo como el artista que aspira a detener el movimiento del tiempo y de la transformación que está llevando lo pintoresco y castizo en España a una irrevocable destrucción. Azorín es el moderno Josué, dice Ortega y Gasset, que aspira a petrificar estéticamente lo vulgar y lo insignificante. Azorín, además, aproxima el pasado por medio del sentimiento; es el sensitivo de la Historia.

En las *Confesiones* el principio de repetición e identidad se convierte en una realidad para Azorín, mientras contempla su pasada vida y revive en otros los vagos temores y las aspiraciones de su niñez. En *Los pueblos*, donde el tema aparece de nuevo, la disposición de ánimo es objetiva. Las *Confesiones* le proporcionaron el éxito literario por el que él luchó con tanto ahínco. Ahora puede presentar abiertamente al mundo sus breves bosquejos en forma de ensayos, ensayos sobre la

vida provinciana. Todavía es el pequeño filósofo que hace comentarios sobre la vida en las tranquilas ciudades de Adalucía y de la costa cantábrica. Pero puede proclamar abiertamente su afinidad con los poetas, cuyo destino es elevarse sobre la vida material y cantar incesantemente. Como poeta es un vidente del alma de las cosas, que percibe su unidad con todas las formas de la vida. El que ha vivido mucho, aquel cuyo espíritu ha sido purificado por una crisis moral, únicamente puede sentir una mística unidad con la vida universal, ser un egregio panteísta, afirma. La armonía de su propia alma encuentra su reflejo en la armonía de las cosas. Y dócil a ese secreto o manera de divinación enunciado en Antonio Azorín y las *Confesiones*, adivina la tranquilidad plenitud de la vida espiritual de las cosas y las gentes que le rodean.

Este es el tema sobre el que proyecta el tema de la eterna repetición en *La novia de Cervantes*. Al asociarse con el autor del *Quijote*, el tema de la eterna repetición toma una nueva dignidad de un sabor enteramente español. Gana también en atractivo poético al ser engarzada con el tema del amor y la belleza femenina, encarnada en la encantadora Rosita Santos Agudo, de Esquivias. Verdaderamente, la romántica provinciana añade una alegre nota decorativa en los bosquejos de *Los pueblos*, una obra que refleja el gozoso estado de ánimo de Antonio Azorín. Es como si el poeta filósofo, el proveedor de justicia y belleza al dominio de la materia (donde la laxitud y la decadencia alcanzan a todas las cosas), fuera otra vez buscando el modo de detener el movimiento del tiempo. La mujer hermosa, como todas las cosas bellas, debiera ser eterna, parece decir, y es solamente el artista creador, aquel que mora en los dominios del espíritu y de la esencia, el que puede consumir este milagro en la tierra.

En *Castilla*, la obra más acabada y personal de Azorín como escritor y como artista, el autor, al interpretar el motivo de la eterna repetición, consiguió lo que parecerá a muchos lo más elevado de su arte. En la *Tragedia de Calisto y Melibea* es nuevamente el poeta y el filósofo el que comenta sobre el cambiante modelo de blanco en azul en el círculo fatal del tiempo, trayendo de vuelta todas las cosas.

Puesto que el principio de permanencia y mutación es el más esencial del arte de Azorín, no es sorprendente verle tornar de nuevo a la vuelta eterna en una obra que corona el segundo período de su carrera creativa, «Doña Inés». Esta obra fué compuesta en el resplandor crepuscular de un momento victorioso en su vida de artista, en que fué elegido miembro de la Real Academia Española. Representa la consumación de su labor artística, acometida en 1902 con su más importante aventura novelística: *La voluntad*. En los años que median entre estas dos producciones extrajo inspiración de las pasadas modas literarias afinando en sus obras manifestaciones congeniales del arte y del pensamiento del siglo XIX. En *Doña Inés* estos abigarrados cabos son urdidos en una madeja final—romanticismo, simbolismo, naturalismo, clasicismo—, creando la suprema síntesis, antes de dejarla de lado por otra nueva. Las últimas novedades de la estética contemporánea eran proporcionar los materiales para las nuevas obras, en las cuales un nuevo yo literario, Félix Vargas, emerge. Rilke y Evrenioff fueron los artistas que estimularon los nuevos sincronismos; expresionismo, surrealismo, eran las nuevas modas literarias. *Doña Inés* señala, no obstante, otra encrucijada en el camino.

En este momento, mirando al pasado antes de embarcarse en el nuevo jalón espiritual, Azorín presenta el tema de la eterna vuelta en su forma más intrincada y caprichosa. El artificio engañoso de sensaciones de las cuales ha extraído el retrato de su niñez, adquiere ahora una elevada sofisticación al reflejarse en la vida íntima de Doña Inés, la romántica, y en el contemplativo tío Pablos, facetas duales de su propio ser. El tiempo es la tragedia personal de doña Inés, que ve avanzar hacia ella el otoño de su vida. El tiempo es también la tragedia de ese amable caballero y artista que es el tío Pablo, cuya exaltada sensibilidad por los acontecimientos futuros (el mal de Hoffman) hace imposible para él disfrutar plenamente la felicidad presente.

#### LA MEDIDA DE UN HOMBRE

Fuó bajo la bandera de la verdad como Azorín, a los veinte años, dió principio a su carrera li-

teraria. La sinceridad fué la consigna del crítico social y periodista militante, esparciendo la ilustración entre sus contemporáneos. El había de experimentar en todo su rigor la verdad de las palabras de Moratin, citadas en el prólogo a *Buscapiés*, de que la sinceridad es una virtud trágica, aunque la censura y la protesta no le disuadieron de presentar los hechos con franqueza tal y como él los veía. Su experiencia en *El Mercantil* fué precursora de incidentes similares en Madrid; el primero de éstos fué su destitución del cuerpo de redactores de *El País* en febrero de 1897, ocasionada por sus declaraciones referentes al matrimonio y la propiedad privada. Martínez Ruiz progresó invariablemente, recibiendo un puesto muy apetecido en *El Imparcial*, y en 1905, empezando su colaboración en el conservador *ABC*, que había de continuar veinticinco años.

Una de las lecciones aprendidas por el joven periodista durante estos diez años de variadas experiencias periodísticas fué la de no tomar muy en serio las filiaciones políticas. El autor da sus razones en *La voluntad* cuando describe la desilusión de Antonio Azorín. Sus comentarios en la misma obra sobre Pi y Margall, que Murlett halla desconcertantes, son simplemente otra indicación de que el idealismo del joven republicano había seguido su curso. El discípulo pone en tela de juicio la sabiduría de Pi al adherirse a un código moral inflexible cuando el destino de la España republicana estaba en sus manos.

Al final de la segunda parte de *La voluntad* Antonio Azorín, desalentado por la frivolidad, la ligereza y la inconsciencia de la vida literaria, política y periodística de Madrid, decide dejar la capital y volver a provincias. Después de citar a su protagonista como un símbolo de una generación irresoluta y sin voluntad, el autor añade que la desintegración de los ideales del siglo XIX de los cuales es una víctima, conducirán, sin ninguna duda, a alguna nueva síntesis.

Como corresponsal, en 1904 y 1905, de los periódicos *España* y *El Imparcial*, Azorín asistió a las sesiones parlamentarias, donde le fué posible observar a las distinguidas figuras públicas de su tiempo. Su filiación era ahora con los conservadores, quienes durante estos primeros años del reinado de Alfonso XIII, y bajo la dirección de Maura, Silveira y otros, prometieron aportar nuevas y efectivas soluciones a los viejos problemas del Estado español.

Como partidario de Maura, Azorín pudo dar vida a su juvenil ambición de entrar en la vida pública al nombrarle diputado a Cortes por el partido conservador en 1910. La segunda edición de las *Confesiones* fué dedicada a don Antonio Maura, ya quien debe el autor de este libro el haberse sentado en el Congreso, deseo de su mocedad.

Otro hombre de estado, un levantino, como Maura (y Martínez Ruiz), fué el nuevo héroe a quien dió Azorín su sincera adhesión: Juan de la Cierva, elegido por Maura para ministro de la Gobernación. En uno de los momentos más difíciles para La Cierva, Azorín acudió en su defensa con la monografía *La Cierva*. Se comprende que este político, al volver al Poder, se mostrara agradecido al publicista que lo defendió. Apoyado por La Cierva, obtiene Azorín de nuevo un acta de diputado, en 1914, por Puenteareas, y en 1917 lo era por Sorbas (Almería). Después de esta prueba de cordialidad, a la que siguió el encargarle por segunda vez de la Subsecretaría de Instrucción Pública en 1919—la primera fué en 1917—, Azorín continuó siendo vocero de los triunfos de La Cierva, de quien prologó otros discursos además.

Las raíces de la admiración que sentía Azorín por los hombres públicos tales como Maura y La Cierva, han de ser halladas, sin duda, en el hecho de que para él el hombre de estado era el característico hombre de acción, quien, contrastado con el tipo de hombre contemplativo, poseía el secreto de su perfecto ajustamiento al reino de la materia. Como nos ha recordado en distintas ocasiones la diversidad, el cambio, la arbitrariedad y lo impredecible, eran las leyes de este reino. Aquí se entroniza el Poder, un hecho del cual el hombre espiritual es bien sabedor y al que respeta sabiamente. Los atributos del hombre de estado como el perfecto hombre de acción han sido presentados por Azorín en el tratado de *El político*, que continúa la tradición del *Oráculo manual*, de Gracián, y *El príncipe*, de Maquiavelo.



# TRINCHERAS <sup>y</sup> GABARDINAS PARA CABALLERO.

Un "NO" a la lluvia

Un "SI" a la moda

Estas dos cualidades las encontrará en nuestras trincheras y gabardinas, porque:

- \* Son modelos completamente nuevos.
- \* Sus tejidos, de excelente calidad, están impermeabilizados fibra a fibra.

Colores: Tostado, gris-humo, madera, azafata, mostaza...

TRINCHERAS,

850 pesetas

GABARDINAS,

1.185 pesetas

PLANTA TERCERA

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"

SOLICITEN CATALOGO

ENVIOS A PROVINCIAS



# EDUCACION ESTADISTICA

Por Eduardo M. López Rozas

Toda manifestación de orden económico, demográfico o cultural, por señalar simplemente tres facetas de la vida humana, necesita de unas unidades numéricas de medida que sirvan para poder conocer su desarrollo en el tiempo, en la cantidad y en la calidad. La ciencia estadística las proporciona.

Si un signo de nuestro siglo es lo atómico, lo nuclear, no hay que olvidar que a ello han contribuido en gran parte los métodos estadísticos. La estadística, hoy, lo abarca todo; todo es suyo y todo lo mide. La estadística es elemento imprescindible para aquel hombre que haya de realizar cualquier estudio, por simple y elemental que éste sea.

Por ello, si las series estadísticas, las series que abarcan datos ordenados por años, son útiles lo mismo como instrumento de gobierno que como elemento de negocios, si de las series estadísticas se beneficia toda la comunidad—puesto que del examen de los fenómenos generales medidos en números pueden salir no sólo disposiciones de tipo particular, sino órdenes y realizaciones que pueden cambiar en un cierto espacio rápido de tiempo la situación económica de una nación y, por tanto, la de sus habitantes—, es lógico que a la obtención del beneficio contribuyan, en su justo esfuerzo y posición, todos los habitantes de la nación.

Si hay muchas educaciones cívicas, una de ellas, y de las más importantes, es la educación estadística. Y esta educación consiste, ni más ni menos, que en facilitar con exactitud, veracidad y prontitud cuantos datos numéricos e impersonales sean solicitados por los organismos oficiales, científicos y solventes, encargados de hacerlo.

El máximo valor de una columna de números expresiva de la situación localizada en un determinado tiempo de un fenómeno económico, o de cualquier otro tipo de los que antes nombramos, es su exactitud y su rapidez. Quiere ello decir que los datos que allí se muestran tabulados y clasificados responden a la obtención de muchas declaraciones de muchos individuos. Si estos individuos al consignar sus respuestas, las hacen falsamente—bien sea por negligencia o por intención apuntada y firme—, ello conduce a que los datos participados arrastren una serie de errores que influirán luego en las medidas que por los organismos competentes se dicten para remediarlas, con lo que los que gobiernan mal en este caso no son los técnicos, sino los propios ciudadanos que critican las medidas tomadas. Una resolución sobre un dato falso necesariamente será una resolución errónea. La culpa la tienen, ni más ni menos, aquella o aquellas personas que declararon el dato.

No hay que olvidar que el facilitar datos de producción, de movimiento financiero, de edades o de cualquier otro tipo se hace, para las estadísticas del país, de una forma totalmente impersonal. Nadie va a ir a investigar sobre la vida privada del declarante ni nadie se va a fijar en su nombre ni en sus apellidos. Aquellos datos pasan rápidamente a unas fichas que son perforadas en las columnas correspondientes a la cantidad respectiva, y todo vestigio mínimo de nombre o identificación personal queda borrado, si es que antes pudiera existir.

Supongamos el caso de la necesidad de racionar el agua a una capital. Si por falta de interés de los habitantes la estadística de población de aquella ciudad no refleja de una manera exacta las edades, las personas y las categorías profesionales de todas ellas, lo más lógico es que las previsiones de reparto de agua no se acomoden a las necesidades vitales de los habitantes, con lo

cual la exclusiva culpa no es del que ordenó la distribución de acuerdo con los datos numéricos a la vista, sino de las personas que declararon falsamente y perjudicaron no sólo a ellas mismas, sino a toda la comunidad.

No puede ser, pues, más equivocada, por ejemplo, esa absurda costumbre en las mujeres de rebajarse la edad en las inscripciones censales, como si de su acción alguien se fuese a dar cuenta ya que en las clasificaciones del censo de la población aparecerán todos los datos, menos, eso sí, los nombres femeninos, sus letras, sus apellidos, sus acentos y sus ortografías.

Para adecuar los planes de industrialización y, en suma, tratar de elevar el nivel de vida de los habitantes de un país, los organismos competentes han de fijarse en las estadísticas de toda clase no sólo nacionales, sino de las regiones o provincias sobre las que han de recaer las futuras instalaciones fabriles. Naturalmente, si las estadísticas de que se dispone, a pesar de los esfuerzos y depuraciones de las entidades que las elaboraron, no responden a la realidad justa y precisa por deformación de las declaraciones en sus habitantes, el beneficio será, por fuerza, menor, y si el caso es grave, nulo. Con lo que, en vez de beneficiarse todos los habitantes, sin gasto alguno por parte de ellos, no solamente no se benefician, sino que pueden resultar perjudicados por el simple y sencillo hecho de no declarar justamente la verdad, una verdad que no lleva implícita ni recargos fiscales, ni multas, ni obtención monetaria de ninguna clase por tercera institución o persona.

El principal segundo efecto para la colaboración ciudadana en materia de declaración estadística es la rapidez. No hay que olvidar que toda elaboración de cuadros numéricos lleva su tiempo, a pesar de que hoy se disponga en España de modernísimas máquinas electrónicas que realizan en un par de semanas el trabajo que no hace mucho tiempo hubiera necesitado varios años. Sin embargo, si toda persona que recibiera un cuestionario lo contestase en el momento, las estadísticas se publicarían, indefectiblemente, mucho más modernas; casi podría decirse serían del día anterior, con lo que la prevención y eliminación de posibles perturbaciones en los negocios nacionales sería muchísimo más rápida y segura.

Toda actividad humana está relacionada, y mucho más en nuestros días, con una serie de fenómenos que guardan íntima conexión entre sí. Todas las actividades, tanto nacionales como personales, son susceptibles de ser medidas en números. Por ello cada vez se hace más precisa y más necesaria la tabulación de todas las actividades de los hombres en todos los ramos de la producción, de la enseñanza, de las ocupaciones, de la vida misma. En España, es el Instituto Nacional de Estadística la entidad encargada, por ley, de su elaboración. Todo hombre, toda mujer, por su propio bien, por el propio bien de los demás, tiene que tener el convencimiento de prestar este servicio a la comunidad. Una estadística puede resultar perfecta si son perfectas las colaboraciones de todos. Exactitud y rapidez en primer grado, que luego los beneficios generales se habrán centuplicado a lo largo del tiempo. Los números, más adelante, afirmarán la verdad de esta simple educación ciudadana.

Queda así, pues, la ciencia estadística como elemento imprescindible en la ordenación económica y cultural del hombre. Si para el hombre sirve, justo es que éste preste también su apoyo. La nueva utilización de la técnica del número proporcionará un beneficio para todos centuplicado.

## UN PINTOR INDIO EN LA BIENAL DE ARTE

# OSWALDO GUAYASAMIN, ARTISTA DE UNA NUEVA EPOCA

## SU PINTURA Y SUS POSIBILIDADES

### DE QUITO AL ORIENTE MEDIO EN BUSCA DE LA POSTERIDAD

*La III Bienal Hispanoamericana de Arte viene a coincidir, en el tiempo y en su profundo significado como expresión del nivel cultural y artístico de España y de los pueblos hispánicos, con la fecha histórica del 12 de octubre.*

*EL ESPAÑOL recoge hoy una de las figuras más originales y representativas de esta III Bienal. Un pintor ecuatoriano del máximo relieve y artístico. Sus cuadros están colgados en la Exposición de Barcelona. El nos hablará de su arte, de su inquietud ante el pincel y de otras muchas cosas.*

**N**O olvidarlo: Guayasamin, que en quichua significa «ave blanca que vuela», se ha posado en el parque de la Ciudadela de Barcelona, y ya hay quien hace vaticinios. Al dar esta noticia no se ha cometido ninguna indiscreción, pues aun no se ha nombrado el Jurado calificador de la III Bienal, ni se trata de sentar plaza de profeta. Sencillamente he seguido la trayectoria de su vuelo, de su incansable vuelo, pues es un viajero infatigable. Primeramente triunfó en Estados Unidos como «niño prodigio»; luego volvió a triunfar en América del Sur con su titánico «Huacayfán». De nuevo ha cantado victoria en Washington, en donde ha vendido cuadros por valor de dos millones de pesetas y la revista «Time», después de dedicarle dos páginas a todo color, lo ha de-

clarado el pintor más grande de este siglo de Hispanoamérica. Y eso que Guayasamin no le ha dado coba a los norteamericanos aprendiendo el inglés.

Aquí ya se le conocía a través de la Exposición antológica de pintores ecuatorianos; pero, quien no sepa aún nada de su persona, no imagine que es un nuevo Dalí ni un pájaro de presa como para indicar su apellido y sus continuas victorias. Es un hombre infatigable, de muchísima voluntad, que ha pintado cerca de 20.000 dibujos y 3.000 cuadros, realizando alrededor de cincuenta Exposiciones individuales, en un espacio de quince años. Pero en su constitución y en su trato sólo se observan signos que indican que es un temperamento sencillo y sincero. Es un hombre joven, bajo y más bien grueso. Su piel es cobriza; sus rasgos, abultados; sus ojos, brillantes. Es un magnífico conversador que expone sin titubeos lo que siente, lo que hace y cuanto desea. Viste más bien con desaliño, totalmente despreocupado de la pura apariencia, y luce una abundante cabellera negra.



Los gestos característicos del pintor ecuatoriano Guayasamin

—No es que presume de me-  
nas—me explica—. Es que aun  
no he tenido tiempo de pasar por  
la peluquería.

No me extraña. A veces tam-  
bién se ha olvidado de comer. Pe-  
ro de pintar, nunca. Es un artisa-  
ta nato. Le viene de casta.

### SU ABUELO EDIFICO MEDIO QUITO

En el Ecuador hay cerca de  
cinco millones de habitantes de  
ellos casi la tercera parte indios  
de pura cepa; muchos más mes-  
tizos; unos centenares de miles,  
blancos, y algunos negros. En la  
crestería andina y en la altipla-  
nicie habita el indio; en la selva,  
el negro, y en las ciudades, el  
mestizo. Por cada kilómetro cua-  
drado (el país tiene 450.000) hay  
por término medio diez personas.  
Sin embargo, los ricos no abun-  
dan. Es un país agrícola, en el  
que la economía se basa en el  
plátano, cuya producción quizá  
sea la primera del mundo. Pero  
la tierra, esquilada por las  
aguas torrenciales que bajan de  
los Andes, se resiste y no da mu-  
cho. El complemento de las fami-  
lias es la artesanía. Algunas  
han llegado a dominar tan dier-  
tamente el oficio que hacen ver-  
daderas maravillas. De padres a  
hijos transmiten el secreto de  
una técnica precolombiana e in-  
cluso preincalca. En cualquier  
pueblecito, perdido entre rocas o  
entre selvas, todavía se encuen-  
tran casimires hechos a mano,  
que compiten con los mejores de  
Gran Bretaña, y alfombras más  
fabulosas que las de Persia.

De una de estas familias artesa-  
nas procede Oswaldo Guayasamin  
Calero, indio puro por línea  
paterna, que nació en Quito el 6  
de julio de 1919. Quito y Méjico  
son dos centros decisivos en la  
historia de la cultura colonial.  
Para Guayasamin, Quito es más  
español que Madrid. Nuestra capi-  
tál se ha cosmopolitizado. Quito,  
no. Aun conserva el ambiente  
de nuestra Era de Oro en su  
arquitectura, en ciertas «callicetas»  
y en sus iglesias. Por cierto  
que en una de estas iglesias, en  
la de la Merced (el antiguo San  
Francisco de Quito) se acaba de  
descubrir un altar realizado en  
1838 por un Guayasamin. No hay  
en el Ecuador otra familia que  
lleve este apellido, a no ser la de  
Oswaldo, cuyos bisabuelos tatar-  
abuelos y demás antepasados  
eran unos expertos artesanos que  
tallaban la madera de los árboles  
de la selva. El abuelo paterno, lla-  
mado Pío, fué el primero que  
abandonó la tradición. Se hizo  
albañil y, allá por el 1900, cons-  
truyó él solo una gran parte de  
la ciudad de Quito, que entonces  
apenas llegaba a los 10.000 habi-  
tantes. En premio, el Congreso  
Nacional le otorgó espontánea-  
mente el título de Arquitecto «honoris  
causa».

### UN NIÑO DEFICIENTE Y VAGO

El padre de Guayasamin, na-  
cido en Sangolquí, un pueblo si-  
tuado a 25 kilómetros de Quito,  
esencialmente indio, no talló la  
madera ni construyó casas. Se  
dedicó a conducir taxis y a ad-  
ministrar una casa de vecinos  
de su propiedad, en la que na-

ció y creció el pintor. En esta  
casa, habitada por artesanos e  
«indiecitos», gente toda muy po-  
bre, adquirió Oswaldo su gran  
experiencia humana, su profun-  
do conocimiento del indio, del  
negro y del mestizo. En ella vi-  
vió y tuvo su estudio hasta ter-  
minar su «Huacaynan».

Oswaldo es el primogénito de  
su familia. Detrás van nueve  
hermanos. Uno, ya es militar;  
otro, arquitecto; y tercero, lu-  
chador de catch. Los demás son  
todavía demasiado jóvenes. La  
infancia del pintor no fue nada  
fácil. Fué expulsado de todas las  
escuelas primarias de Quito por  
deficiente, vago y falto de ta-  
lento. A Oswaldo le ocurrió lo  
mismo que a nuestro Ramón y  
Cajal. Como él, era un soñador,  
que en el vuelo de una mosca  
descubría un nuevo mundo de  
maravilla. Luego, para compli-  
car las cosas, aprendió el cam-  
mino de la biblioteca y se dedicó a  
leer a Julio Verne y Robinson  
Crusoe. La consecuencia de todo  
esto fué que al hacerse famoso  
mas de cincuenta profesores se  
enorgullecían de haberlo tenido  
por alumno, cuando justamente  
el nunca hizo caso de sus maes-  
tros y se fué formando a sí mis-  
mo en una continuada observa-  
ción del mundo circundante y  
una afición desmesurada por la  
lectura. Solamente el último año,  
el sexto grado, lo cursó con apro-  
vechamiento. Luego pasó a la Es-  
cuela de Bellas Artes, en donde  
se repitieron los viejos incidentes  
de la escuela primaria, porque  
nunca se dejaba guiar por los  
profesores y fué expulsado va-  
rias veces. Pero acabó imponien-  
dose, y a lo último fué considera-  
do como el alumno más distin-  
guido de la Escuela de Bellas Ar-  
tes en los últimos cincuenta años.

Antes de acabar sus estudios  
pictóricos se casó con una com-  
pañera suya, pintora y escultora,  
llamada Maruja, que conocía  
desde hacia siete años. Del ma-  
trimonio han nacido cuatro hi-  
jos. El primero, una hembra,  
Saskia, de catorce años, que lle-  
va el nombre de una de las mu-  
jeres de Rembrandt. Al segundo  
le puso el nombre de Pablo Dav-  
id, por todos los Pablo que hay  
en la pintura moderna: Pablo  
Picasso, Paul Cezanne y Paul  
Gauguin. Al tercero le impuso el  
de Juan Cristóbal, y al cuarto,  
otra niña, le dió el nombre poe-  
tico de Berenice, en la que el ar-  
tista refleja sus aspiraciones de  
ir siempre más allá, hasta el in-  
finito. Hasta ahora, Juan Cris-  
tóbal, que sólo tiene ocho años,  
es el único que ha demostrado  
dotes pictóricas. Ya es capaz de  
dibujar y copiar los cuadros de  
su padre.

Para cuidar y alimentar esta  
familiar y poder seguir pintan-  
do, Guayasamin se ha dedicado  
a todo, trabajando en las cosas  
más absurdas.

—Yo he recogido cacao en los  
muelles de Guayaquil—me di-  
dice—. Y muchos de los barqui-  
tos que surcan las aguas del río  
Guayas llevan un pomposo letre-  
ro dibujado por mí. Y por ahí  
navega algún mascarón que asu-  
ta los pájaros de la costa. Nun-  
ca tenía un centavo, y si lo te-  
nía era para comprar un tubo,  
que siempre me hacía falta.

—¿Más falta que el pan?

—Sí. Y lo digo sin modestia y  
sin pose. También he cantado  
por la radio. Muchas noches las  
he pasado tocando la guitarra y  
cantando ante un micrófono pa-  
ra luego poder comer y pintar al  
día siguiente.

Trabajando de una u otra ma-  
nera, pero siempre trabajando in-  
fatigablemente, sin desmayar ja-  
más. Guayasamin empezó a acu-  
dir a todas las exposiciones anua-  
les, en las que era admirado, y  
realizó también sus dos prime-  
ras exposiciones individuales.

### EL MECENAS

—Yo era un muchacho indio  
desconocido en el país—me dice  
el pintor—. Pero llegó en 1942  
Nelson Rockefeller y alguien le  
sugirió que visitara mi exposi-  
ción, que era la segunda que hac-  
cía. En vez de quedarse cinco  
minutos, que era lo que tenía  
calculado, considerando mi obra  
de tercera o cuarta categoría, se  
quedó dos horas y me compró  
cinco cuadros a un precio fabu-  
loso en aquel tiempo.

Nelson y Guayasamin hicieron  
buena amistad. El mecenas nor-  
teamericano había quedado bien  
impresionado por la obra de este  
indio oscuro, y consiguió que el  
Departamento de Estado de su  
país lo invitase a hacer una gira  
por los museos estadounidenses  
y a exponer allá.

El «indiecito» llegó a Estados  
Unidos en 1943. No sabía nada  
más que el español, ese castella-  
no dulce y acaramelado del Ecu-  
ador. Al bajar a desayunar al res-  
taurante del hotel donde se hos-  
pedaba pidió dos huevos a la co-  
pa, pero nadie conocía el idioma  
de los conquistadores, y tuvo que  
que recurrir a su habilidad de  
artista pintando un hermoso  
huevo. Pero los camareros tam-  
poco le comprendieron. Unos in-  
terpretaron el dibujo como una  
pera; otros, como una manzana,  
otros, como un melón. En vista  
de que no le entendían, concluí  
yo por extender una servilleta  
sobre el mantel y dibujar sobre  
ella todo el proceso de la crea-  
ción de un huevo. Primeramente  
pintó la gallina. Después trazó  
una flecha desde el trasero del  
ave hasta un suelo imaginario,  
en donde silueteó un huevo. A  
continuación trazó otra flecha  
que señalaba un cazo con agua  
hirviendo, y, por último, otra fle-  
cha terminaba en un plato que  
sostenía una copa y dentro de  
ella el dichoso huevo pasado por  
agua. Al fin le comprendieron y  
esta servilleta figura ahora en la  
colección particular de Rockefe-  
ller, como una muestra del genio  
expresivo y ancestral de los in-  
dios.

Las situaciones un tanto ab-  
surdas, un tanto cómicas y a ve-  
ces ridiculas se han repetido en  
los sucesivos viajes de Guayasamin  
a Estados Unidos, pues Os-  
waldo se resiste a aprender la  
lengua de Shakespeare, a pesar  
de que el país del Tío Sam ha  
encontrado otros tantos tios ri-  
quíssimos, admiradores entusiastas  
de su obra, que le han facilita-  
do considerablemente su labor.  
Pero el inglés no va con su es-  
píritu.

Parece ser que los tropiezos los  
tenía siempre al levantarse, pues  
al ir a desayunar un día crudo

de invierno señaló un plato de cuyo nombre se había encaprichado y por cuyo precio (tres dólares y pico) comprendía que debía ser algo despampanante. Se lo señaló a la camarera con la punta del lápiz, y ésta se sonrió un poco, pero no le contestó nada. Al cabo de un rato apareció con un carrito de servicio que conducía una inmensa cúpula totalmente cubierta de limpios trapos blancos. La camarera los fué destapando uno a uno con mucha ceremonia, y el buen Guayasamin, que tiritaba nostálgico de sus selvas tropicales, se encontró con un inmenso «puding» helado.

En este primer viaje a Estados Unidos Guayasamin recorrió todos los Estados de la Unión y todos sus museos más importantes, durante siete meses, exponiendo sus obras en diversos lugares. Allí quedaron varias obras suyas en la colección de Henry Wallace y en algunos museos. Apenas tenía veinticuatro años, y los periódicos y la crítica norteamericanos, tan amigos de las frases contundentes, le bautizaron con el nombre de «el niño prodigio». Al referirme esta ocurrencia, Oswaldo exclama:

—¡Caramba, eso que se les ocurrió me ha hecho mucho bien y mucho mal!

#### EL PRIMER PERIPLLO

Guayasamin comprendió en seguida que en la alabanza de ser un niño prodigio iba escondida y en germen su sentencia de muerte. Si a los veinticuatro años todos decían que había llegado a la madurez, era como vaticinar que desde ahora en adelante sólo se mordería el rabo. Oswaldo se rebeló contra esta profecía y adoptó la decisión más voluntariosa y drástica: matarse a sí mismo, al pintor que había sido hasta entonces. Y se encerró en su crisálida durante siete años, dejando que se olvidasen hasta de su nombre, y se puso a trabajar con una energía y un tesón formidables. Lo primero que tenía que hacer era moverse, cambiar de aires, conocer otras técnicas, otros hombres y otros países.

En 1944 va a Méjico, y Orozco le enseña a pintar al fresco. El dominio de esta técnica le servirá años más tarde (1948) para hacer un mural en la Casa de la Pintura del Ecuador, que es el primer fresco que se ha pintado en esta nación. En 1945 viaja por América del Sur. Recorre Perú, Chile, Argentina, Paraguay y Bolivia, tomando apuntes y exponiendo en sus capitales. En el intermedio de uno de estos viajes un día llega a su estudio un señor desconocido y le compra unos cuadros. Más tarde se entera de que han sido destinados al Museo de Arte Moderno de Nueva York. Por fin, cuando ya tiene todo un plan de trabajo en su cerebro, regresa a Quito dispuesto a pintar de firme.

#### LA CATEDRAL SALVAJE

Ahora se pasa los años recorriendo su pequeño Ecuador, esa tierra tan querida suya, que muy cerca del mar se levanta hacia el cielo hasta alcanzar los 6.500



«El viento», óleo de Guayasamin, 1954. Colección N Ison Rockefeller, Washington (Estados Unidos)

metros de altura, y que él llama «la catedral salvaje». Visita hasta el último rincón y convive con los negros, los indios de la altiplanicie, gente muy tranquila, e incluso con los colorados, que es una de las razas más primitivas que aun superviven en América. Indio él también, en su niñez hablaba el quichúa, pero ahora no. Sin embargo, se entiende perfectamente y comprende sus problemas y, sobre todo, los ve con pasión, con un dramatismo y una singularidad única. Nos explica:

—Recorrí los Andes, con sus nieves perpetuas; la Pampa devoradora, propicia a los hombres de heroísmo, y la selva oscura. En la sierra predominan el indio y el blanco, y en la costa, el indio y el negro, o el negro y el blanco. Pero siempre mezclados. Esto es lo estupendo. Creo fervientemente en el mestizaje. Es el poder de América.

En estos viajes trabaja febrilmente. Dibuja a tinta, a lápiz de color, a la acuarela y hace incluso pequeños óleos. Reúne así unos diez mil bocetos, que selecciona en tres grupos.

Después de recorrer todo el Nuevo Continente y de conocer palmo a palmo su país, de haberlo resobado con su retina ansiosa y sagaz, y de archivar una abundantísima colección de dibujos, que el más escrupuloso mu-

seo etnográfico del mundo pagaría a peso de oro, se halla en situación de enjuiciar a su país. No es, pues, un entrometido el que exclama:

—El Ecuador es la síntesis de todo lo que ocurre en América del Sur. Es una tierra de una fuerza telúrica tremenda. Yo sé por qué los pintores de América del Sur no son abstractos. El hombre y la Naturaleza tienen un poder tan extraordinario, que el artista no puede sustraerse a esta fuerza. El que sea abstracto allí, no es sincero.

—¿Y por qué viajaba? ¿Por el mero gusto de a dar y a ver?

—No. Mis viajes tenían una finalidad. Yo nunca me he movido sin sentido. En mi jira anterior por América del Sur ya llevaba una idea en mi mente. La misma que cuando visitaba las chozas más humildes de la selva y subía a seis mil metros de altura y desde las nieves perpetuas bajaba hasta los calores sofocantes del Ecuador. Ahí estaba el espinazo, la medula del Continente andino, en donde el hombre «arufia» la tierra, que es fértil, pero que no se da. Entonces tracé el plan. Había que hacer una obra que reflejase el problema universal de América, de la América mía, pero a través del habitante del Ecuador. Ya tenía la idea, la materia prima y los bocetos de



El pintor recuerda sus primeros años de su vida, sus proyectos...

lo que iba a hacer en los cinco años siguientes.

### HAMBRE, SOLEDAD Y TRABAJO

Al concluir este peregrinaje pictórico, Guayasamin vuelve a la casa paterna e inicia una tarea titánica. Durante cinco años permanece encerrado y se dedica a pintar diez, doce, catorce horas seguidas. No ve a nadie. Cada cuatro o cinco meses va al cine por la noche. Algún día no habrá en su casa nada de comer, porque, en siete años no vende un solo cuadro. No es por falta de compradores, porque ya es un artista conocido y a su estudio acuden admiradores de distintos países americanos; pero él no podía desprenderse ni de un solo lienzo, porque si lo vendiese se descompondría toda la obra que con tanto esfuerzo y tesón estaba realizando. Si no hubiera sido por una subvención de la Casa de la Cultura ecuatoriana, creada por el Presidente Velasco Ibáñez, el pintor, obligado por la necesidad, por el hambre de sus hijos, hubiese tenido que ceder al fin, y a su obra, como a la de tantos otros pintores, le hubiese ocurrido lo que a la tela de Népoleón.

—No es que yo sea un titán —me dice modestamente Guayasamin—. Pero me propongo una cosa y la hago. En mis largos viajes he conocido a grandes hombres con ideas espléndidas, con concepciones geniales, cuya fuerza se ha quemado en sus propias palabras. Me he dado cuenta que al artista no le basta con imaginar, con tener ocurrencias portentosas. Es imprescindible un cincuenta por ciento de voluntad de realización, que es lo que permite la creación.

A Guayasamin no le ocurre esto. Guayasamin planea y después ejecuta. En él se reúnen dos inimitabilísimas cualidades: la de la imaginación y la de la realización. Y como los grandes conquistadores e innovadores de la Historia y de la cultura, no se detiene frente al muro de las necesidades materiales y no le amedrentan los sacrificios. Esto le permitió hacer en cinco años quinientos cuadros, con una unidad espiritual, geográfica e histórica. Era la epopeya pictórica de su pueblo. De esas quinientas obras seleccionó cien, que dió a conocer en una exposición titulada «Huacayñán» o s. a. «El Camino del Llanto».

### LAS SINFONÍAS DE LAS RAZAS

—Hasta ahora, que yo sepa, en las exposiciones cada pintor ha reunido los temas más dispares —prosigue Oswaldo—; ha mezclado el desnudo con el paisaje, con el bodegón y el retrato. En «Huacayñán» yo no hice eso. Mi obra era más bien una sinfonía en tres partes. Cada una reflejaba a una raza a través del color, de la expresión y del tema. Vea usted: la sinfonía del amarillo se inicia en el primer grupo, en el mestizo, muy delgadito, casi diluido; se van condensando en los ocre de la fase india, para estallar en un pajizo purísimo en la temática negra. Lo mismo ocurre con la técnica: es expres-

sionista en el grupo mestizo, constructiva en el indio y abstracta en el negro.

Guayasamin entra en detalles y me explica que la parte mestiza del «Huacayñán» está realizada casi sin color, utilizando el blanco y el negro, a la medida de la pintura negra de Goya, con sentido expresionista para indicar que el mestizaje no está aún suficientemente cuajado. Casi todas estas obras están centradas en la ciudad, en donde el mestizo, representado a veces con la guitarra llorona, es un hombre atormentado y lleno de conflictos.

Los cuadros de tema indio ya están trazados con un poco de color, pero empleando las tierras, los ocre amarillos. La confección es muy serena, muy arquitectónica, eminentemente constructiva. En ellos se ve al indio tocando el arpa o el dulce pingullo, estático, pegado a la tierra, formando parte del paisaje de la montaña, como si fuese una piedra milenaria en el camino.

Los cuadros negros de traza abstracta son de colores brillantes. En ellos Guayasamin usa mucho los amarillos puros, los negros puros, los rojos puros. Son pinceladas que hieren la vista, que espolean la carne, muy sensuales. En ellos rebrilla la pasión y la lujuria al son de la marimba.

### LAS MUJERUCAS LE BESABAN LAS MANOS

Oswaldo Guayasamin expone estos cien cuadros de su «El Camino del Llanto» en Quito y Guayaquil, y obtiene un éxito apoteósico. Gentes humildes, «indiecitos» ignorantes, que no saben nada de pintura, se sientan impasibles durante horas enteras delante de sus cuadros, y negras gordas y grasientas lloran como Magdalenas.

—Yo me podría morir mañana, que mi nombre no se olvidaría —me dice Guayasamin—. Gente de la calle, una cocinera, un albañil, vinieron a besarme las manos. Mi pintura no es fácil, no es de cartel, pero yo puse toda mi alma y reflejé los temas más eternos, como el odio, el amor y la ternura. En la selva puse a la bruja; en la montaña a la religión, y en la ciudad, a los beatos. El pueblo me quería porque era un ejemplo de sus propias aspiraciones, de sus mismos sentimientos. Yo nunca me he considerado un creador, sino un secretario que interpreta lo que los hombres o la Naturaleza desean expresar. Yo no soy un pintor individualista. No soy de los que creen que el mundo gira en torno a ellos, ni creo que influya en mi obra mi estado de ánimo ni mis problemas personales. Para mí, la personalidad es la vitalidad de creador frente a las cosas que le rodean.

Por aquel tiempo se expuso en Caracas, como más tarde se haría en España, una colección de la pintura contemporánea ecuatoriana, en la que figuraban siete óleos de Guayasamin. Tanto impresionó este artista que los aficionados desearon contemplar una muestra exclusiva del indio quiteño. Esta petición coincidió con la clausura de «Huacayñán»

en Guayaquil. Entonces Jorge Rey, un buen amigo del pintor, le sugirió ir a Caracas. La exposición se presentó en el Museo de Bellas Artes en 1953. El poeta venezolano Manuel Felipe Rugeles le dedicó un poema, y Guayasamin vendió obras por valor de dos millones de pesetas. También le encargaron la ejecución de un trabajo en la avenida Bolívar, que es el corazón de la nueva Caracas, realizando la obra en mosaico de cristal de Venecia.

### UN POETA ESCRIBE EN EL CUARTO DE BAÑO

Guayasamin nunca ha perdido sus relaciones con los Estados Unidos. Justamente hace unos meses expuso en Washington una parte de «El Camino del Llanto», mereciendo el título de «el pintor más grande de Hispanoamérica». Este título ha sido avalado materialmente con la venta de cuadros por valor de casi dos millones de pesetas.

—Pero no crea que soy rico —se apresura a decirme Guayasamin—. Todo el dinero ha ido para allá, para mi familia. Económicamente estoy en la misma situación que cuando empecé. Sólo tengo una casa en Estados Unidos.

Pensando ya en una obra aún más gigantesca que «El Camino del Llanto», no ha dejado de trabajar en estos últimos años. Ya tiene cuatro mil dibujos sobre Nueva York. Por cierto que en Estados Unidos conoció e hizo un retrato de Juan Ramón Jiménez. Tardó en pintarlo diez jornadas. Un día se lo encontró metido en el cuarto de baño, cuya puerta había clavado por dentro con tablas para escribir una poesía con absoluta tranquilidad. Pero su señora no le dejaba tranquilo y desde fuera trataba de desclavar la puerta con un martillo y unas tenazas. Una tarde salieron a dar un paseo por un parque cercano a la casa del poeta. En esto pasó por allí una fila de colegiales, y al niño que iba a la cabecera se le ocurrió acercarse a Juan Ramón Jiménez y tirarle de la barbilla. A continuación, los demás chicos hicieron lo mismo, y todos le «jalaban» la barba. Tal vez porque el alma de Juan Ramón tenga algo de la de Platero, pudo el poeta aguantar esa afrenta medievales con benévola y sonriente paciencia. En cambio, Guayasamin no tardó en ver el reverso de la medalla cuando, en otra ocasión, le confesó a Juan Ramón que le gustaba Sibelius porque le recuerda el paisaje de su tierra. Nunca lo dijera, porque el poeta al oírle empezó a dar saltos y a gritarle en la cara que era un estúpido.

La afición por Sibelius y la música en general le viene a Guayasamin desde muy antiguo. Desde su época en que cantaba ante los micrófonos para ganarse el pan de cada día, o quizá desde antes. Guayasamin es un gran conversador. En su estudio le gusta reunir un grupo selecto de escritores y exponer sus ideas. Algunas veces, después de tomar unos copetines coge la guitarra y canta canciones nativas. Jorge Carrera Andraera, un ecuatoriano que vive en París, le hizo como pie de un cuadro, esta copla que

él canta con acompañamiento de guitarra:

*Yo quiero que a mi me entierren como a mis antepasados, en el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro.*

Los que le han oído dicen que canta bien. La Unión Panamericana le ha grabado unos discos. Otra de sus grandes distracciones es la lectura. Tiene una excelente biblioteca sobre arte. Todas las noches lee cuatro horas. Entre otras, tiene la obra de Max Dognier *La técnica de la pintura y su empleo en el arte*, que releo como si fuera la Biblia, y le ha servido de base para realizar muchos experimentos sobre colores, a los que es muy aficionado.

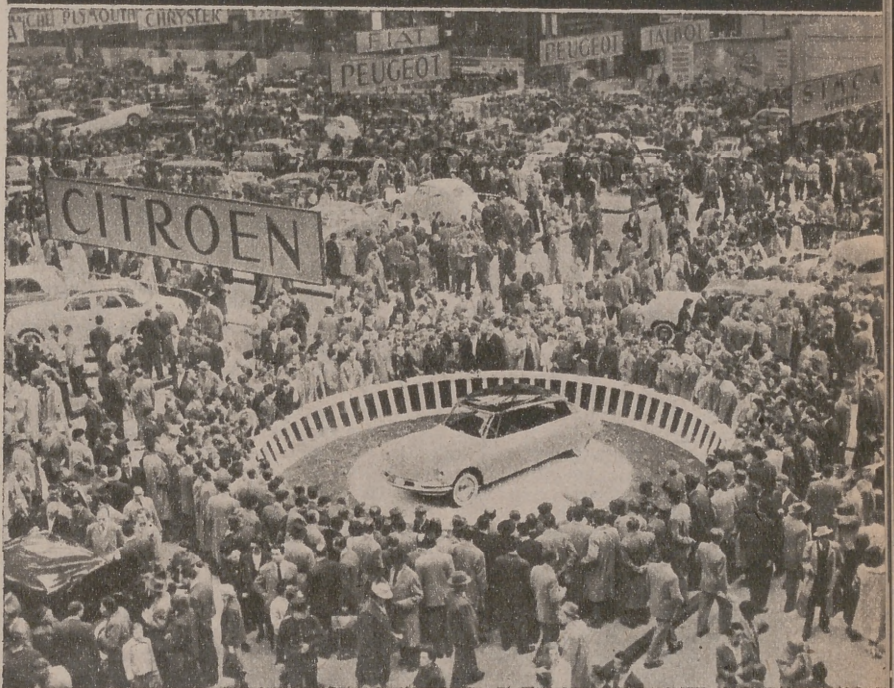
#### «EL HOMBRE Y NUESTRO SIGLO»

Oswaldo Guayasamin tiene en percha una obra aun más grandiosa que «El Camino del Llanito». Por ahora la titula «El Hombre y Nuestro Siglo». Constará de doscientas obras. Sus cuatro mil dibujos de Nueva York los hizo pensando ya en ella. Ahora se encuentra en España, adonde ha traído trescientos cuadros para la III Bienal, entre los que figuran algunos de «Huacayñán», como el tríptico de tema indio «Ataúd blanco», y otros nuevos, como «Origen», que acaba de terminar. A fines de mes expondrá seguramente en el Museo de Arte Moderno de Madrid. Piensa permanecer en nuestra Patria dos meses y medio, recorriendo nuestros pueblos y caminos, no a gran turismo, sino visitando nuestros más apartados rincones y tratando a las personas más sencillas y genuinas de nuestra estirpe. De España se llevará también otros cuatro o cinco mil dibujos. A mediados de 1956 realizará una exposición en el Museo de Estocolmo. Después se quedará en Europa cuatro años, recorriendo Francia, Italia, Inglaterra y haciendo escapadas al Próximo y Medio Oriente. Por último, volverá al Ecuador a encerrarse de nuevo, como un monje, en su estudio hasta que realice la obra concebida, cuya gestación calcula que tarde unos diez años. Claro está, mientras tanto no venderá ningún cuadro para no descabalar el gran proyecto. Una poderosa entidad cultural norteamericana seguramente financiará su trabajo, quedándose luego con los doscientos cuadros. Esto le interesa mucho a Guayasamin, no sólo por su seguridad e independencia económica, sino porque así sabe que «El Hombre y Nuestro Siglo» se conservará siempre reunido, y no le ocurrirá lo que a «Huacayñán», que se ha disgregado por toda América.

Esta obra nadie sabe si se realizará. Hay un hombre muy poderoso que confía plenamente en él. Por su parte, Guayasamin pone su talento, su férrea voluntad y su espíritu de sacrificio. Si en la cultivadísima Italia del Renacimiento hubo hombres que pudieron realizar una gran obra, por qué va a dejar de realizarla este hijo de la selva, este heroico prototipo de un mestizaje que será la mayor potencia de la América futura?

Octavio APARICIO

# SALON DEL AUTOMOVIL DE PARIS



## “PEGASO” YA ES UNA REALIDAD SENSACIONAL EN TODO EL MUNDO

### COCHES PARA TODOS LOS GUSTOS

Las cosas apasionan en la actualidad a los parisienses. Por orden de importancia son: el Salón del Automóvil y la crítica situación en el Marruecos francés. De lo segundo, mejor es no hablar.

En cuanto a la importancia que en Francia se concede al automóvil, hay que considerar que allí poseer un vehículo es algo relativamente sencillo y al alcance de casi todas las fortunas. Sin llegar todavía a los porcentajes alcanzados en los Estados Unidos, las estadísticas demuestran que tienen coche más de un 10 por 100 de los ciudadanos. Conducir por una carretera francesa —magníficas carreteras, por cierto— no es fácil, por el intensísimo tráfico que, de día y de noche, las cruzan en todos los sentidos.

Una vez en París —especialmente— al automovilista se le plantea una grave cuestión: el aparcamiento de su coche. Centenares de kilómetros de acera están permanentemente ocupados mientras millares de vehículos circulan por la calzada. Cada dos, cada tres años, el francés cambia de automóvil, después de haberle sacado todo el jugo posible.

#### AUTOMOVILES DEL MUNDO ENTERO

La guerra de mercados, la competencia, no sólo entre las marcas nacionales, sino frente a las extranjeras, han creado y robustecido una industria que es, hoy día, una de las más florecientes del vecino país. Al Salón del Automóvil, que este año, como los



Las novedades automovilísticas de todo el mundo acuden al Salón de París. La curiosidad es bien evidente

precedentes, se celebra en el Gran Palacio de los Campos Eliseos, concurren todos los fabricantes del mundo entero. Meses antes se desarrolla una incruenta guerra fría de espionaje, sobornos, propaganda misteriosa e intriga, en torno a lo que se supone será la «vedette» de la Exposición. Centenares de millones de francos se vuelcan en la consecución de informes, en la propaganda previa; miles de agentes recorren el país; se envían por Correos toneladas de impresos; se movilizan resortes políticos y financieros. Todo ello para crear, previamente, un ambiente de expectación en torno a uno o varios modelos, que marcarán hitos en la historia del motor mundial.

Paris, hoy aún, aparece cuajado de carteles anunciadores en todas las esquinas, adornando los escaparates de las tiendas lujosas, en los cines, en la Prensa, anunciando el acontecimiento anual: el XLII Salón del Automóvil.

Ni una habitación en los hoteles. A la superpoblación de norteamericanos de los últimos años hay que añadir la enorme cantidad de franceses de provincias que se desplazan para asistir a este acontecimiento.

El Salón se inauguró el día 6 de octubre. Ir el primer día era cosa ociosa, ya que incluso los invitados oficialmente tuvieron que hacer una larga cola para pasar, al galope, ante los cientos de modelos exhibidos. Las invitaciones para «cock-tails» y recepciones bastarían para alimentar y embriagar a una pequeña ciudad de provincias.

Esperamos, pues, al día siguiente:

Ya todos los periódicos habían publicado un ruego del prefecto de Paris, monsieur Dubois, en el que pedía a todos en general que fueran a visitar el Salón del Automóvil... ¡sin automóvil! El densísimo tráfico venía agravado en aquella zona de los Campos Eliseos, siempre desbordante de coches.

Hubo quien se creyó el único en desatender este consejo. En realidad fueron varios millares de automovilistas los que imaginaron que los demás escucharían tan sensata recomendación. Resultado: atascamientos que duraban horas. Y a la puerta, una muchedumbre vociferante, exhibiendo

autorizaciones para aparcar en sitios reservados, diplomáticos, políticos, etc., para desesparación de los gendarmes, impotentes.

A las nueve y media de la mañana del día 7 ya el vasto recinto estaba concurrencidísimo. Como viernes —no pude descubrir la razón— el acceso costaba 400 francos por persona. Los demás días, 200 francos, o sea, unas veintidós pesetas.

#### DOCE CABALLOS DE «CITROËN»

Desde hacía dos semanas, los periódicos y revistas de todo tipo no cesaban de hablar de la revelación de la temporada el «Citroën» doce caballos, que venía a romper la monotonía de esta marca desde hacía diez años. Verdaderamente, la casa Citroën se había empeñado, desde sus orígenes, en fabricar buenos coches, pero terriblemente feos. Baste recordar el «paton», el «once» y el «quince» ligeros, que rápidamente supieron imponerse por sus condiciones mecánicas, pero que dejaban mucho que desear estéticamente.

Citroën anunciaba una revolución, una bomba, el desiderátum. Y el puesto de honor, frente a la entrada, justamente, estaba ocupado por la «vedette» de la Muestra.

Ya el día anterior, con caracteres de acontecimiento, la Prensa parisienne reprodujo la deseada imagen, avalada por la presencia sobre sus muelles asientos de Gina Lollobrigida.

Mi impresión personal —y la de muchos de los que vieron este modelo— ha sido el que se les fue un poco la mano en la publicidad. Es un coche confortable, seguramente rápido y resistente, pero su propaganda ha ido demasiado lejos.

—Hay otros —decía a mi lado uno que parecía experto— mejores, más cómodos y más baratos.

Porque, en efecto, esta última consideración influye grandemente en el consumidor. Hay entablada una lucha de precios encarnizada, pese a las continuas peticiones de aumento en la mano de obra, que reducen al mínimo los beneficios. Una diferencia de quinientas pesetas en un automóvil puede ser decisiva para el comprador irresoluto. Volvemos a repetir que en Francia —igual que en Alemania y Estados Unidos—

la posesión de un coche es algo que entra dentro de las posibilidades generales. No es un artículo de lujo, sólo para unos pocos.

Alrededor de 100.000 pesetas cuesta el nuevo «Citroën». Claro que seis veces más cuesta el «Mercedes 300», pero es diez veces mejor.

#### DEL «ROLLS» SEÑORIAL AL VELOZ «FERRARI»

Para cualquier aficionado no sólo a la mecánica, sino a la maravilla que sale de los talleres; para cualquiera de los que, en mitad de la calle, nos paramos curiosos a contemplar un buen automóvil, la visita a este Salón es un manantial de delicias y sorpresas.

Descubrimos marcas de las que no habíamos oído hablar. Vemos chasis y motores de increíble perfección, que dan una idea clara de su potencia. Coches que deben ser fabricados para uso exclusivo de potentados o coleccionistas, porque nunca los hemos cruzado en la carretera, ni visto ante la puerta de un café o un teatro.

El «Rolls» señorial, fiel a sí mismo, que exige un chófer atlético y uniformado, como si fuera un accesorio más. El vertiginoso auto de carreras, de dos o de un solo asiento, con sitio apenas para el piloto y para la Muerte, su inevitable pasajero. La carrocería de superlujo, con cuyo costo se podía amueblar una casa de ocho habitaciones... Los asientos de espuma de miraguano, el mueblebar, el diminuto tocador femenino de caoba perfumada...

Un «Ferrari» convocaba en su torno a la multitud de los curiosos. Doce cilindros, cuádruple carburador, velocidad increíble...

#### EL NUEVO «PEGASO» CAUSA SENSACION

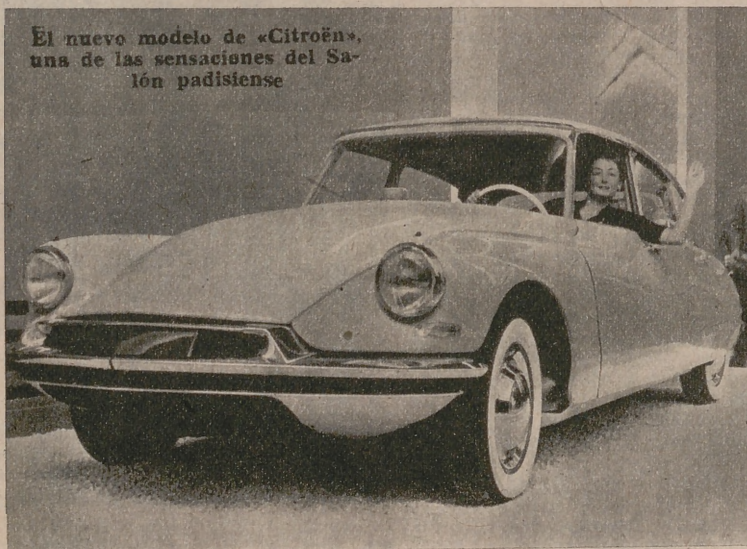
Cerca de éste elegante, de ágiles líneas, perfil de galgo, largo motor ambicioso, nuestro «Pegaso», que siempre llama la atención. El modelo presentado este año, parecido al de los anteriores, es de motor aún más poderoso y perfecto. Cuatro litros y medio de cilindrada el «Pegaso 103», cuyo costo es de 9.000 dólares, constituye siempre una atractiva novedad en el mundo del motor de explosión.

Y ya que hablamos de él, digamos algo también de su pariente, el camión «IV-H», de doce toneladas, expuesto en la Puerta de Versalles con los pesos pesados, y que se ha significado como uno de los mejores vehículos de carga europeos.

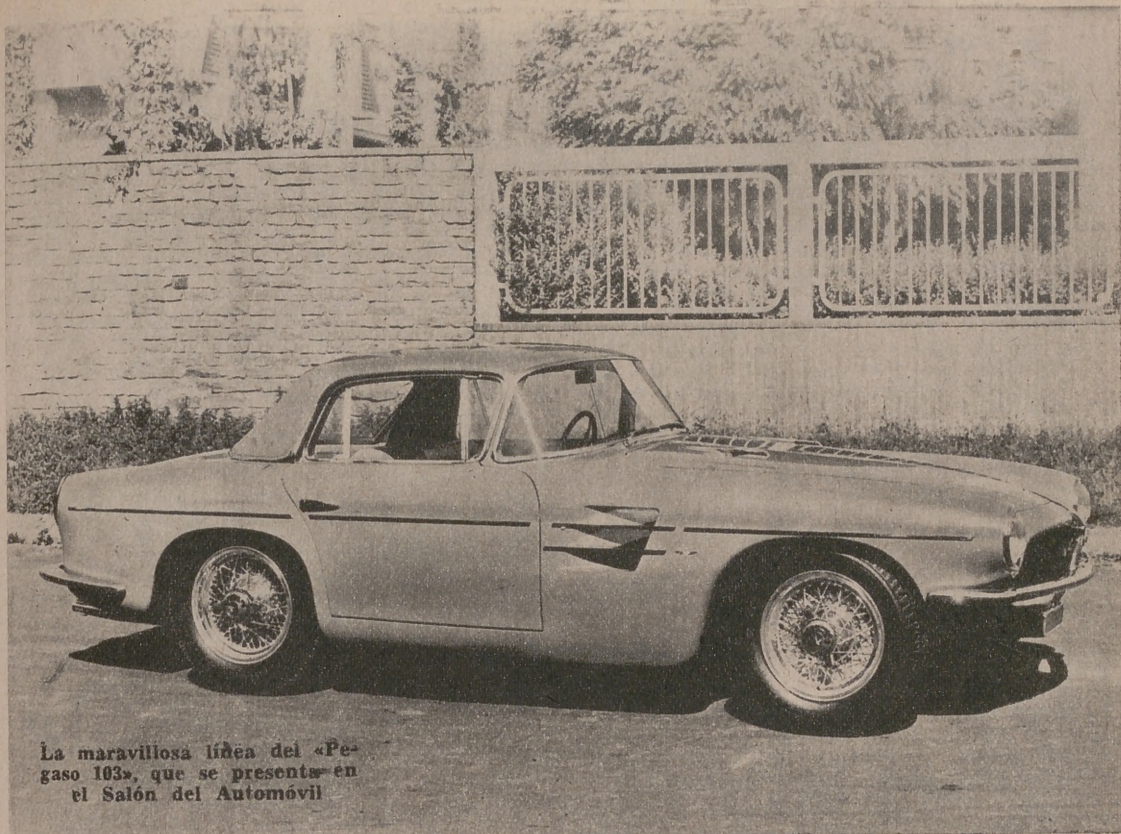
El «Pegaso» sigue este año haciendo su papel de «vedette» mirada por el público. La línea perfecta, elegante de su motor y de su fuerte carrocería sigue siendo la ilusión de cuantos pisan el Gran Palacio de los Campos Eliseos. El «Pegaso 103» no se ha de vencer por las novedades del año.

Cerca del coche de sport español, poco más allá un «Skoda» checoslovaco. Por curiosidad buscamos los datos técnicos, el costo, etcétera, pero no aparece precio alguno. Y «no se sirven pedidos». Significativo, ¿eh?

Como es natural, los coches franceses ocupan los mejores puestos y se les concede un interés más primordial. Hay cinco grande fabricantes, que se repar-



El nuevo modelo de «Citroën», una de las sensaciones del Salón padistense



La maravillosa idea del «Pe-gaso 103», que se presenta en el Salón del Automóvil

ten la producción francesa: Citroën, Panhard, Peugeot, Renault y Simca. La fábrica Salomon sólo produjo 64 unidades en el plazo que va de enero a julio del año actual. En total se fabricaron entre dichas fechas 333.293 vehículos. Sólo Renault hizo 108.279.

Más datos curiosos: de cada cinco coches que ruedan en el mundo, cuatro los construyen los tres mayores fabricantes norteamericanos: General Motors Corporation, Ford Motors Company y Chrysler Corporation. Sólo las tres primeras totalizan el 95 por 100 de la producción americana. Durante los primeros siete meses de este año, las fábricas norteamericanas pusieron en venta nada menos que 5.317.917 automóviles.

Trasladados a Europa, la fabri-

cante del «Volkswagen» conmemoró el primero de enero la terminación de su coche popular que hace el millón.

#### DEL TURISMO DE GRAN LUJO AL AUTOMÓVIL PULGA

En el Salón es posible hallar de todo lo concerniente al automóvil. El turismo de gran lujo, con innovaciones sensacionales, con destino a un rey oriental; el coche-sport, de pocas plazas, empleada su capacidad en el motor; el «haiga» americano, como ese «Lincoln» que mide cinco metros sesenta y seis centímetros; el coche utilitario y baratísimo, como el «2CV», que infesta las calles y carreteras francesas.

E incluso un automóvil pulga, que ya se hace en serio: el «Isset-

ta», al que se entra abriendo la parte delantera, si bien alcanza los 85 kilómetros a la hora, pese a su diminuto tamaño.

Al menos para las ciudades francesas —París, especialmente— el problema del aparcamiento reviste caracteres de auténtica gravedad, como dijimos, debido al número creciente de vehículos que diariamente se ponen en circulación. Es frecuente, a lo largo de una acera, ver una hilera continua de coches, cuyos parachoques se tocan. En principio uno piensa que, para salir de allí el emplazado entre dos, habrá de esperar a que los primeros, a los últimos, hayan maniobrado ya. No hay tal. El automovilista en cuestión se instala ante el volante. Y mediante una serie de bruscas maniobras, marcha adelante y



He aquí dos de los tres nuevos modelos lanzados por Simca, que se llaman «Vendôme» y «Regence»



marcha atrás, consigue desplazar a empujones a los que le embarran, hasta que logra el espacio vital suficiente para ganar la calzada. Es difícil encontrar un auto, por nuevo que sea, cuyos parachoques no estén literalmente molidos a golpes.

En general, se conduce bien. Se observan las reglas de la circulación, los camiones van por su mano y se hacen las señales que previene un exigente código de circulación. No obstante, es axiomático que un buen conductor debe no sólo llevar su coche, sino el que viene de frente o por un costado. Y cuentan un nuevo chiste:

En un cementerio existe una lápida concisa que dice: «Aquí yace monsieur Dupont, que tenía prioridad a la derecha»

Y es posible.

Entrar en una tienda de automóviles sin un propósito definido es algo que pocas personalidades son lo suficientemente fuertes para soportarlo. No es como ir a los grandes almacenes, donde es posible hasta manosear un poco el género allí exhibido. Además, siempre cabe el riesgo de que un vendedor suficientemente astuto e insinuante nos envuelva en la aventura de hacer una compra costosa y decisiva en nuestra existencia. En

cambio, en estas muestras anuales es fácil ver muchos modelos, preguntar, exigir datos, pedir incluso una demostración gratuita, un paseo largo, y tener conversaciones con los competidores inmediatos.

Un gran contingente de parejas—matrimonios, supongo—son los visitantes mayoritarios. Y es generalmente ella la que abre y cierra las puertas, la que, sin haber tenido la precaución de quitar la velocidad, oprime la puesta en marcha, con el consiguiente salto hacia adelante o hacia atrás, según los casos. Es la que prueba los asientos delanteros y los traseros, la que se interesa por el funcionamiento de la calefacción en invierno, la refrigeración en verano, y la que encuentra siempre demasiado pequeño el espejo retrovisor.

Luego, los señores de Duval vuelven a su casa, y madame Duval hace prevalecer su criterio, apoyándolo casi siempre en el tono crema o ligeramente violeta que tanto la llamó la atención.

#### «VEDETTE VERSAILLES» Y OTRAS COSAS

Bromas aparte, se mantiene en pie nuestra observación anterior, y que tan bien han comprendido los fabricantes: la baratura de los precios. Y no sólo el ahorro

de unos apreciables miles de francos, sino la modalidad, ya en auge, de la venta a plazos. Así, se está haciendo una gran publicidad del «Vedette Versailles», ofrecido a 175 000 francos (unas 18 500 pesetas) de entrada y cierta modesta cantidad mensual, hasta cubrir el derecho de propiedad. Con lo cual la posesión de una excelente máquina se convierte en algo muy accesible a todo ciudadano.

Por cierto que esa misma mañana de nuestra visita estaba anunciada para las diez y media la llegada del señor Presidente de la República francesa. Con la puntualidad del «Talgo», precedido por la imponente guardia republicana, hizo su entrada monsieur Coty. Previamente, una nube de agentes de paisano tomaron posiciones en la enorme sala. A nuestro lado, un norteamericano alto, fuerte, con aire de campesino tejanero de vacaciones. Al fondo, una banda de música interpretó los compases de «La Marsellesa». Algo raro debió notar nuestro hombre cuando había transcurrido más de treinta segundos, porque le oímos masculinar una interjección y llevarse la mano al sombrero, que tenía fuertemente atorillado.

No sólo automóviles, sino toda suerte de accesorios e inventos relacionados con esta industria, se exhiben en el Salón. Nuevos sistemas, «infalibles», contra el robo. Admículos para reclinar las espaldas del conductor, que transmiten una grata vibración a su columna vertebral, eliminando el cansancio. Aparatos de radio con célula fotoeléctrica, que se encienden o apagan haciendo un simple gesto con la mano.

#### EL «VOLANTE INFANTIL»

Otra cosa curiosa, muy anunciada, es el «volante infantil». Asegura su propaganda que con este volante, aplicable a la parte delantera, junto al conductor, permite que el nene o la nena no den la lata al conductor, manejando su juguete. Nosotros lo habíamos inventado hace tiempo, y no está patentado; se trata de un fuerte coscorrón, seguido—o precedido—de un potente alarido. El efecto suele ser fulminante, y en caso de presentarse de nuevo el problema, se repite hasta el fin del trayecto.

Después de dos horas y pico de extasiarnos ante las maravillas mecánicas allí expuestas, salimos al aire tibio de los Campos. Cerca de allí nos cruzamos con una manifestación de jóvenes estudiantes. Gritaban algo que no pudimos entender bien al principio. Era la misma frase, repetida continuamente: «¡África del Norte, francesa! ¡África del Norte, francesa!»

Compramos un periódico. Hablaba del Salón del Automóvil, claro está. Y también de que en la ciudad de Ruán unos cuantos soldados se habían automutilado para impedir que les llevaran al África del Norte.

De todas formas, hay algo bajo los plátanos de los Campos Elíseos, algo en el aire y en el pavimento de París que hace que uno le dé menos importancia de la que tiene a algunas cosas.

Eugenio SUAREZ

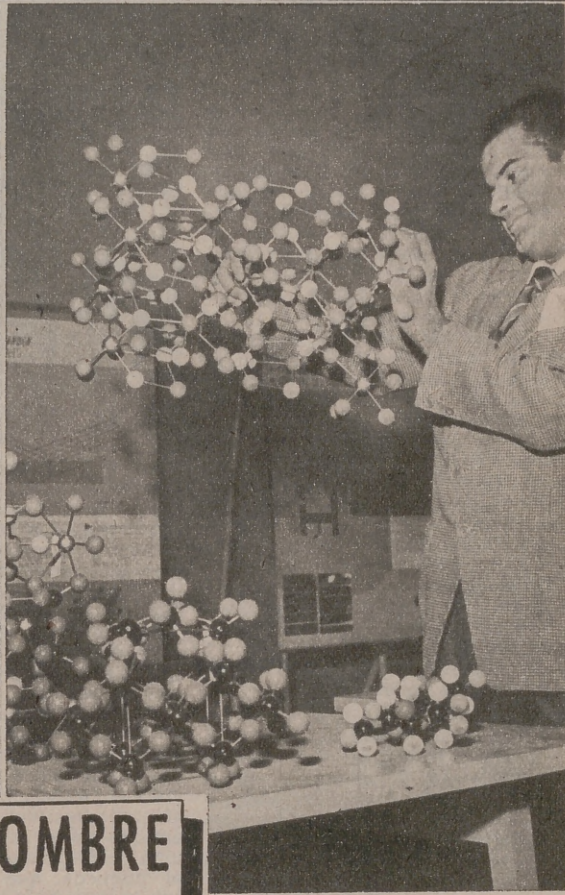
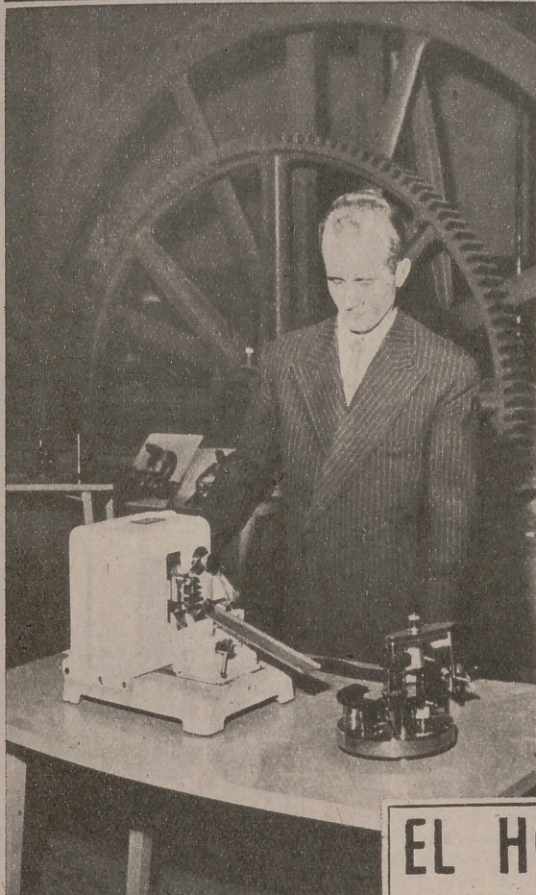


El camión «Pegaso» de 12 toneladas, la mayor novedad en vehículos de carga este año



Otro coloso de la carretera, el «Berliet», de motor «Diesel»

# "FESTIVAL DE LA CIENCIA"



## EL HOMBRE MIDE EL UNIVERSO

## NUEVAS TÉCNICAS Y NUEVOS SECRETOS AL SERVICIO DE LA HUMANIDAD

EN estos días viene la U. N. E. S. C. O. a España. Viene por primera vez en acto oficial. Llega por el camino de la técnica y de la Ciencia. Por la técnica, haciendo muestra en una exposición de los instrumentos ideados por el hombre en su afán de ir robando secretos a la Naturaleza. Y por el de la Ciencia, buscando la manera de que tales conocimientos no sean privativos de unos cuantos, los científicos, sino también del hombre medio en cultura, del hombre que precisamente ha de contribuir a su modo para que los esfuerzos no caigan por desfallecimiento, por inanidad económica.

—Así que de política, ¿nada?

Monsieur Francisco Le Lionnais queda mirándome algo así como un sordo. No comprende bien mi castellano. Siento alivio, porque mi francés es bastante inseguro e insolvente. Hay que usar el circuito del doctor don José Lanuza, mejicano, que domina ambos idiomas.

—¡Oh, no, no! Política, no.

El señor Le Lionnais junta las dos manos y, unidas, las hace girar en sentido vertical.

—La U. N. E. S. C. O. no pretende más que elevar el nivel cultural de los pueblos. En todos los Continentes, sin uniformidad, hay analfabetismo, problemas sanitarios y también miseria. Pues precisamente se busca con la coope-

ración de todos poder elevar el nivel de vida, enjugar la ignorancia, dotar a los más retrasados de una educación fundamental que les permita participar en el desarrollo económico y social de su país.

—Pero, ¿cómo?

Y los dos quedamos pendientes del doctor Lanuza, que es quien tiene casi siempre la palabra. El doctor Le Lionnais es el encargado de organizar la serie de actos que, bajo el pomposo nombre de «Festival de la Ciencia», han de sucederse desde el 17 al 22 de octubre. Su misión es organizar Congresos o reuniones. Y, sin embargo, es matemático. Un matemático formado en la Universidad de Estrasburgo, y hoy es presidente de la Sociedad de Escritores Científicos de Francia y miembro de la Conservación Cien-



Un momento de la entrevista de nuestro colaborador con O. W. Guayasamin, el pintor de las grandes posibilidades

tífica de Museos. Sus modos elegantes denuncian al francés; su dominio y clara y metódica exposición de ideas revelan al hombre de ciencia. Las gafas le dan pre- tancia.

Y habla:

—España, como los setenta y dos países miembros, cuenta con una Comisión nacional de cooperación con la U. N. E. S. C. O., designada por el Gobierno, que hace de puente y sirve de conexión. La U. N. E. S. C. O. se entiende con la Comisión de cada país

Ya es sabido: en España se constituyó la Asamblea el 15 de diciembre de 1953, con asistencia de los Ministros de Educación Nacional, Asuntos Exteriores y Secretario General del Movimiento. El presidente de la Comisión es el Ministro de Educación Nacional. Pero, además, hay un Comité ejecutivo, cuya presidencia ostenta el señor Jordana de Pozas. A una y otro pertenecen personalidades diversas de las Letras y de las Ciencias, en número de veinte, además de las representaciones de organismos oficiales.

—Pero la acción positiva... Lo que realiza...

Se expresa más con el gesto que con las palabras:

—Muchas, muchas.

Entre esas muchas está la de informar. Informar en materia de educación, de ciencia y cultura. Otras veces crea o coopera en la creación de organizaciones profesionales internacionales. De la lista larga de estas organizaciones forman parte la Asociación Internacional de Universidades, el Consejo de Organizaciones Internacionales de Ciencias Médicas, la Unión de Organizaciones Internacionales de Ingeniería, el Consejo Internacional de Música, el Instituto Internacional del Teatro, el Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas. A muchas les concede subvenciones.

—La U. N. E. S. C. O. ha enviado Misiones de especialistas a diversos países. ¿Hasta dónde llegan los límites de esa Misión?

—Solamente estudiar los problemas y hallar soluciones.

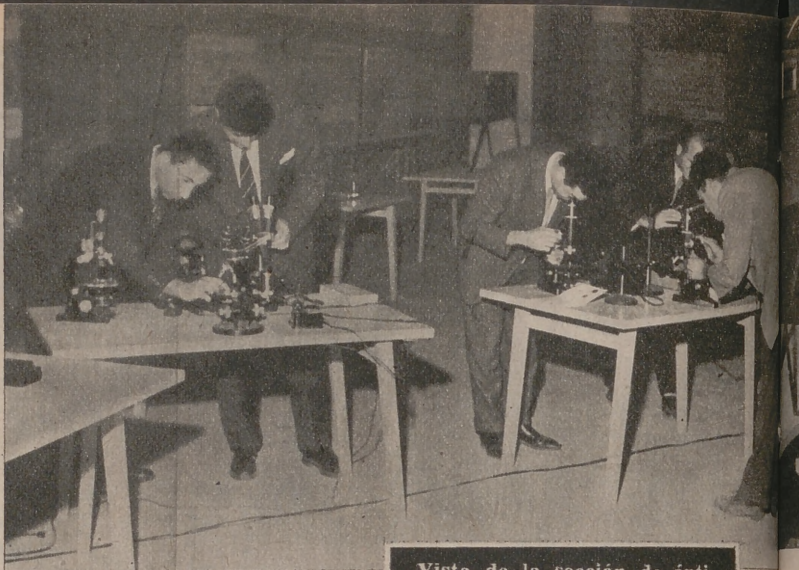
—¿Con qué procedimiento?

—Nuestros expertos recorren lo mismo países áridos que húmedos. Hacen estudios geológico, social, económico... Vuelven con un informe que publica la U. N. E. S. C. O. y que además se facilita al Estado correspondiente.

—¿Puede darse el caso de ayuda cantante y sonante?

—Hay casos previstos para ayuda técnica.

Está claro el propósito: cooperación internacional. Son 72 sus Estados miembros. A todos corresponde cooperar ayudando, con técnica o ciencia, a quien lo necesita, o intercambiando informes e ideas en las reuniones de expertos, o buscando nuevas fórmulas en las pesquisas de los seminarios que se organizan, o dando a conocer el patrimonio común por medio de exposiciones. Hasta se ha desarrollado un «sistema de bonos», que no es más que un medio para conseguir que los países de divisa baja puedan adquirir libros, equipo científico y materiales audiovisuales en los países de divisas altas.



LA CIENCIA DOMINA AL MUNDO

Vista de la sección de óptica, donde los técnicos operan con los nuevos aparatos

En España vamos a ser testigos de una de esas actividades. Una actividad que será quintuple: conferencias de divulgación científica, proyección de películas también científicas, exposición de publicaciones sobre Ciencia, Filosofía, Arte, Religión... editadas por la U. N. E. S. C. O.; una exposición de instrumentos que el hombre ha ideado para conocer y medir el mundo que le rodea, bajo el título de «El hombre mide el Universo», y, por último, un coloquio internacional de hombres de ciencia nacionales y extranjeros. He ahí el «Festival de la Ciencia», aunque esta denominación más bien corresponde a los actos «cara al público», que son los de las cuatro primeras partes.

—¿Y cuál es el objetivo concreto de todo esto?

El señor Le Lionnais se lanza hacia un breve discurso, muy breve, pero más largo que una simple respuesta. Me mira y mira al doctor Lanuza, ahora con los brazos abiertos:

—Nuestro propósito es organizar y poner de acuerdo a los hombres por el sendero de la cultura. He ahí el ideal.

—¿Fácil?

—Complejo.

Y apela a su archivo mental:

—Tropezamos con muchos complejos: nacionalismos, lenguas, religiones... Se olvida así el hombre de que es hombre

—Por la vía del nacionalismo se ha triunfado con mucha frecuencia...

—En la antigüedad, sí; ahora carece de sentido. El concepto de vida es diferente. No tienen razón de ser las murallas. La vida es dinámica. Dinámica es la cultura, y también la Ciencia, que es una resultante.

—Entonces, los mayores enemigos son los prejuicios...

—«Oui».

—Los prejuicios son las murallas de hoy—dice el doctor Lanuza por su cuenta y riesgo.

El doctor don José Lanuza, hombre alto, fornido, es joven mejicano, nacido en Guanajato, que no pasa de los treinta años de edad. Catedrático de Físicoquímica en la Universidad Nacional de Méjico, hizo en París el doctorado en Ciencias y figura en la U. N. E. S. C. O. como director de Exposiciones Científicas. De fácil palabra, bastante matizada por la cadencia de su país natal y por

algún que otro «ahorita», expone fácil y rápidamente sus ideas, quedando bien manifiesta su vasta cultura, que llega más lejos de la pura Ciencia.

—Desde la cúspide, o por lo menos centro, de la U. N. E. S. C. O. es más fácil ver y ponderar Así, pues, ¿qué relación hay hoy entre la Ciencia y el poder?

—La Ciencia es la característica de la época actual. Ahora está el poder en función de la Ciencia.

—No hace falta más aclaración. No hay que llegar siquiera a la conclusión.

—Los hechos. El hombre de Estado necesita rodearse de hombres de ciencia y técnicos. Un Estado sin técnicos va al fracaso. Con técnicos se hace dinámico. Todo viene de la Ciencia. El cine, la radio... todo el progreso material ha venido de la Ciencia.

—Conocemos el camino recorrido, que en realidad está muy cerca para enjuiciarlo con una visión totalmente humana. El hombre es mucho más. ¿Y el futuro?

—La Historia dirá si estamos en un fracaso o en un éxito.

—¿Este esfuerzo mancomunado es una previsión?

—Sí. Queremos que sea universal. De todos los pueblos, porque si no saldrá uno que lo hará por sí solo y colonizará a los demás.

#### UN CIENTIFICO CUESTA MILLONES

Ahora bien, la Ciencia se presenta con factura no pequeña. No es obra de un día ni de dos, como tampoco producto de dos o tres hombres. Ni el científico de hoy es un hombre extravagante y Robinsón en el mundo de sus propias especulaciones u observaciones y experimentos, ni dos investigadores, en lucha tras los secretos del hombre y el mundo, han de esconderse, temerosos como brujos.

Al contrario. Hablen cifras: Estados Unidos distrae el 1.4 por 100 de la renta nacional en la investigación; Alemania, el 1; Inglaterra y Países Bajos, el 0.8; Canadá, Francia y Suiza, el 0.5. Y España, donde esta preocupación ha tomado carácter formal después de nuestra guerra, llega ya al 0.02 por 100. Resumiendo: la investigación se ha convertido en deber nacional.

Es un hecho. La Ciencia como base de la Técnica y ésta, a su vez, instrumento de la realidad económica, es un hecho. Ni lujo



Un especialista explica el funcionamiento del oscilógrafo de rayos catódicos

ni dinero a fondo perdido, sino crédito activo, capital de mucha renta. Tan es así que lograr un gran científico es una conquista, un avance nacional. Cada país lleva la contabilidad, controla como un listero el número de sus hombres de ciencia. Inglaterra, por ejemplo, dice: «Hay 65.000, pero necesitamos 90.000.»

—Un hombre de ciencia cuesta millones. Representa una inversión asombrosa.

#### NO PUEDE HABER SABIOS INTEGRALES. SOLO ESPECIALISTAS

—¿En este orden de cosas, el económico, cuál es el propósito de la U. N. E. S. C. O.? ¿Y, concretamente, significa algo en este sentido el «Festival de la Ciencia» de Madrid?

—El pueblo es el contribuyente. Se hace necesario, por tanto, explicar al pueblo a qué se dedica el dinero, que vea los beneficios y compruebe por dónde le llega o puede llegar el bienestar.

—¿Propaganda?

—Dar cuenta.

—¿Puede el pueblo valorar el esfuerzo invertido en un logro, en una conquista científica?

—El coloquio no tiene por fin más que hallar la manera de que el avance de la Ciencia y sus realizaciones lleguen al pueblo recta y adecuadamente.

—¿No basta con el simple periodismo?

—Sonrien. Pero insisto.

—¿La rapidez—nota esencial del periodismo—no puede aliarse con la limpiísima exactitud que suelen exigir los científicos?

Oigo unos sonidos lingüales, esos chasquiditos que hace la punta de la lengua con los alvéolos.

—El problema es complejo. No hay solución hasta ahora. No pocos, acuciados por el tiempo, ofrecen interpretaciones personales, a veces deformadas.

—¿Y quién se atreve a servir de cauce de la Ciencia de hoy, tan múltiple?

—¡Ah! Nadie. El sabio, el sabio íntegro, que lo domina todo, ya no existe. Incluso ni una rama. Especialistas sólo. Conocedor profundo de un aspecto, y nada más. De lo restante, como un cualquiera más o menos adelantado.

—Problema grave para el periodismo.

—Por eso en estos coloquios in-

ternacionales aspiramos y trabajamos por conseguir formas y normas para el periodismo mundial.

No hay que dudarlo: los científicos conceden mucha importancia a esto, según revela la nómina de asistentes: el profesor Pierre Auger, director del Departamento de Ciencias Naturales y especialista en rayos cósmicos; el señor Ben Lockspeiser, miembro de la Royal Society y secretario general del D. S. I. R. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Inglaterra), pero con categoría de ministro de Estado; el profesor Marcel Horkin, bioquímico de la Universidad de Lieja; el profesor Venancio Deueofeu, bioquímico argentino; el biólogo francés profesor Verne; el geólogo y explorador belga B. Tazieff y el indio señor Mahalanobis.

En resumen: unos treinta y cinco representantes de veintidós países (algunos de más allá del «telón de acero»). Más de veinte películas de diversos países, también algunas de la órbita de Moscú. Máquinas, instrumentos, libros y conferencias. Un solo y exclusivo objeto: difusión de la Ciencia, aunque le llamemos «Festival».

#### SIETE HOMBRES EN BUSCA DE UNA MEDIDA

—El hombre conocía el mundo en función de su anatomía.

Estas fueron las palabras ini-



El doctor Le Lionnais habla de sus actividades en el «Festival de la ciencia»

ciales del doctor don José Lanuza a poco de quedarnos solos.

—Al caminar—continúa diciendo—establecía unos límites, los del propio cansancio. He ahí una medida. O los pasos. Otras veces, el reducido campo de los sentidos, bien reducido por cierto: hasta las fronteras de la vista, si hay luz, o el oído. También puso por norma partes de su propio cuerpo: el codo, el pie, el pulgar. Tantos pies o codos de altura, y tantas pulgadas de longitud. En fin, dos mundos quedaron fuera: el de lo gigante y el de lo pequeño.

—Y también habría algo de puro arbitrio, cuando no capricho.

—Más. Mucho más. Ejemplo: a un señor medieval se le antojaba construir un castillo tomando como medida su pie. Pero a no mucha distancia, unos cien kilómetros, pongamos por caso, otro hace lo mismo, pero con su pie.

Asusta, en verdad, el mare magnum de pesos y medidas que debió haber en tiempos pasados. Un rey que decide que su copa sea la unidad de capacidad, pero otro rey, que puede ser el siguiente, tal vez más sobrio o más pródigo en la bebida, que impone otra copa. ¿Cuándo podía saberse de esta manera la cantidad y beneficios de cualquier mercancía? Y, viceversa, ¿cuántos beneficios de fábula fué dejando esta desarmonía a los intermediarios? Venecia, la mercantil Venecia, compraba en Oriente con unas medidas y luego vendía en Occidente con otras. Es de suponer que no perdiese en el trasiego.

—Mientras se ponían de acuerdo, las mercancías mermaban, cuando no se estropeaban.

Y cabe pensar, ¿qué pasaba en aquellos vaivenes de conquista y reconquista?

—Algo así como el problema de Gante, en el XVI, durante la dominación española.

Ocurrió lo siguiente: los siete miembros del Consejo Municipal se reunieron para ver si podía lograrse una unidad de medida. Había este problema. Los siete removieron bien sus sesos en busca de una fórmula convincente. No debería ser fácil. Ni la propuesta de éste, ni la de aquél, ni la del otro lograba el acatamiento de los demás. Al fin, ¡fórmula mágica! ¡Los siete! Y los siete hombres se colocaron un día en la plaza ante el balcón del Ayuntamiento. Pusieron los pies en ristra, es decir, un pie de cada uno a continuación de un pie de otro. Así dispuestos, otros dos hombres, bien agachaditos, midieron con una cuerda desde la puntera del primero al talón del último, para inmediatamente exclamar, mirando en derredor: «¡Aquí está la unidad!»

#### OBSERVANDO MUR. CIELAGOS, LOS MAYAS TUVIERON IDEA DE LAS ONDAS ULTRASONICAS

Ahora, gracias a los esfuerzos de principios del XIX, parece reinar cierta uniformidad, aunque no completa ni segura: la del Sistema Métrico Decimal. Pero Inglaterra no lo ha aceptado. En verdad que no ha llegado con paso franco a las libretas de cuenta de mucha gente. Ahí los tenéis en pugna: los kilómetros con la

legua; el quintal con las arrobas; las hectáreas, áreas, etc., con las fanegas, las cuartillas y celemines; los hectolitros con las cántaras, y el metro con la vara. No hay acuerdo. Y se plantean problemas.

—El metro, como unidad fundamental de medida, pasó ya a la Historia—me dice rotundo el doctor Lanuza.

Lo siento. Ya estábamos acostumbraditos. Las construcciones mentales de nuestra memoria están relacionadas con el kilómetro, el metro, el litro... Ante el espacio y el tiempo, la Física y la Química han tumbado a la Aritmética. Imposición de la realidad. ¿Cómo medir la velocidad de los electrones? Sabemos, tenemos una idea de lo pequesísimo que es un átomo, ¿cómo medir entonces su núcleo, que sólo ocupa la mil billonésima parte del espacio comprendido dentro del átomo? Falla la imaginación, que a lo sumo desciende al milímetro, espacio en que caben millones de átomos. Pues bien, ese núcleo, a pesar de su tamaño, rayano con la nada —a lo menos eso suponemos nosotros—, tiene peso, es materia. ¿Cuánto? De nuevo ha de declararse impotente la imaginación. Si apiñáramos núcleos atómicos hasta conseguir el tamaño de una gota de agua su peso sería de dos millones de toneladas.

—Entonces, ¿ahora qué?

—Interferencias luminosas.

—Difícil de comprender.

—Las visitas serán lógicas.

—No comprendo.

—Quiero decir habrá tableros explicativos con dibujos, fotografías y, por último, experiencias. Experiencias cara al público, con intervención del público.

—¿Muchos aparatos?

—De sesenta a setenta, todos modernos. De radar, teodolitos, microscopios de contraste, aparatos para interferencias luminosas, ondas ultrasónicas.

De pronto me pregunta:

—Si usted pone un dedo en una barra de metal, ¿sufre o no sufre

modificación la barra, se tuerce?

—Mis ojos, que hasta ahora han sido mi medida, me dicen que no.

—Pues, sí.

Gran problema, a simple vista. Y qué fácil, según parece, con la ayuda de interferencias luminosas. Un cristal convexo situado sobre la barra da la contestación: los rayos luminosos que pasan por la barra registran sobre una pantalla círculos concéntricos si la barra se encuentra en estado normal; si no, los círculos se transforman en elipses, se alargan, según la modificación padecida al ponerle el dedo. A más presión, más alargamiento. Otro tanto podría decirse de las ondas ultrasónicas, esas vibraciones de la estructura interna de los cuerpos que nuestros sentidos por sus medios normales jamás podrían captar. Ahora sí.

Pero el doctor Lanuza es un doctor no poseído del orgullo de la ciencia de hoy. Reconoce y acata los esfuerzos del pasado.

—Los mayas hicieron uso tuvieron idea, de las ondas ultrasónicas.

—Uso empírico.

—Claro. Observaron a los murciélagos, que por allí abundan en demasía, y llegaron a conclusiones ciertas.

Es curioso, ¿por qué el murciélago, a tanta velocidad, llega casi a chocar, pero no choca, con la pared? Captación de ondas ultrasónicas. Una cosa parecida procuraron hacer los mayas, allá en la península del Yucatán. Ayudados con un pito de barro, que soplaban de continuo, y de un perro, aventurábanse en excursiones espeleológicas dentro de la mayor oscuridad.

—Por cierto—me aclara un poco lastimero—que esa variedad de perro ha desaparecido.

—Ha desaparecido, es cierto, por su carne exquisita, agradable al paladar de muchos de nuestros colonizadores de aquellas tierras.

—Europa, por propia imposición se hizo patrón del mundo. Pero hubo civilizaciones en la antigüe-

dad que llegaron a la cúspide y desaparecieron sin apenas dejar rastro. Faltó divulgación.

—Faltaron congresos internacionales, exposiciones.

—Ante un congreso árabe en Granada de aquellos tiempos, había que quitarse el sombrero.

### MAS DE 100000 DE ARTICULOS ANUALES SOBRE CIENCIAS NATURALES

Alto, algo enjuto, con predominio de canas, rápido de movimientos, dando impresión de atletismo, con la mirada hacia abajo... Muy diligente, locuz y de agilidad mental. A veces parece tímido, tal vez por la oscuridad de mira: al suelo. Así he encontrado al doctor don Leonardo Villena en el Instituto de Optica «Daza Valdés», allá en los altos de la calle de Serrano. El doctor Villena es el que coordina las actividades del grupo de trabajo correspondiente al departamento de Ciencias Naturales de la U. N. E. S. C. O. En compañía del doctor don Rafael Pérez Alvarez-Osorio, de Química, ostentará la representación de la Comisión española de la U. N. E. S. C. O. en el «Festival de la Ciencia».

Pero resulta que para los de habla alemana e inglesa, y también la U. N. E. S. C. O., la denominación Ciencia Natural sin eso, comprende: Física, Química, Matemáticas, Biología, la parte científica e investigadora de la Medicina y de la tecnología, la Geología...

—¿Qué traducción o interpretación se ha hecho en España?

—Ciencias Exactas y Naturales.

El doctor Villena es caño y poco dado a palabras superfluas. Al grano, con tono bajo de voz y levantando de cuando en cuando una mano.

—¿Vuestras relaciones entonces?

—Ahora, con el Comité Internacional Asesor sobre Documentación y con el de Investigación sobre investigadores.

Hay razón para ello. El avance de las Ciencias Naturales es tan amplio y veloz que no hay quien pueda seguirlo. Nadie.

—Cada año se publican más de un millón de artículos sobre esta materia en unas 50.000 revistas especializadas, sin contar, claro es, los libros, libretos y artículos periodísticos.

Es un problema. Por el número y por su dispersión. Son muchas revistas. La U. N. E. S. C. O. busca, tiene en marcha una solución: un fichero de revistas cuyos trabajos han de ser reseñados, y un fichero de términos científicos equivalentes entre los cinco principales idiomas: francés, inglés, español, alemán y ruso.

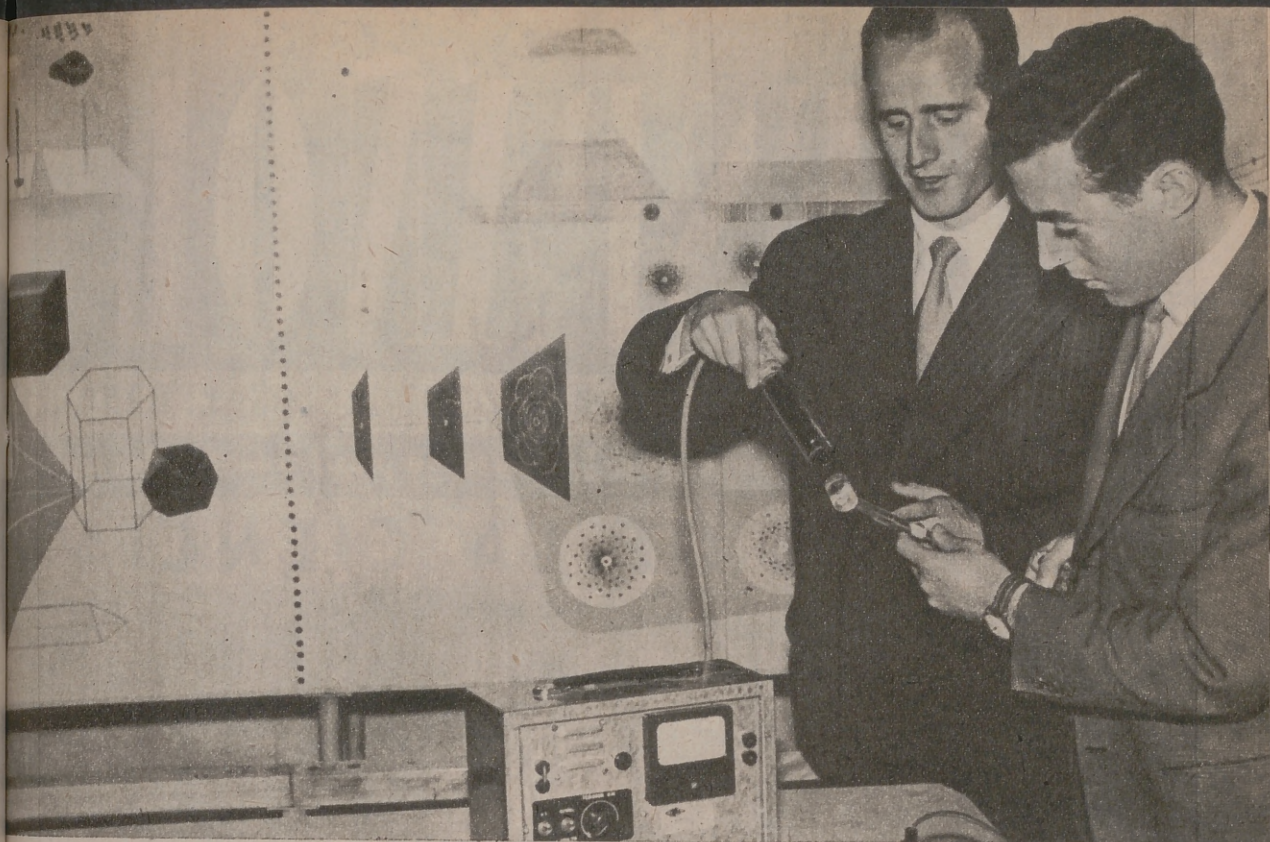
—Es muy importante llegar a una coincidencia en la significación de los términos. Se pretende un léxico internacional científico.

—De todos modos, un fichero de esta índole...

—No se trata de un fichero como el declinal de nuestras bibliotecas. Es un fichero de refe-



El microscopio electrónico aumenta los objetos examinados en una proporción de 500.000 veces



**Moderno modelo de aparato Geiger que se exhibe en la Exposición**

rencias bibliográficas. ¿Que se necesita documentación sobre algo concreto? La Sección de Documentación de la U. N. E. S. C. O. responde enviando todo lo que hay escrito sobre ello en las revistas principales y solventes, indicando sitio y fecha.

—Aun así. Tantas revistas, hacer el extracto o referencia de su contenido, la versión a los distintos idiomas, etc.... Gigantesca empresa. ¿Y el proceso mecánico?

—El microfilm.

—¿Y no se interesa la U. N. E. S. C. O. por la calidad de la enseñanza?

—Por la enseñanza de la Ciencia y por el número de estudiantes que se dedican a temas del mayor interés actual. Por eso ayuda a los países que lo desean en los campos de la Física Nuclear, Astronomía y Radiación Cósmica.

—¿España ha intervenido o colaborado en algún programa?

—Hay dos, a los que la U. N. E. S. C. O. ha prestado ayuda especial: El Año Geofísico Internacional y el problema de las zonas árida y tropical, que trata de obtener enseñanzas sobre la sanidad, hidrología, repoblación y explotación agrícola en dichas zonas. En ambos está colaborando España.

**ESPAÑA, EL PAIS DE LA INVESTIGACION MEJOR PLANIFICADA**

—Decía usted, doctor Villena, que hay una Sección de Investigación sobre investigadores? ¿Para qué?

—Entiende que la investigación no está bien organizada en muchos países, donde no hay Cuerpo especial, ni instrumentos, ni el público apoya y colabora.

—¿Cómo pretende solucionarlo?

—En el aspecto científico, mediante intercambios y reuniones internacionales.

Y hay que hacer justicia o re-

conocerla: España es el país que mejor tiene planificada la investigación. A esa conclusión se llegó en la última reunión de Milán. Hubo elogios de países tan distintos como Bélgica, Yugoslavia y Brasil. Y el Congreso acordó por unanimidad, en la primera de sus sesiones, que fuera inmediatamente editado y repartido a todos los congresistas el texto íntegro del decreto español, privilegio que sólo mereció este documento. En todos los países hay Centros como nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pero ninguno abarca tanto, desde Humanidades a Ciencias, ni tiene previsto legalmente un Cuerpo de investigadores, que no son funcionarios, pero que no son escalafón, previo

ingreso por oposición y paso por la escala de colaborador, primero, e investigador, después.

Consecuencias: que el plan español ha sido imitado por otros países.

—¿Hablando del «Festival», ¿cómo lo ve usted?

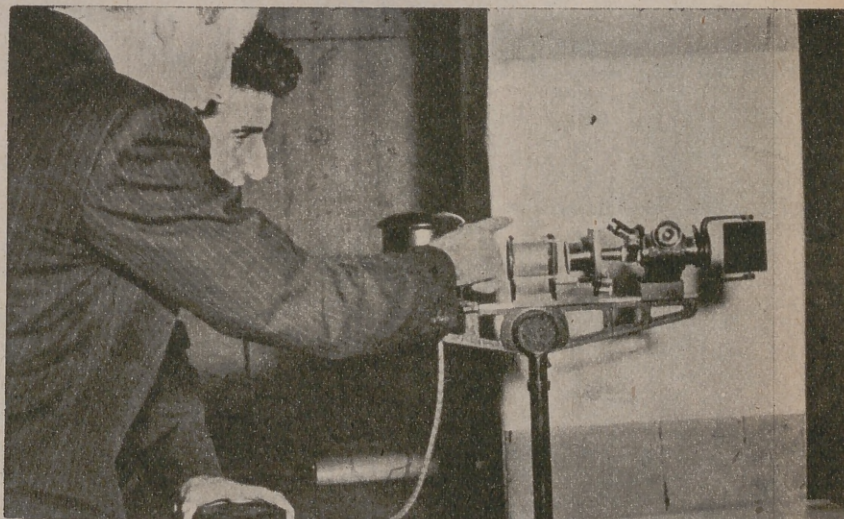
—Un deseo de poner al hombre frente a la Ciencia.

—¿Qué hombre, en sentido cultural?

—El tipo medio. El bachiller o el que con este título ha dejado los estudios. Despertar su atención, que sepan lo que todavía pueden obtener de la Ciencia.

La Ciencia, por tanto, se acerca. No quiere encerrarse en una torre ebúrnea. Y es que trasciende, influye ya no sólo en lo económico, sino también en lo social y político. Está en un paso decisivo.

JIMENEZ SUTIL



**Microproyector, otro invento de gran utilidad para la investigación**

# EL ESPAÑOL

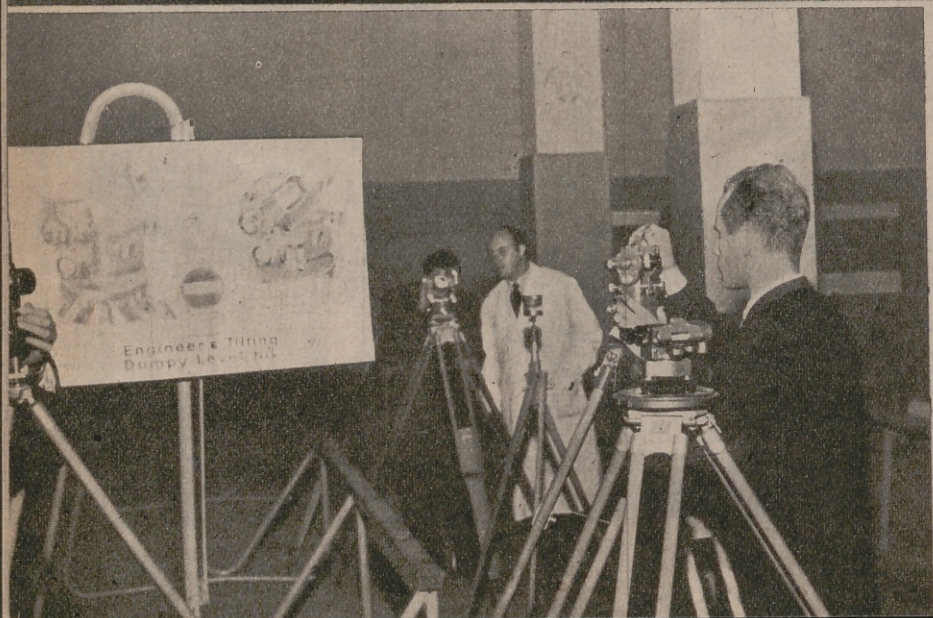
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

## "FESTIVAL DE LA CIENCIA"



Proyección en la pantalla de los principios fundamentales del microscopio electrónico. — Abajo: Exhibición de los nuevos modelos de teodolitos. — Arriba: Dos aspectos de los nuevos inventos presentados en la Exposición de la U. N. E. S. C. O



### EL HOMBRE MIDE EL UNIVERSO

NUEVAS TÉCNICAS  
Y NUEVOS SECRETOS  
AL SERVICIO DE LA  
HUMANIDAD